

**LA ESPAÑA MODERNA**





AÑO 18.

NUM. 211.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JULIO 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO  
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

10.952



## EL SECRETO DE LA VIDA

---

Hace tiempo, mi más querido amigo, que el corazón me pedía que te escribiese. Ni él ni yo sabíamos sobre qué, pues no era sino un vehementísimo anhelo de hablar confidencialmente contigo y no con otro.

Muchas veces me has oído decir que cada nuevo amigo que ganamos en la carrera de la vida nos perfecciona y enriquece más aún que por lo que de él mismo nos da, por lo que de nosotros mismos nos descubre. Hay en cada uno de nosotros cabos sueltos espirituales, rincones del alma, escondrijos y recovecos de la conciencia que yacen inactivos é inertes, y acaso nos morimos sin que se nos muestren á nosotros mismos, á falta de las personas que mediante ellos comulguen en espíritu con nosotros, y que merced á esta comunión nos los revelen. Llevamos todos ideas y sentimientos potenciales que sólo pasarán de la potencia al acto si llega el que nos los despierte. Cada cual lleva en sí un Lázaro que sólo necesita de un Cristo que lo resucite, y ¡ay de los pobres Lázaros que acaban bajo el sol su carrera de amores y dolores aparentiales sin haber topado con el Cristo que les diga: levántate!

Y así como hay regiones de nuestro espíritu que sólo florecen y fructifican bajo la mirada de tal ó cual espíritu que viene de la región eterna á que ellas en el tiempo pertenecen, así cuando esa mirada nos está por la ausencia velada, esas tierras la anhelan como anhela toda tierra el sol para arrojar plantas de flor y de fruto. Y los pegujares de mi espíritu que dejaron de ser yermos cuando te conocí y me los fecundaste



con tu palabra, esos pegujares están hace tiempo queriendo producir. Y he aquí por qué anhelaba escribirte, sin saber bien sobre qué.

Tú que estás acostumbrado á mis inversiones de sentido y á esta mi visión, que me hace ver con mucha frecuencia causas en donde los demás ven efectos, y efectos en lo que ellos toman por causas, no te extrañarás de lo que voy á decirte. Más de una vez me has dicho que suelo ver las cosas del espíritu algo á la manera de como si las del mundo material las viésemos en un cinematógrafo cuya cinta corriera al revés, yendo de lo último á lo primero, ó como si á un fonógrafo se le hiciera girar en sentido inverso al normal. Tal vez sea así, y que padezca de una enfermedad del sentido del tiempo y el de la consecuencia lógica; pero es lo cierto que con harta frecuencia me parece que son las premisas lo que los hombres ponen por conclusiones, y éstas aquéllas.

Todo esto viene á decirte que en mis ratos de vagaroso ensueño, cuando dejo á mi imaginación que se engañe creyendo que se liberta de la tirana lógica, suelo dar en pensar que no son las distintas posiciones que la Tierra adopta frente al Sol, según el punto en que se encuentra en su carrera anual y la inclinación de su eclíptica, lo que produce las estaciones, y con ellas el florecer de primavera, el madurar de verano, el fructificar de otoño y el dormir de invierno, sino que es este florecer, madurar, fructificar y dormir lo que determina las posiciones que adopta la Tierra. Doy en fantasear qué es la necesidad que la Tierra siente de dar flores, ahora en un sitio y luego en otro, lo que le lleve á presentar ya esta cara, ya la otra al Sol.

Y acaso algo así sucede con nuestras amistades. No es precisamente porque el azar te trajo junto á mí, y nos conocimos y nos entendimos desde luego, por lo que despertaron á la vida esos mis pegujares del espíritu á que hiciste producir con tu palabra de cariño y comprensión, sino que era la necesidad que ellos sentían de producir sus semillas que reventaban por



brotar, lo que me hizo descubrirte y detenerte entre los miles de hombres que pasan á mi lado.

Y hoy siento necesidad de ti, de tu presencia; hoy siento necesidad de hablarte, de dirigir hacia ti los pensamientos que me están pugnando por brotar, y como estás lejos, tan lejos, te los escribo.

Y esto es porque hoy, como nunca, me duele el misterio.

Tú sabes que llevamos todo el misterio en el alma y que le llevamos como un terrible y precioso tumor, de donde brota nuestra vida y del cual brotará también nuestra muerte. Por él vivimos y sin él nos moriríamos espiritualmente, pero también moriremos por él y sin él nunca habríamos vivido. Es nuestra pena y nuestro consuelo.

Tú te acuerdas de aquel nuestro buen amigo Alfredo, escritor de penetrante melancolía, que parece cae de cada una de las páginas de sus escritos como una lluvia lenta y pertinaz. Una vez me decía que no podía resignarse á la derrota de la metafísica, en que creyó en sus mocedades, y al contártelo yo añadía por mi cuenta: es que le duele el misterio.

El misterio parece estar en nosotros á las veces como dormido ó entumecido; no lo sentimos, pero de pronto, y sin que siempre podamos determinar por qué, se nos despierta, parece que se irrita, y nos duele y hasta nos enfebrece y espolea al galope á nuestro pobre corazón. Así como la exacerbación de ciertos tumores parece depende del estado atmosférico, así parece que del estado del ambiente espiritual de la sociedad que nos rodea depende la exacerbación del misterio dentro del misterio de nuestra alma.

El misterio es para cada uno de nosotros un secreto. Dios planta un secreto en el alma de cada uno de los hombres, y tanto más hondamente cuanto más quiera á cada hombre, es decir, cuanto más hombre le haga. Y para plantarlo nos labra el alma con la afilada laya de la tribulación. Los poco atribulados tienen el secreto de su vida muy á flor de tierra, y corre



riesgo de no prender bien en ella y no echar raíces, y por no haber echado raíces no dar ni flores ni frutos.

Sé que al llegar á esto se te vendrá á las mientes como á las mías se viene la primera parábola del Evangelio según Mateo, la del capítulo XIII, la del sembrador. Que salió á sembrar, y parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron; parte cayó en pedregales, donde había poca tierra, y nació; mas como tenía poca tierra, al salir el sol la quemó, y secó, por faltarle raíces; parte cayó en espigas que crecieron y la ahogaron, y parte cayó en buena tierra y dió fruto, ya á ciento, ya á sesenta, ya á treinta por uno. Y así sucede con el secreto de la vida á cada cual.

Hay hombre á quien el secreto de su vida le cae por fuera, al camino de ella, y se lo devoran las aves; á otro le cae en corazón pedregoso y no tribulado ni arado por el dolor, y le brota, pero el sol se lo quema; á otro se le ahoga en mil divertimientos y expansiones, y sólo á muy pocos se les adentra y echa raíces, y las raíces tallo, y el tallo hojas, flores y por fin fruto.

Y ten en cuenta que esa semilla, ese secreto de la vida, enterrado en el alma, no lo ve nadie, ni llega el Sol á él. Nosotros vemos la planta, nos restregamos y refrescamos la vista con la verdura de su follaje, nos regalamos el olfato con el aroma de sus flores, y gustamos el paladar con la fragancia de sus frutos á la vez que con ellos nos alimentamos; pero ni vemos, ni olemos, ni gustamos la semilla de esa planta, que fué enterrada bajo tierra.

Cuando hemos hablado del deber de la sinceridad me has replicado siempre que hay en nosotros pensamientos y sentimientos que no debemos revelar, sino guardar con cuidado y celo. Y yo te lo rebatía, y con cierta agresiva vehemencia oponía á tus reservas lo de la necesidad de andar con el alma desnuda y de la confesión pública. Pero he meditado después en ello y he venido á la conclusión de que, en efecto, estabas en lo firme, y de que es precisamente el deber de la sin-



ceridad el que nos manda velar las entrañas de nuestra alma.

Y es el deber de la sinceridad el que nos manda velar y recatar las entrañas de nuestra alma, porque si las pusiésemos al descubierto las verían los demás como no son ellas, y así mentiríamos. El que dice sí sabiendo que le han de entender no, miente, aunque el sí sea la verdad.

Hay que llevar, sí, el alma desnuda, pero el llevarla desnuda no es llevarla desgarrada y abierta en canal. Cuanto más sincera es un alma, tanto más celosamente resguarda y abriga los misterios de su vida.

Si en los momentos de ahogo y congoja cordiales, cuando nos falta aire espiritual que respirar, nos desgarramos el corazón para que el aire penetre en sus senos, pero á la vez que el aire, llega el sol á esas profundidades, su lumbre seca y mata á las semillas en él depositadas, y no echan ya raíces, y se mueren sin dar ni flores ni frutos.

Las raíces de nuestros sentimientos y pensamientos no necesitan luz, sino agua, agua subterránea, agua oscura y silenciosa, agua que cala y empapa y no corre, agua de quietud. Lo que necesita aire y luz es el follaje de nuestros sentimientos y pensamientos, es lo que de ellos arrojamos al mundo, y al darlo al mundo del mundo es.

Para expresar un sentimiento ó un pensamiento que nos brota desde las raíces del alma, tenemos que expresarlo con el lenguaje del mundo, revistiéndolo del follaje del mundo, tomando del mundo, de la sociedad que nos rodea, los elementos que dan consistencia, cuerpo y verdura á ese follaje, lo mismo que la planta toma del aire los elementos con que reviste su follaje. Pero la fuente interna, la sustancia íntima é invisible, le viene de las raíces.

El lenguaje de que me sirvo para vestir mis sentimientos y mis ideas es el lenguaje de la sociedad en que vivo, es el lenguaje de aquellos á quienes me dirijo; las imágenes mismas, los conceptos en que vierto su savia son las imágenes y los conceptos de los que me oyen; pero la savia, esa savia vivifi-



cante que desde las raíces sube á mis frutos, esa savia que no se ve, esa es mía. Y es la que da á mis frutos, la que da á tus frutos, la que da á los frutos de todo hombre el sabor que tengan.

Hay frutos desabridos que á nada saben, que no dejan de los que repiten, que parecen sosos productos de estufa; y es que esos frutos no provienen de semilla, sino de gajo, de injerto tal vez. Son frutos espirituales que no proceden de secreto alguno de vida, de misterio alguno de tribulación.

Hay almas que tienen las raíces al aire: ¡desdichadas! Las hay que no tienen raíces: ¡más que desdichadas!

\*  
\* \*

Hay por debajo del mundo visible y ruidoso en que nos agitamos, por debajo del mundo de que se habla, otro mundo invisible y silencioso en que reposamos, otro mundo de que no se habla. Y si fuera posible dar la vuelta al mundo y volverlo de arriba abajo y sacar á luz lo tenebroso metiendo en tinieblas lo que luce, y sacar á sonido lo silencioso metiendo en silencio lo que calla, habríamos todos de comprender y sentir entonces cuán pobre y miserable cosa es esto que llamamos ley y dónde está la libertad y cuán lejos de donde la buscamos.

La libertad está en el misterio; la libertad está enterrada y crece hacia dentro, y no hacia fuera.

Se dice, y acaso se cree, que la libertad consiste en dejar crecer libre á la planta, en no ponerla rodrgones ni guías ni obstáculos, en no podarla obligándola á que tome esta ó la otra forma, en dejarla que arroje por sí y sin coacción alguna sus brotes y sus hojas y sus flores. Y la libertad no está en el follaje, sino en las raíces, y de nada sirve dejarle al árbol libre la copa y abiertos de par en par los caminos del cielo, si sus raíces se encuentran, al poco de crecer, con dura roca impenetrable, seca y árida, ó con tierra de muerte. Aunque si las raíces son poderosas y vivaces, si tienen hambre de vida, si proceden de semilla vigorosa, quebrantarán y penetrarán



las rocas más duras y sorberán agua del más compacto granito.

Arbol espiritual de muchas y hondas raíces dará regalado fruto por áspero y hostil que el ambiente le sea. Y las raíces son el secreto del alma.

A lo mejor se asombran los hombres de la singular fuerza que se revela en una obra al parecer de pura inteligencia, de la plenitud de pensamiento que estalla por todas partes en un tratado de Algebra ó de Fisiología ó de Gramática comparada ó de otra cosa así. Hay libros de ciencia que aun conteniendo principios nuevos, nuevas verdades, leyes que descubrió su autor, decimos todos que envejecerán en cuanto esas verdades, leyes y principios se incorporen á la ciencia y entren en su caudal y aparezcan expuestos en los manuales didácticos en que es expuesta. Un libro de ciencia puede aportar mucho caudal nuevo á ella y ser, sin embargo, perfectamente impersonal. Pero hay otras obras también de exposición científica, y no más que de exposición científica, en las que, aparte de la novedad y verdad de los principios en ellas revelados, hay en su trama, en su tono, en el espíritu oculto que las anima, un *quid mirificum*, un algo misterioso que las hace duraderas y fuente de enseñanzas hasta cuando los principios en ellas expuestos son del común dominio ó han sido acaso rectificadas ó rechazadas tal vez. Y estas obras de ciencia inmortales, inmortales porque su vida no depende de la vida de la ciencia á que sirvieron, son obras que proceden de secreto de vida, tienen su raíz en algún misterio de tribulación.

Los grandes pensamientos vienen del corazón, se ha dicho, y esto es sin duda verdadero hasta para aquellos pensamientos que nos parecen más ajenos y más lejanos de las necesidades y los anhelos del corazón. ¿Quién sabe las raíces cordiales que en el alma generosa y grande, en el alma henchida de piedad de Isaac Newton tuvo el descubrimiento del binomio á que damos su nombre?

La ciencia ha sido para muchos espíritus ardientes el refu-



gio en que han ido á abrigarse en grandes tormentas interiores, y muchos de los más grandes y más fecundos descubrimientos se los debemos á misterios del corazón. Y estos elevados y nobles espíritus nos dieron los frutos de su secreto sin revelarnos éste, y nos fueron absolutamente sinceros y nos enseñaron la verdad.

A un árbol se le conoce por sus frutos, pero sus frutos no son sus raíces, aunque de ellas procedan.

Muchas luminosas teorías, muchas sugestivas hipótesis, muchos felices descubrimientos son hijos de profundas tribulaciones, de entrañados dolores.

Tú te acordarás, mi querido amigo, las veces que hemos hablado de las profundas corrientes de pasión que circulan por debajo de la *Ética* de Spinoza ó de la *Crítica de la razón práctica* de Kant, y cómo estas dos obras imperecederas son lo que son por haber brotado del corazón de sus autores, no de la cabeza. Para el que sabe leer y sentir lo que lee, por debajo de las secas fórmulas del judío de Amsterdam, en el hondón de aquellas proposiciones expuestas en estilo algebraico hay mucha más pasión, mucho más calor de ánimo, mucho más fuego íntimo que en la mayoría de los estallidos flameantes de los que pasan por sentimentales. No es la llama el único ni el principal signo del fuego; antes bien, los fuegos más duraderos y más intensos no dan llama de ordinario.

Cada una de las proposiciones de la *Ética* spinoziana es como un diamante, dura, esquemáticamente cristalizada, recortada en finas y cortantes aristas, fría. Pero lo mismo que al diamante, ha debido de ser preciso para producirla un intensísimo y muy fuerte fuego. El fuego común enciende en brasa los carbones ordinarios, y una vez que cesa quédanse en ceniza; pero para producir un diamante ha sido preciso un fuego tal como hoy no lo tenemos sobre el haz de la tierra, sino acaso en sus entrañas, donde no llega el aire que nos envuelve. Nuestros fuegos exteriores, los que llamean hacia fuera y se avivan con el aire del mundo, alumbran y calien-



tan un momento lo que nos rodea, pero no dejan como fruto de su incendio más que pavesas y cenizas. Sólo el fuego interior, oculto, el que no luce hacia fuera ni recibe aire del mundo, es el que puede darnos diamantes duraderos, más duros que cuantos guijarros puedan chocar con ellos.

¿Te acuerdas de aquel nuestro amigo que se fué á lejanas tierras para no volver, y del cual nunca más hemos sabido? A todos nos atraía y nos sorprendía lo singular de su dulzura, su eterna sonrisa misteriosa, la inalterable serenidad de su juicio, la moderación de sus pareceres todos, el perfecto dominio de sus emociones. Cuando discutíamos sus palabras caían sobre un asunto candente como un rocío refrescador; todos los argumentos, resecaos y ahornagados por nuestra caliente terquedad, reverdecían, y al reverdecer se enlazaban los unos á los otros. Y cuando entonces le reprochábamos de escéptico, se sonreía misteriosamente y decía: no, no es que yo dude de todo, es que lo creo todo. Y aquel «lo creo todo» nos sonaba á la infinita oquedad de la impotencia de creer cosa alguna. Y muchas veces, cuando se nos separaba, nos decíamos: pero este hombre, ¿tiene fe en algo?

Te acordarás también que llegamos á tomarle por una especie de esteta, por un desengañado, que curado de toda ilusión tomaba el mundo en espectáculo y se distraía, esperando á la muerte, en ver pasar los hombres y las cosas, en ver cómo todo va muriendo.

Sólo un día notamos que su voz temblaba y sonaba con otro timbre que el ordinario, como si el corazón le enclavijara las cuerdas vocales, y á la vez asomaba un extraño reflejo á sus ojos, apagados de ordinario. Fué un día en que protestó de que él sólo se propusiera divertirse, como alguien le echó en cara. Y todos los amigos nos quedamos pensativos é inquietos y con el vaso del corazón remejido luego de haberle oído detestar la diversión y hablar de la trágica seriedad de la vida.

Cuando el pobre se fué á esas lejanas tierras de donde no



ha vuelto y donde para nosotros se ha perdido, se nos descubrió algo el velo de su secreto, no más que lo suficiente para que vislumbráramos que lo tenía, aunque sin vislumbrar nada de él. Descubrimos que era hombre de secreto, aunque sin llegar á sospechar nada de éste. Y todos aquellos de nosotros sus amigos que se dieron á hacer conjeturas sobre él, se engañaron miserablemente, y mucho más se engañaron los que creían haber llegado á la verdad. Sólo llegamos á una conclusión, y fué que cuantos más indicios obteníamos de lo que podía haberle atribulado, más lejos estábamos del conocimiento de su tribulación, y esto se nos imponía por una lógica abrumadora.

No nos dijo al marchar sino esto: voy á enterrarme en la naturaleza bravía; huyo de mí mismo porque me tengo miedo; huyo de la sociedad porque, sin quererlo, me está dañando de continuo, y me temo mucho que llegue día en que, sin quererlo también, sea yo quien la dañe. Y nos dió el adiós con los ojos enjutos, pero con aquella misma voz de cuando protestaba de tomar á diversión la vida, y se fué. Y no hemos vuelto á saber de él. Se fué con su secreto. ¿Morirá éste con él?

No, yo no creo que muera con un hombre su secreto de vida, el misterio de su corazón, aunque él no nos lo revele durante su vida toda. Un secreto es un sentimiento padre, eterno, fecundo, y esos sentimientos que buscan almas en que encarnar cuando encarnados en una no han dado en ella fruto, buscan después otra. Para cada alma hay una idea que la corresponde y que es como su fórmula, y andan las almas y las ideas buscándose las unas á las otras. Hay almas que atraviesan la vida sin haber encontrado su idea propia, y son las más, y hay ideas que manifestándose en unas y otras almas no encuentran sin embargo sus almas propias, las que las revelarían en toda su perfección.

Y aquí se nos presenta otra vez el terrible misterio del tiempo, el más terrible de los misterios todos, el padre de ellos. Y es que las almas y las ideas llegan al mundo ó dema-



siado pronto ó demasiado tarde, y cuando un alma nace se fué ya su idea ó se muere aquélla sin que ésta baje.

Tormento grande fué, sin duda, para un hombre en el siglo XIII haber nacido con alma del siglo XX; pero no es menor tormento tener que vivir en este nuestro siglo con un alma del siglo XIII. Era entonces la misteriosa y terrible enfermedad de los conventos la *acedia*, aquella inapetencia de la vida espiritual de que, por otra parte, no se podía prescindir; y quien lea con atención y sentido á los místicos, oirá con el corazón aquel tono profundo que suena á desgarrador sollozo que no brota del pecho, sino en él queda, y hace llorar hacia dentro. Pero hoy tenemos la *acedia* de la vida del mundo, la inapetencia de la sociedad y de su civilización, y hay almas que sienten la nostalgia del convento medioeval. Del convento medioeval digo, y no simplemente del convento, porque el de hoy es tan distinto del que era en el siglo XIII, cuanto es distinto de aquel siglo el nuestro. Y tengo para mí que las almas medioevales que hoy viven entre nosotros son las que más repugnan los claustros del siglo XX. De aquel hombre de secreto, de aquel misterioso danés que vivió en una continua desesperación íntima, de Kierkegaard, se ha dicho que sentía la nostalgia del claustro de la Edad Media.

Todos llevamos nuestro secreto de vida: los unos más á flor de alma, los otros más entrañado, y los más tan dentro de sí mismos que jamás llegan á él ni lo descubren. Y si alguna vez lo vislumbran dentro de sí, vuelven hacia fuera la vista, despavoridos, y no quieren pensar en ello y se dan á divertirse, á enajenarse.

¿Y aquellos que ni siquiera lo han vislumbrado — me preguntarás, — los que atraviesan la vida sencillos y confiados, inocentes y serenos, llevando al aire y á la luz las entrañas del espíritu? Para éstos, mi querido amigo, todo es secreto; viven sumergidos y empapados en él; el misterio los envuelve. Son como los niños, que lo ven todo. Porque ¿crees tú que un niño de seis años no tiene también su secreto, aunque él no lo



sepa? Sí; tiene su secreto y su alma duerme en la inconciencia de él, pero desde allí dentro, desde esa inconciencia, le vivifica la vida. No recuerdo espectáculo más trágico y más misterioso que el de una pobre niña de muy pocos años que se deshacía en lágrimas junto al cadáver, aún caliente, de un perrito que había sido su más querido juguete, un juguete vivo.

Todos llevamos nuestro secreto, sepámoslo ó no, y hay un mundo oculto é interior en que todos ellos se conciertan, desconociéndose como se desconocen en este mundo exterior y manifiesto. Y si no es así, ¿cómo te explicas tantas misteriosas voces de silencio que nos vienen de debajo del alma, de más allá de sus raíces?

\*  
\* \*  
\*

¿Te has fijado en el extraño espectáculo de dos personas que discuten, exponiendo cada una de ellas su opinión sobre las cosas, y entretanto sólo tratan de sorprenderse mutuamente las almas? Lo que á cada uno de ellos le importa no es cómo piensa el otro, sino cómo es; no cuáles son sus opiniones, sino quién es él. Y es frecuente que entre dos personas que conversan, al parecer con gran intimidad, y en el seno de la mayor confianza, hablan de todo menos de aquello que más inquieta y preocupa á ambos. Les preside y anuda su comunión espiritual una idea, un sentimiento, y de todo hablan menos de ese sentimiento, de esa idea común que les une. Los junta un secreto y ambos se lo callan, porque es la mejor manera de que les junte.

Con frecuencia, cuando asistimos á la conversación de dos amigos íntimos, unidos por lazos fuertes é indestructibles, nos sorprenden cosas que no entendemos ó el tono que la conversación toma, y que parece completamente fuera de acuerdo con lo que dicen. Y es que están hablando de una cosa y pensando ambos en otra muy distinta; es que están discurrendo sobre un tema manifiesto y superficial, y comulgando en un



secreto profundo. En un secreto común que nunca se lo revelaron el uno al otro.

Nada une á los hombres más que el secreto. El que te adivine tu secreto no tiene más que mirarte y habrás de hacerte amigo de él. Y en él buscarás refugio. Y será á quien más cuidadosamente le celes tu secreto. ¿Para qué revelárselo si te lo ha adivinado? Y al que no te lo adivine es inútil que se lo reveles, porque no te lo entenderá á derechas, y, sobre todo, no te lo creerá tal cual es.

Y hay gentes que parece que todo lo dicen y cuentan, y son los que más callan; y no hablan y se confiesan sino para ocultar más su secreto, pues temen el silencio, que es lo más terriblemente revelador que hay. La sinceridad se ahoga en palabras. El secreto, el verdadero secreto es inefable, y en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es más aún que antes.

\*  
\* \*

No nos es hacedero de ordinario conocer el secreto especial y propio de nuestro prójimo, su ansia propia, su tribulación suya, la congoja que le atormenta ó el gozo oculto que no puede revelar, la pasión que le consume ó le acrecienta, el anhelo que persigue en su corazón; pero lo que sí podemos conocer es la raíz común á los secretos todos de los hombres, el secreto de nuestros sendos secretos, el secreto de la humanidad. Toma distintas formas en cada alma, y estas formas nos son secretas, pero su sustancia última y eterna es siempre la misma.

Y el secreto de la vida humana, el general, el secreto raíz de que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, es el furioso é insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos, de adueñarnos del universo entero sin que el universo se adueñe de nosotros y nos absorba; es el deseo de ser otro sin dejar de ser yo y seguir siendo yo siendo á la vez otro; es, en una palabra, el apetito de divinidad, el hambre de Dios.

E. M.—Julio 1906.



La ley nos atribula y aflige, y cuando tratamos de quebrantar la ley, lo hacemos empujados por otra ley más alta ó más baja que nos atribula y aflige aún más que la primera, y la satisfacción de todo anhelo no es más que semilla de un anhelo más grande y más imperioso.

¡Si yo pudiera llevar tal otra vida y hacer tales ó cuales cosas que hoy no puedo hacer!..., dices. Y si pudieras llevar esa vida y hacer esas cosas que hoy no puedes hacer, como entonces no podrías llevar la vida que llevas ni hacer lo que hoy haces, desearías tu vida y tus hechos actuales. Porque lo que quieres es aquella vida y ésta y la otra y todas. Los judíos, al salir de Egipto, ansiaban la tierra de promisión, y una vez en ella suspiraban por el Egipto. Y es que querían las dos tierras á la vez, y el hombre quiere todas las tierras y todos los siglos, y vivir en todo el espacio y en el tiempo todo, en lo infinito y en la eternidad.

El resorte del vivir es el ansia de sobrevivirse en tiempo y en espacio; los seres empiezan á vivir cuando quieren ser otros que son y seguir siendo los mismos. Y todo lo que no vive, no es sino alimento de lo que vive.

Y ahora queda otra pregunta, y es: el conjunto, el todo, el universo, ¿no vive á su vez y anhela ser más que es, ser más que todo, más que universo? ¿No tiene el universo su secreto?

Dejémoslo.

MIGUEL DE UNAMUNO



## UNA EXCURSIÓN Á LAS RUINAS DE MEDINA AZ-ZAHRÁ

---

EN EL «GRAN CAPITÁN».—PROYECTOS.—EL DR. IZQUIERDO.—EN MARCHA.—HISTORIA DE LAS RUINAS.—POR ENTRE RESES BRAVAS.—HISTORIA Y RECUERDOS DE «MEDINA AZ-ZAHRÁ» SEGÚN LOS ESCRITORES ARÁBIGOS.—OPINIONES Y ESPERANZAS.

Hermosa era sobre toda ponderación la mañana.

Mientras aguardábamos el coche, mi buen amigo Villalba, diputado provincial á la sazón, me explicaba su proyecto.

Estábamos en el anchuroso *Paseo del Gran Capitán*, que tantos y tan buenos edificios embellecen, y al pie del *Hotel de Oriente*, donde me hospedaba. Con esa verbosidad pintoresca, propia de los andaluces, mi amigo se esforzaba por hacerme comprender la importancia que para la ciudad de Córdoba tenía la realización de su pensamiento.

—Está acordada, es ya un hecho (1), la prolongación del *Gran Capitán* hasta la misma vía férrea, y la Compañía, —decía, señalando las frondosas huertas que sobre el fondo de la Sierra se extendían por el N., á través del *Paseo de los Tejares*, —construirá ahí la nueva Estación del Ferrocarril, que será magnífica. De tal modo —añadía,— los viajeros que pasan para Cádiz, Sevilla y Huelva, para Málaga y Granada, pueden, sin dificultad ni apremios, visitar con el tiempo necesario la *Mezquita*, con sólo apresurar un poco el almuerzo. Pero esto, como tú comprendes, no basta; yo he propuesto, y he de insistir en ello sin tregua ni descanso hasta que lo consiga—y ya

---

(1) Lo es efectivamente, cuando este trabajo se publica.



sabes tú si soy testarudo,—he propuesto, digo, otra reforma de grande interés, la cual ha de reportar muchos beneficios á Córdoba: es el complemento obligado é indispensable de la anterior que te he indicado, y me agradecerán mis paisanos cuando se realice. He propuesto, vuelvo á decir, que el *Gran Capitán*, con una ligera inclinación hacia Levante, y dejando á un lado la iglesia de *San Nicolás de la Villa*, se prolongue á través del caserío hasta llegar á la misma *Puerta del Perdón* en la *Mezquita*.

—Ya ves tú—agregaba, entusiasmado y convencido,—ya ves tú si esto es importante y de trascendencia para Córdoba. Hay que expropiar mucho, es cierto, y aquí está el argumento. Aquiles que me hacen los que se oponen, diciendo que el Ayuntamiento no tiene fondos; pero también es cierto que, con el trazado de las nuevas calles, la propiedad aumentará considerablemente de valor, y terrenos que hoy no valen sino muy poco, porque están en un barrio de escasa significación, valdrán entonces bastante más del duplo. Al hacer el Municipio estas expropiaciones, para lo cual debe levantar un empréstito, y luego de abierta la *Gran Vía*, ganará también, porque terrenos adquiridos en un precio los enajenará en más del doble en seguida; y como en el hermoso *boulevard* que resulte acudirá el comercio á hacer sus instalaciones, y esos barrios, que hoy no tienen vida, la tendrán entonces propia, todos ganarán, se habrá hecho una obra admirable, verá todo el mundo de qué manera sabemos los cordobeses apreciar nuestros monumentos, y desde las ventanillas de los coches del ferrocarril se divisará en línea recta nuestra maravillosa *Catedral*, que nadie mejor que tú sabe es un prodigio del arte.

Poco enterado yo, pobre viajero, de las necesidades urbanas de la antigua corte de los Califas, había dejado decir á mi buen amigo cuanto antecede, sin osar interrumpirle. Muchos años hacía que faltaba yo de Córdoba, ciudad á la que profeso muy gran cariño, no sólo por sus monumentos, y especialmente la *Mezquita-Aljama*, cuya historia procuré años hace ilus-



trar en un libro (1), sino porque, aun con haber nacido en Madrid, me juzgo hijo de la provincia por mi Padre, de quien se guarda allí la memoria, pues como en Baena, como en Sevilla, como en Madrid y como en Toledo, se ha dado en Córdoba su nombre á una calle, la antigua del *Seminario de San Pelagio*, establecimiento á cuyas aulas había en su azarosa juventud aquél asistido.

Interésame, pues, todo lo que á Córdoba se refiere; y en esta excursión advertía muy grandes y provechosas alteraciones en la capital, de cuyo engrandecimiento para la vida moderna me dieron testimonio por todas partes multitud de reformas, que habían cambiado en mucho la fisonomía particular y característica de la población, en ventaja suya. Hube de asentir por esto á las indicaciones de mi entusiasta y antiguo amigo, y no estimé en principio descabellada ni mucho menos la idea, si bien lamentando que con tales obras perdería de cierto la ciudad lo peculiar y privativo de su aspecto histórico y aun legendario.

Porque es indudable que, al penetrar en Córdoba, el ambiente que se respira está saturado del perfume delicado y sutil de los recuerdos, emanaciones del pasado, que en el espacio flotan, que todo lo penetran, que á todo dan colorido y lo embellecen; *saudades* de tiempos más presentes á la fantasía que al conocimiento, y cuyo prestigio es tal que, con invencible fuerza, se apoderan desde el primer instante del viajero y del artista, le subyugan, le obsesionan, le acompañan á todas partes, le sugieren pensamientos y quimeras, y le hacen sospechar en ocasiones si detrás de las caladas y misteriosas celosías de las poéticas y salientes rejas, detrás de los cruzados hierros que tejen las cancelas de los patios, exuberantes de vegetación florida y esmaltados de naranjos y de limoneros, asomará el rostro delicioso de alguna de aquellas hermosas mujeres de ojos de fuego y de mirar brillante, de trigueña color y la-

(1) Las *Inscripciones arábicas de Córdoba*, cuya primera edición publiqué en 1879.



bios encendidos, como tesoro inapreciable y trasunto paradisiaco escondidas en el secreto inviolable del *harém* por los musulmanes, enamorados y celosos.

Porque allí están todavía, aunque macilentas y tristes, agobiadas bajo el peso de los años, y hablando con elocuencia singular al espíritu, aquellas palmeras del Desierto, cuyos flotantes penachos coronan gallardamente los vetustos edificios, levantando los harpados brazos hasta el cielo. Delante de ellas se ha desarrollado por aventura el sangriento panorama de la Edad Media; ellas han visto, sin duda, á Córdoba en sus días de esplendor maravilloso, y han contemplado también sus infortunios y su ruina; quizás se estremecieron al eco de las victorias de Abd-er-Rahmán III, de su hijo Al-Hakém y del poderoso Al-Manzor en las postrimerías del Califato; quién sabe si por el lado suyo discurrieron en vistosa cabalgata Sancho *el Craso* y su abuela doña Toda, la orgullosa reina de Navarra; si al pie de alguna de ellas lloró sus desengaños Ordoño IV, ni si en 1236 contemplaron atónitas la entrada de las huestes de Castilla mandadas por Fernando III *el Santo*!

Porque á pesar de las reformas llevadas á cabo, y exigidas por las necesidades de la vida moderna, aún en gran parte perduran aquellas calles, estrechas, torcidas, misteriosas, que se revuelven sobre sí mismas como reptiles, frescas y sombrías, perfumadas con el aroma que exhalan de uno y otro lado los patios de los edificios que las forman, y dormidas al eco rumoroso de los surtidores que vierten el agua cristalina en tazas de alabastro. Guardan aquellas calles, quietas y tranquilas, la memoria fiel de los tiempos que fueron; y sus casas, reverberantes de blancura al exterior, parece que, al tocarse con los aleros, tejen sobre la vía una bóveda protectora contra la inclemencia de las estaciones.

Si el proyecto de mi amigo llegaba á realizarse, ¡cuántas de estas cosas desaparecerían, y cuántos de estos recuerdos, más bien muchos de ellos soñados que basados sobre certidumbres, se evaporarían por completo! Podría entonces, acaso,



aunque es bien difícil, distinguirse desde las ventanillas de los coches del ferrocarril la *Puerta del Perdón* de la *Mezquita-Catedral*; podría sin pérdida de tiempo el viajero satisfacer su curiosidad visitando la *Aljama* con sólo seguir el grandioso *boulevard* proyectado; pero no le acompañarían de cierto aquellas fantasías que, como gnomos bullidores y parlantes, se despiertan hoy en el ánimo del propio viajero, le salen palpitantes al paso, y con él penetran bajo las paralelas naves del templo que simboliza el imperio de los Omeyyas en España!

Ganaría el comercio, ganarían los propietarios; pero perderían incuestionablemente la tradición y la leyenda, y acaso también el arte.

La llegada del Dr. Izquierdo Reyes y del laureado pintor Julio Romero, á quien acaba de dar notoriedad saliente su cuadro *Las vividoras del amor*, y con quienes había de hacer la expedición proyectada, puso término á mis reflexiones y á la exposición acalorada que de su proyecto mi viejo amigo hacía. Cambiados los saludos de ordenanza, montamos todos en el coche del doctor, y al galope de los caballos pasamos por delante de la *Plaza de Toros*, y, tomando el *Camino de San Jerónimo*, cruzamos diagonalmente la vía férrea, para seguir al NO., por terreno abierto, árido y ondulado, en dirección á *Córdoba la Vieja*.

¡A *Córdoba la Vieja*! A la ciudad fantástica, soñada en los libros que dan noticia de ella, y de cuya grandeza, preconizada y exaltada por los escritores arábigos, no conocía más que pequeños fragmentos arquitectónicos! Tuve siempre vehementísimos deseos de visitar aquellos lugares ennoblecidos por la magnificencia y por el fausto de que supo rodear su persona el tercero de los Abd-er-Rahmanes, á quien por haber favorecido más que á otro alguno de sus antecesores la fortuna, y por haber hecho grabar su nombre en las monedas, generalmente, aunque no con rigurosa exactitud, conceptúan los expositores de Historia como fundador del Califato. Pero jamás había podido conseguirlo.



Cuando en 1875, es decir, hacía treinta años, me fué confiada por el Gobierno la comisión de reconocer y estudiar en la Península las inscripciones arábicas,—después de recoger todas aquellas de que había noticia en Córdoba, ya en lápidas sepulcrales, ya en lápidas conmemorativas, lo mismo en capiteles que en basas, y sobre todo, las del exterior y el interior de la que fué *Mezquita-Aljama*, no olvidadas las de la yesería de los edificios mudejares,—quise llevar mis investigaciones á *Córdoba la Vieja*, como las llevé, aunque sin fruto, por desgracia, á otras localidades de la provincia.

Era en ella entonces gobernador persona tan culta como D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz, quien ha ilustrado la historia de su patria, Santander, con muy excelentes trabajos biográficos. Púsome á la sazón con él en relaciones mi excelente amigo el director de la escuela de Bellas Artes, tan entendido como entusiasta por las cosas de Córdoba, D. Rafael Romero Barros, ya difunto, á cuyo celo son debidos, con otros muchos beneficios inolvidables dados por él á conocer en varios trabajos, el descubrimiento y conservación de una *Sinagoga*, edificio que fué motivo de muy doctas disquisiciones por parte del académico P. Fita.

Signifiqué al Sr. Leguina mis deseos y mis esperanzas; y luego de exponer unos y otras, y de haber hablado largo y tendido de lo que yo sabía, y suponía fué aquella ciudad en los pasados tiempos,—cuando pudo el galante gobernador tomar la palabra, preguntóme sonriendo:

—¿Es usted torero?

—¿Yo...?—exclamé con sorpresa.—No, señor. ¿Por qué la pregunta?—interrogué á mi vez, riendo.

—Porque *Córdoba la Vieja* está en la dehesa del marqués de Guadalcazar, y en la dehesa del marqués, los toros bravos de Saltillo.

Creo me perdonarán mis medio paisanos los cordobeses mi absoluta ignorancia del arte de Romero y Pepe-Hillo, de Lagartijo y del Guerrita, y con ella, y desde luego á causa de



ella, mi escasa afición á la fiesta pomposamente de nacional tildada; y supongo también que, como consecuencia de lo dicho por el gobernador y de lo que añadió respecto de los peligros y contingencias subsiguientes á la presencia de la torada tan famosa del marqués del Saltillo en aquellos lugares, me perdonarán asimismo se resfriase algún tanto mi entusiasmo arqueológico, y desistiera por completo por entonces de la expedición soñada.

Pasó la oportunidad, pasaron los años, á Córdoba me llevaron después otros asuntos, y ocupado con ellos ya no pensé en intentar de nuevo la visita á sitios tales, hasta que en la ocasión á que especialmente me refiero amigos cariñosos y, en particular, el simpático Dr. Izquierdo, que es entusiasta por todo lo muslime, con asegurarme unos y otros no corría á su lado riesgo alguno, y tranquilizarme en parte,—de igual manera que el barón de la popular zarzuela de Frontaura *En las astas del toro*, bajo la salvaguardia de los profesionales se resolvía á salir á la plaza, así me determiné yo á realizar por fin aquel mi deseo al cabo de tantos años.

Por mediación de Julio Romero, hijo del antiguo director de la Escuela de Bellas Artes, ya citado, y aventajado discípulo suyo, premiado en varias Exposiciones nacionales, tuve pocos días antes la satisfacción de conocer en su domicilio al Dr. Izquierdo. Es hombre joven, muy acreditado en la ciencia médica, de reputación bien cimentada y de escogida clientela; y tan apasionado, en su tipo africano, de las cosas arábicas, como para haber invertido algunas cantidades en labrar por semejante estilo, dentro de su hermosa y antigua casa señorial de la calle del Císter, un lindo despacho para consultas.

En aquella estancia, pavimentada de blanco mármol, cuyos muros, sobre policromado zócalo de azulejos, están cubiertos de vistosa yesería, reproducción de la del palacio de la Alhambra; cuya ventana se ha convertido en poético aximéz mármoleo de arquillos angrelados, mientras el techo es copia del que tuvieron las naves de la *Mezquita-Aljama* cordobesa, y en



el *arrabaá* de la guarnición de yesería de la pequeña puerta de ingreso se declara en signos nesji, un tanto deformes, el nombre del doctor y la fecha en que fué la obra terminada; en aquella estancia, repito, donde aún no había instalado el mueblaje que á propósito tenía mandado construir, y donde desentonaban las sillas de rejilla y de madera curvada,—recibióme afectuoso el doctor; charlamos de arqueología y de historia hispano-musulmana, en la que se mostró por extremo versado, y luego de haber tomado á la usanza del país unas copitas de Jerez —para cimentar así nuestra amistad y nuestrassimpatías,—como por acaso hablase yo de *Córdoba la Vieja*, quedó acordada la expedición, llevando al doctor por guía, pues ya la había él hecho y repetido varias veces, era conocedor de aquellos sitios, y amigo además de los sobrinos de *Lagartijo*, á quienes pertenecía la dehesa, donde cría el marqués de los Castellones las reses, en su mayor parte al circo destinadas.

En mi impaciencia, antojábaseme largo el trayecto. Los caballos corrían bajo un sol ardoroso, que caldeaba el interior del carruaje, y la conversación no podía versar sino acerca del objeto que nos había reunido. Recordábamos las vicisitudes dolorosas de aquella fantástica creación de Abd-er-Rahmán III, que llevó el nombre mágico y sin duda merecido de *Medina Az-Zahrá*, y cuya memoria, como la de una quimera, se desvanece totalmente después de la Reconquista cristiana. Porque, como decía el insigne D. Pedro de Madrazo, «de *Córdoba la Vieja* se hace mención en algunos documentos de la Edad Media; ¡de *Medina Az Zahrá*, nunca!» Con el apelativo que les ha conservado el vulgo, adjudicábase San Fernando en el repartimiento de Córdoba aquellos lugares, y Gómez Bravo, en su *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, cita una donación hecha por el propio monarca á 20 de Febrero del año 1241, referente á una propiedad que estaba *contra Cordubam la Vieja* (1).

---

(1) Tomo I, pág. 4, cit. por Madrazo.



Estos dos documentos acreditan cómo ya entre los musulmanes mismos—pues sabido es fueron muchos los que en la población permanecieron cual *mudejares*—se había borrado el nombre propio de la ciudad del grande *An-Nássir*, y justifican por modo cierto el olvido ó el desconocimiento que de él tuvieron los cristianos reconquistadores. De la suerte que al asolado campo hubo de corresponder mientras permaneció figurando en el patrimonio de los sucesores de Fernando III, nada se sabe. Nadie habla de él, y se ignora en qué tiempos y por cuáles causas pasó á ser propiedad del Municipio cordobés; quizás en los días de Sancho IV, y para premio acaso de servicios prestados en la execrable lucha entablada por aquél contra su padre don Alfonso *el Sabio*; por aventura en los del bastardo Enrique de Trastámara, y en pago de cuanto hicieron á la sazón los cordobeses contra su rey legítimo, el calumniado Pedro de Castilla.

Lo cierto es que cuando, á los comienzos del siglo xv, el venerable P. Fr. Vasco, de la Orden de San Jerónimo, excitaba en Córdoba los sentimientos piadosos de los potentados con objeto de fundar en la Sierra un convento,—mientras la viuda del Alcaide de los Donceles, don Diego Fernández de Córdoba, le cedía una huerta de su pertenencia, contigua á *Córdoba la Vieja*, la ciudad le hacía para el mismo fin graciosa donación en 1408 de las *ruinas del Castillo de Córdoba la Vieja*. Por esta donación viénese en conocimiento de que todavía entonces quedaban en pie restos de las construcciones con las cuales se había engrandecido y honrado *Medina Az-Zahrá*, y de que aquellos restos estaban reputados, ó lo eran realmente, de la fortaleza que defendió un día la espléndida fundación del gran Califa.

Con la galanura propia de su atildado estilo, Madrazo refiere cómo «el arruinado castillo viene entonces al suelo; los sillares de sus muros son acarreados al cerro inmediato, donde los padres jerónimos edifican su convento; los tableros esculpidos, de barro y piedra, que los revestían, caen despedaza-



dos entre la hierba, donde permanecerán—dice—acompañando al sueño secular de las otras ruinas anteriores, ya sepultadas en aquel *campo de soledad*», que iba á nuestra vista descubriéndose conforme el carruaje adelantaba.

—Algo fantástico me parece eso, con perdón del Sr. Madrazo—dijo el doctor, interrumpiendo estas remembranzas.—Porque, á la verdad, amigo mío—añadió,—yo no he visto ni recuerdo castillo ó construcción militar, llámese como se quiera, cuyos muros estuviesen revestidos al exterior de tableros esculpidos en piedra, y puedo asegurar á usted que tampoco he hallado resto ni vestigio de tableros de barro esculpido ó sin esculpir, ni sé de nadie, por quien hayan sido visitadas las ruinas que va usted á ver, que haya encontrado nada de tales cosas.

—No hay que tomar al pie de la letra lo que dice el respetable Sr. Madrazo—contesté.—Ya comprenderá usted que á mí no se me oculta lo inverosímil de que la construcción llamada *castillo* estuviese exterior ni interiormente decorada de placas de piedra, mármol y mucho menos barro labrado. Es de creer—proseguí—que si eran aquellas ruinas las de una fortaleza estuviese construída ésta de hormigón apisonado, por el sistema de *tapiería*, como construyeron por punto general todas ellas los musulmanes, y como están construídos los muros y los torreones de la cerca que de aquellos tiempos aún en pie subsiste en Niebla todavía, así como muchos, si no todos los torreones de la fortaleza de la Alhambra.

Pero déjeme usted proseguir recordando lo que aquel ilustre escritor consigna, pues son, las que él da, las únicas noticias que hay, ó que yo sé á lo menos, de la historia de estas ruinas venerables. «De los despojos aparentes—continúa el señor Madrazo—apenas queda alguno útil que los buenos frailes no se lleven á su monasterio: cargan con cuantos capiteles y fustes de mármol yacen sobre aquella vasta sepultura de grandezas; llévanse cuanta piedra les parece acomodada á la construcción de su templo, de su claustro, de su capítulo, ... llévanse, por fin, hasta un cervatillo y una cierva de bronce hueco



hallados entre los escombros», figuras «que quizás en otro tiempo habían deleitado en alguna fuente del palacio de *Az-Zahrá* los ojos de su mimosa dueña, y acomodan» la del cervatillo «á un pilón del claustro del santo Cenobio».

—En el *Museo Provincial* está—dijo Julio Romero.

—Ya lo sé—repliqué yo,—y lo expresa también el Sr. Madrazo. De esta figura mandé hacer en 1875 una reproducción para el *Museo Arqueológico Nacional*, la cual por accidente fortuito se destruyó con harto sentimiento mío. No hay, pues, para qué hablar del cervatillo, que es de todos nosotros conocido y que, adornado de pequeñas flores incisas por todo el cuerpo, sirvió de surtidor en alguna fuente, aunque no quizás del palacio. De la cierva se sabe fué llevada al *Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe*; pero se ignora si subsiste.

Estimaron los religiosos de San Jerónimo, de conformidad con el sentir del vulgo,—y quién sabe si ellos fueron los inventores de la especie,—eran las de *Córdoba la Vieja* reliquias anteriores á la época de la dominación islamita; y «deshecho el castillo, no quedó al parecer piedra sobre piedra en aquella vasta, ondulosa y verde planicie, ya convertida en dehesa». «Obcecado con el error vulgar», ó más bien, obsesionado por los prejuicios propios de la era del Renacimiento, que llegaron á negar todo arte á los musulimes,—aquel docto cordobés, cronista de la majestad de Felipe II, Ambrosio de Morales, en fin, «que vivió algunos años en el *Monasterio de San Jerónimo de la Sierra*», y cuya ciencia es incontrovertible, puso grande empeño en sus *Antigüedades* para «persuadir que *Córdoba la Vieja* era la *Colonia Patricia* fundada por Marcelo».

«Otro anticuario más perspicaz en estas materias», el licenciado D. Pedro Díaz de Rivas, en el discurso preliminar de sus *Antigüedades de Córdoba* «trató de corregir la falsa opinión, y éste convenció á otros», tales como el P. Roa y Gómez Bravo en el siglo xvii, «de que aquellos despojos pertenecían á alguna suntuosa fábrica de sarracenos», si bien nadie acertó con el nombre que tuvo, hasta que D. José Antonio Conde



situándola erróneamente lejos de su verdadero emplazamiento; habló de *Medina-Az-Zahrá* en la *Historia de la dominación de los árabes en España*, cuya autoridad ha disminuído tanto, después de los trabajos de Dozy principalmente.

La visita hecha por D. Pedro de Madrazo mediando el siglo XIX á las ruinas de la que aún sigue siendo apellidada *Córdoba la Vieja*, llamada estaba á producir muy beneficiosos resultados; pues lleno de entusiasmo aquel ilustre arqueólogo, por quien era localizada la situación de *Medina-Az-Zahrá*, y por quien fueron dados á conocer primeramente los fragmentos que él mismo recogió del suelo (1), excitó al Gobierno en Diciembre de 1853 para «que hiciese una exploración arqueológica en la dehesa, reservándose el emprender excavaciones en regla si aquel previo reconocimiento prometía algún resultado útil á la historia del arte». Él mismo contaba en 1855 cómo fué acogida su moción por el ministro de Fomento, D. Agustín Esteban Collantes; cómo fué nombrada en Córdoba una Comisión especial, formada por los Sres. D. Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, el peritísimo D. Francisco de Borja Pavón, poco tiempo ha fallecido, y D. José Saló, y cuya dirección tuvieron á su cargo el propio Sr. Madrazo y el sabio orientalista D. Pascual de Gayangos; cómo hasta mediados de Mayo de 1854 no pudieron tener los trabajos principio, y cómo las condiciones impuestas por el marqués de Guadalcazar, dueño á la sazón de la dehesa, hicieron todo inútil por desgracia.

—Pues ya no es del marqués—dijo Villalba.—La adquirió *Lagartijo* para su ganadería de reses bravas, y hoy es de sus sobrinos.

—Acaso ahora pueda intentarse algo de lo que pretendía el Sr. Madrazo—observé yo.

---

(1) Véase el tomo de *Córdoba*, en los *Recuerdos y bellezas de España*, de Parcerisa (Madrid, 1855), y en él la excelente lámina de la pág. 423. Dicho tomo, con algunas modificaciones, fué reproducido en la obra *España*, publicada en Barcelona por la casa Cortezo y Compañía (1884).



—Lo creo difícil—expresó el doctor Izquierdo, añadiendo:—Lo que sí debía hacerse era constituir una sociedad por acciones entre todos los amantes de las antigüedades; y ya que el Estado no lo hace, adquirir la dehesa, emprender grandes trabajos de investigación, y sacar á luz cuanto haya quedado, pues hace mucho tiempo que son explotadas las ruinas. Ahí tiene usted—prosiguió—esa cerca de mampuesto que fué labrada en el siglo XVIII para la yeguada que aquí se criaba.

—Hace rato—interrumpí—que me viene llamando la atención, con efecto.

—Pues está construída con restos de *Medina Az-Zahrá*, y Dios sabe lo que habrá ahí oculto.

Llegaba en esto el carruaje á un gran portalón hecho en la cerca, y delante del cual se detuvo. Bajó el cochero y golpeó en balde, penetrando poco después por un pequeño hueco practicado en el muro, para volver en breve, y decir que la puerta estaba cerrada y no podía seguir el carruaje.

Expresó el doctor su contrariedad por ello; apeámonos todos, é introduciéndonos como nos fué posible y uno á uno por aquella especie de burladero, pasamos al otro lado. Delante de nosotros, en una grande extensión, seguían dilatándose aquellos *campos de soledad*, ondulados y verdegueantes, y allá en el fondo, como el telón de un escenario, se alzaba bravía la Sierra, distinguiéndose apenas en uno de sus repliegues un edificio, que era, que había sido, el *Convento de Jerónimos*, fundado por Fr. Vasco en 1408. A lo lejos, en la vereda que seguíamos bajo los rayos de un sol canicular, aunque estábamos en Octubre, divisamos un grupo femenino que avanzaba, y en el cual se marcaba sombríamente la negrura de un traje de luto.

—Aquélla es la sobrina de *Lagartijo*—advirtió Villalba; y cuando nos afrontamos con el grupo, pude ver una muchacha joven, graciosa y bella, mientras con ella hablaban mis amigos. No era posible que el carruaje llegase á la casa, porque la llave se la habían llevado á Córdoba y tardaría en volver el



criado; y luego de saludar cortésmente á la enlutada y la compañía, proseguimos la marcha, que resultó fatigosa, hasta que por fin arribamos á la casa.

Nada de particular tenía en su exterior ésta. Blanqueada con cal, reverberaba á los rayos del sol, y á la sombra del edificio nos detuvimos: bebimos un poco de agua fresca y cristalina, y echamos á andar de nuevo, saliendo al campo.

Las tapias de la cerca proseguían en línea recta con dirección á la Sierra, y á lo largo de las mismas, uno á uno, y en fila, nos fuimos deslizándose.

—No te apartes de ellas—me advirtió Villalba.—Aquel grupo que ves allí—añadió señalando á nuestra izquierda—es de reses bravas. Cada mosquito de esos—agregó festivamente—tiene dos agujones con los cuales nos haría polvo.

Y así, uno en pos de otro, pasamos por delante del grupo que formaban los toros, echados unos, en pie los más, y todos ellos volviendo con curiosidad el testuz para vernos, como extrañados de nuestra presencia. Ninguno hizo ademán ni movimiento sospechoso; y por ello, aun cuando yo, como he dicho, no tengo sangre torera ni mucho menos, conseguí tranquilizarme. En corroboración de lo que el doctor me había advertido, fui encontrando en el mampuesto de la cerca multitud de fragmentos arquitectónicos de diversas dimensiones, en mármol y en piedra franca, labrados deliciosamente todos ellos, y que pregonaban la suntuosidad y la riqueza desplegadas por la galantería de Abd-er-Rahman III en la construcción de los edificios fastuosos que la ciudad ennoblecieron y engalanaron.

Si ha de ser creído cuanto refieren con notorio entusiasmo los escritores musulmanes, enteramente novelesca fué la fundación de aquella ciudad famosa y enterrada. Surgió á la vida por fantasía de una mujer, la hermosa *Az-Zahrá*, la *florecente*, pues esto significa el nombre de la voluptuosa favorita del Califa, y cuentan que, habiendo recibido *An-Nássir* á la muerte de una de sus mujeres cuantiosas riquezas en herencia—como hubiese resuelto destinarlas piadosamente al rescate de los



cautivos que gimieran á la sazón en tierra de cristianos—por industria de Az-Zahrá, quien ganó al efecto la voluntad de los emisarios, aseguraron éstos al Califa no existir cautivo alguno en las comarcas de los infieles. Vacilaba no obstante Abd-er-Rahman respecto del destino que daría á aquellos dineros, cuando cierto día, hallándose enamorado á los pies de la favorita, ella le dijo con voz llena de promesas y de halagos:

—Quisiera que con esas riquezas edificases para mí una ciudad, á la cual dieras mi nombre, y que fuese exclusivamente mía.

Bastó la enunciación de aquel capricho de su amada, para que el Califa se apresurase á realizarlo; y elegido el sitio donde debía ser la nueva población emplazada, fué edificada, con efecto, como espléndido nidal de amores, en la vertiente meridional del collado que tenía el poético nombre de *Chebel-âl-âros*, el *Monte de la Novia*, al N. de Córdoba, distante de esta ciudad tres millas (1). Con magnificencia no excedida nunca por nadie, no sólo empleó *An-Nássir* en la obra las cuantiosas sumas heredadas, sino además la tercera parte de las rentas y tributos califales, y envió órdenes como complemento á los gualíes de las provincias, y mensajes especiales á los soberanos de otros Estados amigos, para que le remitiesen cuanto de más precioso pudiera contribuir á la grandeza de la construcción que ideaba.

Tarragona y Almería proporcionaron mármoles y pórfidos exquisitos y de variedad de matices; Málaga, Sfax y Túnez hermosos jaspes salpicados de negro y blanco, rosados y verdes; la Siria, Italia y Grecia contribuyeron con presentes de valía; de los puertos y marinas de Túnez y Mehdía, llegaban las embarcaciones trayendo magníficas columnas de mármol y de jaspes, extraídas de las ruinas de la que fué iglesia cris-

(1) Sidi Mohi-ed-din Al-Arabí, cit. por Al-Maccari, pág. 344 del t. I de sus *Analectas*. Xerif Al-Edrisí (pág. 212 del texto arábigo) dice distaba de Córdoba cinco millas; Ebn-Jallicán señala cuatro y un tercio; Conde sigue al Edrisí.



tiana de Sfax, y de la antigua Cartago (1); de Roma hacían iguales donativos, y León, emperador de Constantinopla, enviaba entre otros presentes «una perla (*yatima*) de inestimable valor, una fuente ó pila de pórfido, alhaja preciosísima por el primor de sus labores..., ciento cuarenta columnas de mármol de diversos tamaños, y gran cantidad» de mosaico esmaltado (*foseifesa*) para decorar los muros y las cúpulas de los aposentos. Hizo venir á todo coste arquitectos de Bagdad, de Damasco, de Grecia y de otras regiones, quienes con el que trajo la *foseifesa* de Constantinopla, y con los cordobeses, lograron realizar en la construcción de aquella ciudad tan celebrada, verdaderos prodigios y maravillas (2).

Tuvo comienzo la obra el primer día de la luna de Moharrám del año 325 de la H. (19 de Noviembre de 936 de J. C.); «trabajaban en ella diariamente hasta diez mil hombres entre siervos y operarios de diferentes artes y oficios...; para acarrear las cargas se empleaban cerca de tres mil acémilas, contándose en este número cuatrocientos camellos pertenecientes á las caballerizas» califales; «gastábanse cada día en la fábrica seis mil piedras cortadas y labradas, aparte de las toscas que se emplearon en los cimientos y mampostería; cada tres días venían á la obra mil y cuatrocientas cargas de yeso y cal viva, aunque otros dicen que diez mil»; y de esta suerte los trabajos adelantaron por modo portentoso, hasta el punto de que en breve tiempo quedaron terminados el alcázar y los edi-

(1) Los escritores arábigos hacen constar que el número de columnas venidas de Africa fué el de mil y trece, y que «las trajeron los alárifes Abd-ul-Láh-Ibn-Yunos, Hasán Ibn-Mohámmad el cordobés, y Ali-ben-Châfar, de Alejandría.

(2) Son los escritores arábigos quienes refieren la intervención de arquitectos orientales en la construcción de *Medina Az-Zahrá*; pero no es dable ni afirmarlo ni negarlo en absoluto, aunque los restos de piedras y mármoles labrados que he tenido ocasión de examinar no presentan en sus labores ni en su ejecución diferencias fundamentales respecto de los exornos que decoran por ejemplo la ampliación al-haquemí en la Aljama, ni de los de basas y capiteles del estilo cordobés característico.



ficios destinados para que Az-Zahrá hiciese en ellos su morada, descollando sobre la puerta «que daba entrada á aquel mágico recinto» la imagen de la favorita esculpida en mármol (1).

En el ala oriental del alcázar cautivaban por su riqueza y esplendor los aposentos reservados para la vida íntima del Califa y de su amada. Dábanles nombre de *mechles al-munis*, y entre ellos el *beit-al-menán*, ó *cámara del sueño*, con su elevada cúpula de dorado mosaico, semejante sin duda á la del *Mihrab* en la *Mezquita Aljama*, y sus dos pabellones para Abd-er-Rahman y la afortunada favorita, era por extremo celebrado. Ocupaba el centro de la estancia—toda ella como la *cobba* ó cúpula, revestida de mosaico en combinación vistosa — hermosa fuente, cuya taza estaba trabajada en una pieza de jaspe verde, y tenía forma de concha, destacando en ella, sobre fondo dorado é incrustaciones de menudo aljófar, multitud de labores en relieve. Era esta fuente regalo del emperador de Constantinopla, y en torno de ella se levantaban doce figuras de animales, de cobre dorado (oro rojo, dicen los autores), con incrustaciones de brillantes pastas vitrificadas, las cuales producían el efecto de riquísima pedrería, y que arrojaban un caño de agua cristalina por las fauces sobre otra pila inferior, también de jaspe, colocada en el pavimento. Representaban dichas figuras en un frente un león, una gacela y un cocodrilo; en el opuesto, un dragón, un águila y un elefante, y en los costados, una paloma, un milano, un pavo real, una gallina, un gallo y un buitre.

Compartía con aquellas estancias maravillosas la admiración de las gentes la *Cobba-al-jassussia* (2) ó *Cobba-al-bahú*, por otro nombre (3); estaba formada de dos cuerpos sobre espaciosa azotea ó terraza, de que es difícil hacer idea, y acompañada de otros dos pabellones á Oriente y Occidente, descollaba erguida, con sus tejas de reflejos de oro y plata, entre los

(1) Sidi Mohi-ed Din (Almaccari, loc. cit.).

(2) Pabellón abovedado de uso particular del Califa.

(3) Pabellón precioso ó brillante.



macizos del jardín principal ó *ráudha*, que, según algunos, se extendía por la planicie por donde, á hurto de las reses bravías, caminábamos lo de prisa que podíamos. Mármoles exquisitos de diversos matices, peregrinamente labrados, revestían los muros del cuerpo inferior en el pabellón referido; era de brillante *foseifesa* la cúpula; había en el centro una fuente de jaspe con un cisne de metal dorado en medio, que arrojaba el agua á grande altura, y allí estaba colocado en aquel aposento el *serir-al-malik*, el trono real, de incomparable riqueza, siendo lugar éste donde se verificaban las solemnes recepciones califales.

Más suntuoso aún era el aposento del cuerpo superior: de planta cuadrada, tenía la cúpula de mármol bruñido y anacorado, tan brillante, que deslumbraba á los reflejos de la luz; de lo alto pendía la hermosa perla de tamaño fabuloso que había enviado como presente el emperador de Constantinopla; los arcos, que volteaban sobre columnas de jaspes de colores y de cristal de roca (?), estaban trabajados en marfil y ébano, taraceados con oro y aljófares, y en el comedio de la estancia era de ver una taza de fuente, grande y de jaspe, rebosando azogue, el cual fluía y refluía artificiosamente y en constante movimiento; de manera que, herida por el sol aquella masa de líquido metal, sus reverberaciones y sus reflejos sobre el nácar bruñido de la techumbre, sobre los pulimentados mármoles, los jaspes y los vidrios, ofuscaban la vista y desvanecían, hasta el punto de no poder resistirlos (1).

Rivalizando con la de Córdoba, había también mandado construir Abd-er-Rahman una *Aljama*, que medía noventa y siete codos de longitud de N. á S., sin contar el espacio que el *Mihráb* ocupaba, y cincuenta y nueve de Levante á Poniente, dimensiones repartidas entre las cinco naves del templo y el patio, el cual estaba enlosado de mármol rojo, con un *al-midhá* ó pila de alabastro para las abluciones en el centro, siendo no-

(1) Cuentan que Abd-er-Rahman III solía hacer uso de este aposento siempre que quería sorprender ó aterrar á alguno.



tables el *al-minar*, cuadrado y de cuarenta codos de altura, y el *minbar* ó púlpito, que era de extremada riqueza. El casco de la población, tendida en anfiteatro á la falda del *Monte de la Novia*, se componía de cuatrocientas casas, donde habitaban los ministros, los dignatarios de la corte y el personal de servicio, recordándose que, con los del alcázar, había en la población no menos de trescientos baños.

Con todas estas y otras muchas singularidades prodigiosas que refieren las historias musulimes, pero á las cuales no se puede en rigor dar entero crédito, qué impresión produciría en los rudos navarros y en los ásperos leoneses que acompañaban á Sancho *el Craso* y á su abuela doña Toda en 958, el espectáculo soberbio de aquella ciudad maravillosa, y principalmente de aquel alcázar sin igual que proclamaba la grandeza, la magnificencia y el poderío de Abd-er-Rahman III! ¡Cómo se comprende el aturdimiento servil de Ordoño IV, pocos años después, al ser, en audiencia solemne, recibido en la *Cobba al-bahú* por Al-Hakém II!

Duraron, por desgracia, muy poco el brillo y las delicias de la residencia real por *An-Nássir* fundada y preferida. Cuando á la muerte de Al-Manzor se desatan impetuosos los vientos de la discordia sobre el Califato cordobés, las gentes que seguían á aquel príncipe Mohámmad, que toma el sobrenombre regio de *Al-Mahdí-bil-Láh*, ó *el guiado por Alláh*, luego de apoderarse de Córdoba en Febrero del año 1009, cayeron ciegas de encono sobre *Medina Az-Zahrá*, despojaron sus alcázares de cuanto pudieron, y asolaron y destruyeron sañosas cuanto les fué allí dable (1). Por si esto no fuere aún suficiente, triunfante Suleimán con los bereberes y el auxilio del conde don Sancho de Castilla,—cuando, ayudado por los catalanes el desposeído Mohámmad *Al-Mahdí*, vence por aventura á su rival en la famosa jornada de *Acaba al-bacar*, ó *cuesta de las vacas*, á diez millas de Córdoba, en Junio de 1010,—como los berebe-

(1) Ibn-Raquiq, cit. por Al-Maccari, pág. 379 del t. I de sus *Analectas*.



res se hubiesen retirado á *Medina Az-Zahrá*, de donde aquella misma noche se ausentaron no juzgándose seguros, «el pueblo y gente de armas de Córdoba, que profesaban grande odio á los berberiscos, juntándose en tropel, marcharon contra *Medina Az-Zahrá* en persecución de Suleimán, y aunque no llegaron á tiempo de alcanzar á este caudillo, se vengaron con dar muerte á algunos que hallaron rezagados de su gente, y entregar al despojo ó á la ruina cuanto en los alcázares subsistía aún de *Az-Zahrá*». «Así fué como quedó destruída aquella famosa fábrica, prodigiosa morada de placer y maravilla del arte, á los setenta años ó poco más de haber sido fundada» (936-1010).

Volvió, sin embargo, aunque por breve tiempo, á la vida, bien que sin recuperar, ni mucho menos, por completo el esplendor perdido. Fué esto catorce años después, bajo el gobierno de Mohámmad III *Al-Mostacfi-bil-Láh* (1024 á 1025). Restaurados en parte el alcázar y los jardines, allí habitó entregado á la música y á la poesía aquel vástago de los Omeyyas, y allí fué donde vivió gozando de todos los placeres su hija la princesa Guallada, tan célebre por sus poesías como por su hermosura, por sus desenfrenos y por sus escandalosos amores con el famoso guazir Ebn-Zeidún, cultivador insigne asimismo de la poesía. Aunque no ha faltado quien afirme que «la acrisolada castidad de esta poetisa corrió parejas con su talento», testigos fueron de la liviandad de la princesa aquellos mismos jardines, y «buena prueba de su bizarra despreocupación proporciona» uno de sus versos «que ostentaba á la vista de todo el mundo, bordado con hilo de oro en las franjas de su túnica», y que traducido dice:

«Por Dios, que como yo no hay maravilla:  
Sigo mi ruta, y mi altivez confieso;  
Pero al que me ama entrego mi mejilla,  
Y no me niego al que me implora un beso» (1).

---

(1) D. Luis Gonzalvo: *La mujer musulmana*, conferencia pronunciada el 4 de Abril de 1904 en los Luises, págs. 21 y 22.



En una de sus poesías á su amada, encomiaba Ebn-Zeidún aquellos lugares, para él de delicias, comparándolos al Paraíso, los tersos y brillantes mármoles del alcázar, «que reflejaban vistosamente las rojas luces del sol poniente, y las palomas azules que acudían en bandadas» á las frondosas arboledas. También, en los días del famoso Al-Môtamid de Sevilla, celebraba las ruinas de *Medina Az-Zahrá* el guazir Abú-l-Hosein-ben-Sirách, concluyendo con decir que «en vez de los cantos de regocijo y los acentos del amor, ya no se escuchaba allí otro eco que el del graznido de los cuervos ó cornejas, posados sobre los ruinosos muros», y que «ya sus cobbas y pabellones se miraban desolados..., y de toda aquella grandeza y poderío sólo quedaban piedras derruídas y la nada».

Otros poetas, «ante el lastimoso espectáculo de aquellas tempranas ruinas, hallaron inspiración para muchas y sentidas elegías». Decía uno de ellos, cuyo nombre es desconocido: «Aun conservan su esplendor y hermosura aquellos aposentos, morada del placer; mas ya no hay quien los habite, y yacen tristes y solitarios. — Las aves vuelan en derredor, gimiendo por su infortunio, y ora enmudecen, y ora vuelven á repetir sus voces lastimeras. — Y pregunté á una de aquellas aves cantoras, que en la tristeza de su acento y en su aire de terror indicaba la pena de su corazón. — Y le dije: — ¿Por qué te quejas y suspiras, oh ave? Y ella me respondió: — ¡Por el tiempo que pasó y no ha de volver jamás!»

«Me detuve en *Az-Zahrá* para meditar y tomar ejemplo (de las vanidades humanas) — escribía Abú-l-Cásim As-Somaisir, poeta de la corte de Al-Motassim de Almería (1041 á 1091); — y entregado á tales consideraciones, lloré á los que perecieron. — Y dije: ¡Oh *Medina Az Zahrá!* ¡Reanímate y torna á tu vida y esplendor! Y ella me respondió: — ¿Cómo ha de volver el que ya es muerto?»

El famoso Abú-l-Hazm, en otra poesía, delante de una casa abandonada preguntaba á ésta por sus moradores; y la casa replicaba: — «Aquí se detuvieron breve tiempo; pero



después marcharon, y no sé adónde». Abú-Nassr Al-Fath, escribía: «Ya en sus desiertos alcázares no se escucha otro acento que el graznido de siniestras aves, y el lúgubre silbido de los genios; y ya, despojados de sus brillantes adornos, sólo el buho viene á visitarlos cuando anochece. Allí, donde reinaron en otro tiempo la majestad y la fortuna, hoy se miran igualmente confundidos el héroe y el cobarde, el poderoso y el miserable.»

Cuéntase también, aunque desconozco los fundamentos de la anécdota — y dudo mucho de ellos, si los tuvo, — que «en una entrada que hizo» Alfonso VI por tierra de Andalucía, llegó hasta las inmediaciones de Córdoba, poniendo «sus tiendas cerca del mismo alcázar de *Az-Zahrá*», y que, prendado de la belleza del sitio, envió un mensajero al rey Al-Môtamid de Sevilla, quien á la sazón mandaba en Córdoba, y era su aliado, pidiéndole, amén de otras cosas, «le diese á *Medina Az-Zahrá* para residencia y sitio de recreo de su esposa la reina doña Constanza»; dicen que al escuchar el de Sevilla las peticiones del castellano, «se indignó tanto, que mandó matar al judío portador del mensaje, y rompió su alianza» con el poderoso Alfonso VI.

Todas estas noticias de *Medina Az-Zahrá* habíalas ido yo recordando y exponiendo á mis compañeros de expedición, mientras continuaba nuestro fatigoso desfile en dirección á las ruinas, tomando dichas noticias de una leyenda histórica escrita el año 1860 con el título de *Medina Az-Zahrá* por mi antiguo maestro de lengua arábica el erudito D. Francisco Javier Simonet, ya difunto, quien por su parte las había copiado de los autores arábigos citados por el compilador Al-Maccari, y de Aben-Adharí de Marruecos en su *Bayán-ul-Mogreb*, publicado por Dozy.

Tiempo hubo para todo en la caminata—que parecía no tener término, bajo los rayos del sol ardiente del mediodía—y para que como conclusión hiciera notar á mis amigos que, al mediar del siglo XII, el ilustre geógrafo Xerif-Al-Edrisí—á



quien llamaron *el Nubiense* por error de Conde, y dió por terminada su interesante obra en 1154,—después de decir que de Córdoba á *Medina Az-Zahrá* había cinco millas, escribía: «Y ella (*Medina Az-Zahrá*) subsiste aún, con sus murallas y las ruinas de sus alcázares, habitada por escaso número de individuos y de familias. Era una población grande, construída en escalones, ciudad sobre ciudad, de suerte que el piso de la parte más elevada de ella caía sobre los tejados de la parte media, y el de ésta sobre los de la inferior, y todas estaban cercadas de murallas. En el barrio superior estaban los alcázares, cuya belleza fué tal que era imposible describirla; en el del medio se extendían los jardines y verjeles, y en el inferior el caserío y la *Aljama*». «Al presente—concluye—se halla en ruinas y próxima á desaparecer» (1).

Era ya aquél, el momento en el cual llegábamos á una pequeña eminencia de no fácil subida, y cubierta de vegetación salvaje. Por allí, acomodándose al movimiento del terreno, se encaramaba la tapia, y por allí trepamos también, encontrándonos en una especie de meseta, donde crecían carrascos y otros árboles libremente y en desorden, y donde, en torno de una excavación, vi entre las hierbas secas y marchitas los primeros fragmentos, cubiertos de verdín, maltratados y de no grandes dimensiones, pero llenos de hermosos y típicos relieves. Habría querido cargar con todos ellos, ahondar con las manos, á falta de otro instrumento, en la desigual prominencia, que me parecía artificial y formada por el hacinamiento de los escombros de aquellas construcciones portentosas en que empleó sus tesoros Abd-er-Rahman III, y agotaron su ingenio los artistas cordobeses, pues cordobesas eran las labores de todos aquellos pedazos de mármol y piedra franca revueltos y perdidos en medio de la vegetación agostada.

Mas siguiendo mis compañeros las indicaciones de un guar-

(1) *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, pág. 212 del texto arábigo, 263 de la trad. de Dozy y de Goeje.



da, á quien en aquel paraje encontramos, habían saltado la tapia ó cerca por la derecha, y tras de ellos hube de marchar forzosamente. Así recorrimos, sin apartar la vista del suelo, un espacio de terreno, movido, accidentado, artificial todo él, á mi juicio, y que á cada paso presentaba restos informes y dolorosamente mutilados de mármoles de peregrina labor, los cuales por todas partes y con profusión pasmosa aparecían. Por grande, pensaba yo, que hubieran sido el odio y la barbarie de aquellas gentes que en 1009 y 1010 de nuestra Era osaban profanar sañudas los alcázares fantásticos de *Medina Az-Zahrá* saqueándolos y destruyéndolos, no pueden ellas haber causado el estrago y la desolación que este espectáculo tristísimo pregona. Dable fué en 1024 ó 1025 á *Al-Mostacfi-bil-Láh* reparar en parte de aquellos edificios los daños en ellos producidos, y restaurar las *cobbas* prodigiosas que habían admirado Sancho *el Craso* y su rival Ordoño; allí hizo morada aquel desvanecido Califa restaurador, y aquellas estancias mágicas fueron testigo de las pasiones desenfrenadas y vituperables de Guallada, así como también escucharon los versos deliciosos de esta insigne poetisa. Todavía en la época de *Al-Môtamid* quedaban en pie algunos aposentos; aún en el siglo XII habitaban en la ciudad algunas gentes... No fueron, pues, los musulmanes quienes hicieron aquello; no fueron ellos quienes, como si de propósito se lo hubieran propuesto, habían reducido á menudos fragmentos las placas decorativas de preciados mármoles que revestían lujosamente al interior, los alcázares celebrados y famosos de *Medina-Az-Zahrá*, de la *ciudad floreciente*, pero de tan breve vida...

Restos de un muro de fuertes sillares, que formaban el ángulo de una construcción de planta al parecer rectangular, mostrónos el guarda en una hondonada húmeda, mientras yo, con afán insaciable, removía en silencio aquellos venerables escombros que me infundían invencible respeto, y apartaba y recogía cuidadosamente cuantos fragmentos podía: los que hallé más extraños, y se apartaban en algún modo de los ti-



pos conocidos. Tenía verdadero empeño en ver si tropezaba con algún residuo de los *barros* cocidos y labrados de que el Sr. Madrazo hablaba, y mencionaba también Rafael Contreras diciendo eran «de diversos colores»; algo de «los delicados paramentos de estuco, de los que suelen encontrarse todavía gruesos pedazos removiendo la tierra», como escribe este último autor (1); pero no me fué la fortuna propicia, y nada vieron mis ojos ni de barro, ni de estuco, por ninguna parte.

Al fin, el cansancio, ayudado del calor, que apretaba de veras, obligónos á detenernos un momento, para echar un cigarro y cambiar impresiones, pues no habíamos pronunciado casi palabra desde que empezó á asombrar nuestra vista y nuestro espíritu el espectáculo de desolación, presente á nuestras miradas. Procuraba el doctor hacerme bondadosamente comprender, tal como él se la imaginaba, la disposición primitiva de la ciudad, asegurando que aquellos restos de construcción advertidos, y de grandes y sólidos sillares formados, eran ya lo que quedaba del castillo mencionado en los documentos del siglo XIII y saqueado sin piedad en los comienzos del XV por los padres jerónimos, para construir en el repliegue fronterero del pintoresco *Monte de la Novia* el monasterio de su orden, que habitó el gran Ambrosio de Morales, y cuya masa distinguíamos confusamente en la altura, á pesar de herirla con todo su poder el sol en aquellos momentos.

Hacíansenos tarde para regresar á Córdoba; el calor fatigaba; la distancia para llegar al caserío era asimismo larga. Y advertidos por el guarda de que las reses buscaban á aquella hora el refugio de la cerca para sombrearse con ella,—no sin gran sentimiento mío, y cargando cada uno de nosotros con los pedruscos que nuestras fuerzas consentían, emprendimos la marcha de retorno, conmovidos y silenciosos, pensando en cuanto habíamos visto, y más en cuanto habíamos soñado.

Las reses, con efecto, habíanse aproximado á la tapia por

---

(1) *Del arte árabe en España* (Granada, 1875), pág. 59.



donde nos deslizábamos; y temerosos de cualquier accidente, caminamos todo lo de prisa que nos fué dable, llegando por último á la blanca casa que, adornada de macizos de flores todavía, alegraba la vista y nos brindaba amparador refugio. Arrojamós allí al suelo nuestra preciosa carga, y nos sentamos á la sombra para descansar un rato. El doctor creyó encontrar en aquel sitio su carruaje; pero no fué así, y en cambio nos hallamos con una sorpresa que no podíamos figurarnos.

A la puerta de la casa, había de pie un mocetón, de tufos hacia las sienes, afeitado rostro, sombrero cordobés y empaque toreril, quien contestó gravemente nuestro saludo, con las manos metidas en los bolsillos de la chaquetilla. Viónos arrojar la carga; y sin variar de actitud, con acento despectivo, y echando una mirada á los pedruscos, dijo:

—¿Con permiso de quién han cogió ostés eso?

—Hombre,—le contestó Villalba,—con permiso de nadie. No creíamos fuera necesario, pues no origina daño alguno á nadie el que nos lo llevemos.

—Pues eso—replicó escupiendo clásicamente—no se lo puén ostés llevar sin permiso de la dueña.

La *dueña*, es decir, la señora, era aquella joven enlutada, guapa y de buen aspecto, con quien habíamos tropezado antes y habían hablado mis amigos: la mujer de uno de los sobrinos de *Lagartijo*.

—Hágame usted el favor—dijo el doctor interviniendo—de decir á la señora que soy yo, el Dr. Izquierdo.

—Manque sea osté quien sea—replicó el terne.

No sé qué le dirían Villalba y el doctor, ya bien molestos por el accidente; lo cierto es que el hombre entró en la casa, y sin invitarnos siquiera á descansar en ella—cosa tan poco acorde con la decantada hospitalidad andaluza,—salió al cabo de un rato, y con la misma actitud despectiva, y siempre con las manos en los bolsillos diagonales de la chaquetilla, dijo:

—La dueña dise que se puén ostés llevar eso.

Recogimos del suelo los fragmentos, y emprendimos la



marcha á través del descampado, que se extendía sin sombra alguna hasta el portalón de entrada, glosando cada cual el accidente que estuvo á pique de privarme de aquellas muestras de labores destinadas por mí al *Museo Arqueológico Nacional*, donde hoy figuran.

—Me ha hecho mucha gracia el caso—dije yo al doctor.

—Calle usted—contestó.—Ese maleta, como ha visto señoritos, ha querido pisarnos. Lo que me sorprende—añadió—es que la sobrina de *Lagartijo*, que me conoce y sabe quién soy, no haya siquiera tenido la atención de invitarnos á descansar, ya que no de obsequiarnos.

A la postre, como todo tiene término en la vida, arribamos al portón, que continuaba cerrado; y mientras se avisaba al cochero, desfogaba Izquierdo su disgusto y su mal humor, por la descortesía con que fuimos nosotros tratados, y la impiedad con que habían dejado á campo raso, sufriendo las inclemencias de un sol de verdad, el tronco del carruaje.

Tendímonos á la sombra: trajo el cochero el condumio, compuesto de pan, jamón, salchichón y rica manzanilla, y al paso que reponíamos las fuerzas, se habló de *Medina Az-Zahrá*, comentando lo que yo había referido antes y lo que habíamos advertido.

—Yo me figuro que por toda esa explanada ondulosa donde está el ganado—decía el doctor—se extendían los hermosos jardines de la ciudad, esmaltados por los pabellones del alcázar. Como asomado á aquel verjel, detrás de los muros del alcázar, se desarrollaba en anfiteatro el caserío, hacia la falda de la Sierra... Ya repararía usted en que al llegar á aquel altozano primero, había una hondonada...

—Allí—interrumpió Julio Romero, que era por temperamento el más silencioso de los cuatro,—fué encontrada una basa, la cual regalaron á mi hermano Enrique, y usted ha visto en nuestro estudio.

—Sí—contesté.—La recuerdo. Está descantillada, y además de las peregrinas labores que conserva entalladas en el



canto, sobre la escocia tiene en caracteres cúficos de relieve una inscripción que debo llevar apuntada en mi cartera, y que sobre poco más ó menos dice: *¡En el nombre de Alláh! Bendiga Alláh á su siervo Abd-er-Rahman, Príncipe de los creyentes.*

—Pues en esa hondonada—prosiguió el doctor anudando su discurso—había una cisterna, y de ella se extraía el agua para regar los jardines, que debían ser hermosos sobre toda ponderación, y dignos de la riqueza del alcázar.

—No diré á usted que no—repliqué luego que el Sr. Izquierdo terminó de exponer su juicio acerca de *Medina-Az-Zahrá*.—Debo, sin embargo, advertir á usted que en la misma creencia estaba el Sr. Simonet y estaba el Sr. Madrazo, pareciendo lo natural que en la parte baja estuvieran los jardines; pero también debo recordarle lo que dice terminantemente el Edrisí, á quien aportaron sus informes las personas que visitaron estos sitios, y que fué en el siglo XII lo que nuestro Madrazo en el XIX.—El Edrisí manifiesta que en la parte baja, que es la llana, estaba el caserío, con la *Mezquita* mayor; que en las primeras estribaciones de la falda de la Sierra estaban los jardines, y por último, que en la parte más alta, es decir, aquella en que hemos recogido todos estos fragmentos, la que explotaron en el siglo XV los jerónimos para su monasterio, la que recorrió el Sr. Madrazo, y de la cual también recogió fragmentos que publica en el tomo de los *Recuerdos y bellezas de España*, la que visitó D. Narciso Sentenach y visitó D. Enrique Romero de Torres, trayendo uno y otro pedazos de mármoles labrados que están en el *Museo Arqueológico Nacional*,—en aquella parte, vuelvo á decir, estuvieron los alcázares califales que describen los autores arábigos de la forma que el Sr. Simonet reprodujo en su leyenda histórica. Y crea usted que hay mucho de verdad en esto, pues de otro modo no se concibe ni el hallazgo de la basa que posee Julio Romero, ni que esté de fragmentos atestado todo aquello, en la manera que hemos visto.

»De lo que no puedo convencerme es de la intervención



directa de los artífices y arquitectos orientales que dicen los escritores arábigos. Todos los trozos decorativos que he visto de *Medina Az Zahrá* tienen el sello cordobés muy marcado. No es de suponer que todos procedan de un mismo paraje, ni fuesen de un solo edificio, y aquí he procurado recoger lo que más me ha llamado la atención por su singularidad y extrañeza. Hay labores de que no he encontrado ejemplo en la *Mezquita* de Córdoba; combinaciones de follajes que se diferencian de los conocidos, y, sin embargo, las creo obra de artistas cordobeses. La flora es la misma; el tecnicismo, el propio. Acaso sea preocupación mía, y mucho celebraré que por alguien se me demuestre lo contrario. Lo que sí deploro es la brevedad de esta excursión, las dificultades que hay para repetirla, y la falta material de tiempo para hacer un estudio de estos sitios tal y como yo creo podría hacerlo para poner en claro muchas cosas. No llevo idea alguna concreta; no he visto nada, en realidad, y estoy bajo el peso de la triste impresión que me ha causado el espectáculo de asolación absoluta y de total ruina que hemos advertido.

»No sé si alguna otra vez podré volver por Córdoba; á lo menos, ya conozco el lugar donde estuvo aquella ciudad mágica, á cuya evocación tantas fantasías y quimeras surgen, impregnadas del vago pero penetrante aroma de la sociedad musulímica que nos forjamos llena de voluptuosidades y de encantos, ciudad cuyas descripciones parecen letra á letra calcadas sobre las que hacen los propios escritores arábigos de los alcázares maravillosos de sus cuentos, con sus pabellones de marfil, sus cúpulas de oro, sus columnatas de vidrio, sus muros de jaspes, sus fuentes prodigiosas y sus jardines paradisiacos. Lean ustedes ahora algunos de los cuentos de las *Mil y una noches*, y hallarán la identidad tan marcada, como para hacer sospechoso cuanto han escrito respecto de esta creación de Abd-er-Rahman III.»

Hablóse de algo más durante el trayecto á Córdoba, manifestando todos la necesidad de que en las esferas oficiales se



hiciese algo para rescatar la dehesa y emprender excavaciones, las cuales serían fructuosas y acaso proporcionarían á nuestros *Museos* materia interesante de estudio. Hablóse nuevamente de la conveniencia de formar también, como había apuntado el doctor, una Sociedad por acciones para adquirir aquellos terrenos, facilitar su visita á los extranjeros y *touristas*, y acometer la obra proyectada en 1853 por el ilustre D. Pedro de Madrazo...

Ilusiones, buenos deseos... Nada, en definitiva.

Siglos hace que continúa la que llaman *Córdoba la Vieja* en el propio estado. Nadie se ha preocupado de desenterrar lo que aún subsiste de ella. ¡Quién sabe si en aquellos montículos artificiales, que pisotean con tan frecuencia las reses bravas, será dado descubrir alguna maravilla, y si quedarán todavía las huellas de los cimientos, por las cuales se haga en alguna ocasión posible trazar la planta de los edificios amorosamente construídos por Abd-er-Rahman *An-Nássir* para satisfacción de su amada!

Llegados á Córdoba, despidiéronse de mí el doctor, Villalba y Romero á la puerta del *Hotel de Oriente*, uno de cuyos servidores subía á mi aposento con sonrisas despreciativas los pedruscos recogidos en *Medina Az-Zahrá*, y que yo miraba como un tesoro.

¿Llegará el día en que mis deseos se conviertan en realidades? Entonces ya no estaré yo en el mundo para gozar contemplando los vestigios de la grandeza de la *Ciudad floreciente*... Pero hago votos por que de cualquier modo se realice el milagro.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS



# RECUERDOS

---

Cuando en pleno día empiezan á subir del horizonte nubarrones, y crecen, y se espesan, y suben por la atmósfera, y logran ocultar el disco solar, y se oyen truenos lejanos y caen gruesas gotas de lluvia, señales son de que la tempestad se aproxima.

Y es de ver entonces cómo los pájaros, que revoloteaban de árbol en árbol impregnándose de luz y de alegría, se aturden y tiemblan, y con revuelos angustiosos buscan el nido y á él se acogen huyendo de los furiosos de la tormenta.

Pues esto nos sucedió á todos los que formábamos la colonia española de Biarritz y de San Juan de Luz al llegar á nosotros los primeros relampagueos y los primeros truenos, que pronto fueron descargas y cañonazos, de la revolución del 68.

Sin ser pájaros, ni lucir primorosos plumajes, sino modestas telas de verano, más ó menos catalanas, también nos azoramos y corrimos presurosos á meternos en el tren, y algunas horas más tarde en nuestras casas respectivas, que son como los nidos de las modernas sociedades.

Así, mi mujer y yo llegamos á Madrid y á nuestra casa, á ver en qué paraba la tormenta, temiendo yo que me cogiera el aguacero, y quién sabe si algún rayo de los furiosos revolucionarios.

A Madrid llegamos, y al día siguiente acudí yo á mi obligación, es decir, á la Escuela de Caminos, pensando para mis adentros: «Si la revolución triunfa, ¿cuánto durará el Cuerpo

E. M.—*Julio 1906.*



y la Escuela, y en qué manos caeremos, y cuál será el ministro que nos disuelva?»

¡Qué caprichosa es la vida humana, y sobre todo la vida social; y quién me había de decir á mí que, algunos días más tarde, en mis propias manos había de caer la Escuela de Caminos; es decir, que yo mismo iba á caer bajo poderes revolucionarios emanados de mi propia persona!

Combinación fué ésta que ni por un instante se me pudo ocurrir; y pasaron los días, llenos de noticias contradictorias, de grandes emociones y de sacudidas nerviosas.

Ya desembarcaron los generales; ya se sublevó Sevilla.

Ya avanzan las fuerzas de la revolución con el bravo general Serrano al frente, rodeado de aquellos generales de la «Unión liberal», que todos ellos formaron algunos años antes los «doce hombres de corazón».

—Pero el Gobierno resistirá: González Brabo no es hombre que se acobarda.

—El ministro de la Guerra está reuniendo fuerzas.

—Las fuerzas del Gobierno irán mandadas por el general Pavía, que también es hombre de mucho valor; de suerte que el choque de las fuerzas ministeriales y de las fuerzas revolucionarias será terrible.

Por la mañana recogía yo noticias en la Escuela de Caminos, en la que no todos los profesores participaban del espíritu revolucionario de la época.

Luego iba de aquí para allá, haciendo nuevo acopio de noticias, y por la noche á la *Revista de Obras Públicas*.

Gran curiosidad y gran ansiedad eran las mías, como las de todos los españoles que se interesaban por la vida política.

Pero como en aquella época yo no pertenecía á ningún partido político, ni me trataba con ningún político de primera ni de segunda talla, claro es que no estaba en las interioridades de los partidos, y no sabía sino lo que sabía todo el mundo.

Miraba los acontecimientos desde fuera, entre los espectadores, y ni siquiera en palcos ó butacas, sino desde la galería;



en el escenario no había penetrado aún, ni jamás me había visto entre bastidores.

Y es claro: las novedades que yo podía recoger eran confusas, contradictorias y exageradas en uno ú otro sentido.

Si hablaba con un progresista ó con un amigo de los generales sublevados, me convencía al punto de que la revolución marchaba triunfante, y que, no más tarde que la semana próxima, entrarían vencedores en Madrid el general Serrano y el conde de Reus.

Si hablaba, por el contrario, con algún empleado de la situación ó con algún ministerial, casi me convencía de que la revolución era una intentona fracasada.

Llegó al fin la gran noticia: súpose la batalla de Alcolea, y el triunfo del general Serrano, y la conducta heroica del general Pavía, y algunos días más tarde cantaba la musa popular:

«En el puente de Alcolea  
la batalla ganó Prim.»

Aunque, á decir verdad, ni Prim estuvo en el puente de Alcolea, ni desde la costa, que por entonces estaba recorriendo, pudo ganar la batalla del célebre puente.

Era un hecho: la revolución triunfaba, y los acontecimientos se precipitaron.

Como yo no tengo la pretensión de escribir Historia, sino de redactar recuerdos personales, ó sucesos en que yo tomara parte, y en aquéllos me limité á ser curioso, y cuando más interesadísimo espectador, no he de contar lo que todo el mundo sabe mucho mejor de lo que yo entonces pudiera saber.

Repetiré tan sólo que los acontecimientos en efecto se precipitaron; que el ministerio González Brabo se hundió estrepitosamente; que la reina Isabel abandonó el suelo de España y se refugió en Francia; que poco después entró triunfante en Madrid el general Serrano y los generales que le seguían; que Madrid se cubrió de barricadas, construídas la mayor parte de ellas cuando nadie las atacaba ni había necesidad de defender-



las, y que la villa heroica se encontraba en verdadero estado de fiebre.

Todos estos recuerdos pasan muy confusos por mi espíritu: veo masas populares; oigo gritos, vivas y mueras; veo generales que se asoman á los balcones y pronuncian discursos; leo periódicos que traen noticias de la revolución triunfante en todas partes, casi sin lucha, exceptuando alguna que otra resistencia, como la de Santander; oigo á todo el mundo y á todas horas anunciar la llegada del general Prim; se habla del nuevo ministerio revolucionario, mejor dijera, del Gobierno provisional, y empiezan á sonar nombres indiscutibles.

Antes de que el Gobierno provisional se constituya, antes de que la Junta revolucionaria de Madrid tome ninguna determinación, ya la masa popular ha distribuído las carteras.

Es evidente: el presidente del Gobierno será el general Serrano.

El general Prim será ministro de la Guerra. ¿Quién le quita á Prim el ejército?

El ministro de Marina será Topete, uno de los grandes elementos de la revolución.

Y Sagasta, el más ardiente, el más popular, el más simpático de todos los revolucionarios, el gran batallador del Parlamento, el que provocó cien tempestades con su palabra de fuego y las afrontó tranquilo, echando hacia atrás con un movimiento de su cabeza el artístico mechón de pelo, que con el tiempo se había de convertir en *tupé*; el condenado á muerte, el del ostracismo, el amigo íntimo de Calvo Asensio y del marqués de la Vega de Armijo, la esperanza y el orgullo del partido progresista; para él, para Sagasta, era, sin género ninguno de duda, el ministerio de la Gobernación.

Con Prim en Guerra, y en Gobernación Sagasta, la revolución estaba asegurada: no había nadie capaz de escamotearla, como se escamoteó la del bienio.

Así pensaban los revolucionarios más entusiastas y más ardientes.



Los demás ministerios tenían importancia, pero no importancia decisiva.

Se hablaba de Romero Ortiz para Gracia y Justicia, de Ayala para Ultramar, de Lorenzana, el gran periodista, para Estado: Lorenzana, que con sus artículos *Meditemos* y *Misterios*, que todo el mundo sabía casi de memoria, había asestado golpes de muerte á los palaciegos.

También se hablaba de Ruiz Zorrilla para Fomento; pero aún Ruiz Zorrilla no tenía ni la fuerza ni el prestigio que tuvo más tarde. Era un progresista de prestigio, muy simpático en su círculo, una esperanza; pero había otros, según se decía, que le disputaban la cartera.

\*  
\* \*

Al fin entró el general Prim en Madrid, y nunca se ha visto, no diré entusiasmo, sino delirio semejante.

Las masas populares le saludaban como vencedor de Alcolea.

Yo recuerdo que el día en que entró el general Prim, ni por curiosidad pude ir á presenciar su entrada, porque una desgracia de familia ocupó toda mi atención y todas mis horas.

Un sobrinito que vivía con nosotros fué víctima de un accidente, y tuve que salir á toda prisa á buscar al médico.

Tenía que cruzar la calle de Alcalá y después la Puerta del Sol, y era imposible que yo atravesase por aquel torrente humano, ni que cruzara por aquel mar de entusiasmo, de pasiones, de gritos, de vivas y de mueras.

Así es que sólo recuerdo aquella escena como algo fantástico, que deja una confusión en el recuerdo, sin nada concreto, sin ninguna línea marcada, sin ningún accidente determinado: cabezas que expresan pasiones intensísimas, bocas abiertas que no cesan de vocear, gorras, sombreros, banderas y fusiles que se agitan en el aire, remolinos humanos que todo lo atropellan, y un hombre vestido de uniforme que habla en el



balcón del Ministerio de la Gobernación: creo que era el general Prim.

Y yo procurando atravesar, sin conseguirlo, por el poderoso oleaje de aquel océano.

En aquel momento, la verdad sea dicha, á pesar de todos mis entusiasmos revolucionarios y de mi admiración por el héroe de los Castillejos, más que la revolución y que el general Prim me preocupaba la angustia que había dejado en la familia: un pobre niño que se moría, y que al fin se murió; un médico á quien yo iba á buscar, sin poder llegar á él; y miles y miles de seres agitados por la pasión y por el delirio, interponiéndose con inmenso empuje revolucionario entre una criatura que agoniza y un médico que no llega.

Contrastes singulares de la vida: entre una pobre criatura y su esperanza de salvación; el torrente revolucionario, una sociedad que muere y otra que nace, añicos de un trono secular entre olas humanas, y á lo lejos la tabla sublime de los derechos individuales.

Y no pude pasar; fuí costeando aquel brazo de mar, fuí como por las orillas, atravesando calles laterales, mirando constantemente el reloj: ha pasado un cuarto de hora, ha pasado media hora y una hora entera. ¡Qué pensarán en casa! ¡Qué angustia!

Y para llegar al médico tuve que dar un inmenso rodeo, hasta encontrar un vado en la desbordante corriente revolucionaria.

Este es el único recuerdo que conservo de la entrada del general Prim en Madrid.

\*  
\* \*

Pasaron algunos días, no muchos, y de aquellos días no conservo memoria. Al fin se constituyó el Gobierno provisional, que fué poco más ó menos el que la voz popular había proclamado, y el que yo enumeraba hace un momento.

Y sucedió lo que sucede siempre: aunque el Gobierno for-



mado era casi el que dictó la opinión pública, no todos los políticos estaban satisfechos, á juzgar por los comentarios, observaciones y juicios que yo recogía en diferentes círculos y de las varias personas con quienes conversaba sobre política, que no de otra cosa que de política se hablaba aquellos días, aunque la política tenía por entonces un nombre supremo: la revolución.

Según parece, los antiguos progresistas no estaban satisfechos.

Lamentábanse de que se prescindiera en absoluto del general Espartero, el gran caudillo de la guerra civil, el ídolo del partido progresista, el ídolo del pueblo.

Y se prescindía de él y de sus más fieles y antiguos servidores. Se le arrinconaba; con mucho respeto, con veneración casi, pero se le arrinconaba.

Y el elemento más joven y más activo, aunque públicamente hacía alarde de su respeto y de su admiración por el viejo caudillo, en voz baja y en la intimidad mostrábase resuelto á trabajar por su cuenta y á dar á la revolución nuevo rumbo.

Espartero, según ellos, era muy noble, muy simpático, muy glorioso; pero no era un hombre político para los nuevos ideales.

Era excesivamente bueno; pero se dejaba dominar, y siempre se había dejado dominar por los santones del partido progresista: así se les llamaba, *los santones*.

Sólo había estado en el poder del 40 al 43, y con tan poca suerte, que había caído por una coalición de liberales y de moderados.

Volvió el 54, estuvo dos años gobernando, y por fin le arrojaron los generales de la *Unión liberal*.

No, decían; hágase del general Espartero todo lo que se quiera: un príncipe; y algunos, aunque pocos, más tarde, quisieron hacer un rey; mas para jefe de Gobierno no sirve: se dejaría engañar, como se ha dejado engañar siempre.

Algunos meses más tarde oía yo á uno de los prohombres



de la situación hacer una semblanza jocoseria del general Espartero, en la cual el héroe de Luchana no quedaba muy bien parado.

De todo esto resultaba cierto disgusto de los viejos progresistas, que no tuvo consecuencias porque este pequeño grupo no representaba una fuerza viva en aquella situación.

Tampoco estaban muy satisfechos los partidarios de Olózaga, porque, aunque de Olózaga no se podía prescindir ni se le podía condenar á figura decorativa de algún altar revolucionario, sin embargo en el Ministerio no tenía representación directa é influyente.

El Ministerio estaba formado por elementos activos, jóvenes, de gran empuje y que inspiraban grandes simpatías á los revolucionarios ardientes, aunque éstos tampoco estaban muy satisfechos del contrapeso de la Unión liberal; sin tener en cuenta que, en el hecho material de la revolución, la fuerza de la Unión liberal había sido decisiva, como lo demostró más tarde Ayala en un soberbio discurso que le costó la cartera, según referiremos cuando llegue el momento oportuno.

Sin embargo, con Prim en el Ministerio de la Guerra y Sagasta en el de la Gobernación, los revolucionarios ardientes estaban tranquilos por el pronto.

Algunas otras quejas y censuras se oían, pero eran de menos importancia, porque no tenían más que un carácter puramente individual.

Citaré una de estas quejas, murmuraciones ó censuras, porque es caso curioso, y aun pintoresco, y que demuestra cómo en este mundo las cosas en sí más insignificantes y más prosaicas pueden tener consecuencias graves en la vida y el destino de las criaturas.

Fué uno de los hombres más importantes en el partido progresista durante muchos años, uno de los más populares y, al decir de las gentes, de los que más servicios prestó á la causa de la revolución: el célebre Carlos Rubio.

Joven ardiente, escritor notabilísimo, periodista de primer



orden, que había reñido grandes batallas desde *La Iberia*, que así salía á batirse en las barricadas personalmente, como escribía un artículo de historia ó de política palpitante; ó como hacía vibrar su lira, porque era poeta inspirado y hombre de mucha cultura, escribiendo hermosos versos.

Todavía recuerdo yo una composición á Napoleón I con motivo de la guerra de Italia, á que acudió, mejor dicho que encendió, su sobrino Napoleón III en defensa de la unidad italiana.

Y decía Carlos Rubio:

«Allá desde el desnudo  
peñón de Santa Elena,  
la lid contempla mudo  
el vencedor de Jena.»

En suma, que cuando llegó la revolución de Septiembre, Carlos Rubio era una de las figuras, al menos para los que estábamos en la parte de afuera, de más relieve, y todos pensábamos, ó por lo menos pensábamos los jóvenes: claro está, Carlos Rubio será ministro.

Pues no fué ministro, ni á nadie se le ocurrió ofrecerle una cartera; según se dijo, le ofrecieron, sí, un alto cargo, director ó subsecretario, ó cosa por el estilo, que él desdeñó, retirándose casi de la vida política; el caso fué que algún tiempo más tarde murió olvidado en un rincón, recibiendo, según pude oír, algunas limosnas de sus antiguos compañeros.

Un astro de fuego ardiente que de pronto se apaga.

¿Fué injusticia, fué ingratitud, fueron malas pasiones de la política, que utiliza á los hombres como instrumentos en las épocas de peligro, y que luego los arroja con desdén cuando no los necesita?

Yo no sé si fué algo de esto, porque en aquella época y en la época anterior no vivía en el escenario de la tragedia pública, sino que allá desde la galería veía lo que pasaba en la rampa cuando el telón se levantaba.

Pero sí puedo referir lo que públicamente se decía en los



círculos de la Juventud Liberal, que era la más encariñada con Carlos Rubio.

Decíase: pero si era imposible que nombrasen ministro á Carlos Rubio, si era absolutamente imposible; si á nadie ni de nadie puede quejarse más que de sí mismo y de sus extravagancias.

¿Y por qué no podía ser ministro Carlos Rubio?

Porque vestía muy mal.

No es que vestía mal: es que su traje era astroso y desastroso, viejo siempre, sucio siempre, siempre deshilachado; sus botas, ostentando costras de barro de los últimos barrizales; su camisa, su cara y su pelo, en armonía con su traje.

Y no era miseria: era capricho singularísimo, era alarde de filósofo cínico, era desprecio al lujo, al cual quería abofetear con sus andrajos.

Oí contar que más de una vez sus amigos, medio en broma, medio en serio, le regalaron un traje nuevo y unas botas con lustre, y en seguida mandó él al chico de la Redacción á que las refregase en el charco más próximo: de ahí vino entonces la frase corriente de que Carlos Rubio no mandaba las botas á dar lustre, sino á que las diesen barro.

Y no es que fuese sucio, pues, según afirmaban sus íntimos, se bañaba con frecuencia.

No es que no fuera artístico: al contrario, su espíritu era eminentemente poético, y para escribir empleaba papel satinado y de dorado canto; llenaba una cuartilla con letra muy grande, y, sin secarla ni echarla polvos, la ponía en el suelo á su lado.

Y escribía otra, que colocaba sobre la primera, y así sucesivamente; de donde resultaba, borrándose unas cuartillas por otras, un escrito casi ininteligible.

Nada de esto que refiero me consta personalmente: son cosas que yo entonces oía referir y que ahora recuerdo.

Por lo demás, sólo una vez hablé con Carlos Rubio, al cual antes yo no conocía personalmente.



Salía yo con Sagasta no sé si de la Escuela de Caminos ó de la *Revista de Obras Públicas*, cuando vino hacia nosotros un individuo con todas las apariencias del más miserable sablista, y detuvo á Sagasta, hablándole familiarmente.

Sagasta, sin duda para que no me extrañase aquella intimidad con persona de tan andrajosa apariencia, me dijo, haciendo la presentación con su sonrisa más simpática:

—Es el señor don Carlos Rubio, á quien ya conocerá usted.

Y recuerdo perfectamente que empezó de este modo:

*Es el señor...*, como quien dice: A pesar de lo mal perjeñado que le ve usted, es todo un personaje en política, y hombre que vale mucho, y muy amigo mío.

Pero la explicación era necesaria para mí y para todos los que pasaban por la calle.

Ello sería lo que fuese; pero Carlos Rubio no fué ministro.

De haber vestido siquiera decentemente, lo hubiera sido.

Y he aquí cómo la manera de vestir tiene influencia decisiva en el destino de las criaturas.

Por eso, sin duda, Paul de Kock escribió aquella regocijada novela que se titula *El hombre de los tres calzones*.

Al pobre Carlos Rubio le hubiera bastado con tener uno presentable para llegar á la cumbre de la política.

\*  
\* \*

Realmente, desde que yo llegué á Madrid, al regresar de San Juan de Luz, hasta que fuí nombrado director de Obras públicas, sucedieron tantas cosas y fué tal el torbellino de los acontecimientos, que mis ideas se confunden ó, mejor dicho, se confunden mis recuerdos, y no sé lo que sucedió antes ni lo que sucedió después: sólo sé que sucedieron muchas cosas, unas grandes y otras pequeñas, que todas revueltas, como madeja con la cual acaba de jugar un gato, acuden á mi memoria y la despiertan.



Al llegar á Madrid, como ya he dicho, noticias, que se suceden y se precipitan, sobre el movimiento revolucionario.

Que los generales se escaparon de Canarias. Que se sublevó Topete en la fragata *Zaragoza*. Que se sublevó Izquierdo con la guarnición de Sevilla. Que el general Prim recorre la costa.

Que se dió la batalla de Alcolea. Que venció Serrano. Que Pavía quedó heroica y cruelmente herido.

Que se agitó Madrid. Que Escalante dió las armas del Parque al pueblo. Que hubo barricadas y lucha. Que venció la revolución, por fin, en la capital del Reino.

Que el pueblo quiso asaltar el Palacio Real; que D. Nicolás María Rivero apareció en la escalera del regio alcázar, cerrando el paso á la muchedumbre, y que él solo, con su inmensa autoridad, con su heroico valor personal y con su elocuencia de tribuno, contuvo el torrente revolucionario: lo cual prueba, dicho sea de paso, lo que era aquel hombre y lo que era aquel pueblo.

Porque la masa popular ni tenía ansias de pillaje, ni tenía ansias de sangre.

Hubo aisladamente algún crimen; pero fueron crímenes aislados, de esos que siempre pueden ocurrir, y de los cuales nunca es responsable la masa, por muy ardientes que sean sus pasiones.

Todo esto se contaba, todo esto se decía, con otras muchas cosas, que unas serían ciertas y otras no, pero que daban carácter y color y vida á la tragedia política, que por entonces se desarrollaba en España, y que yo como espectador de los más modestos presenciaba en Madrid.

\*  
\* \*

Era yo uno de los espectadores más modestos; y de pronto, sin saber cómo, iba á verme en el escenario.

No lo olvidaré nunca: volví á mi casa á la hora de comer, y me dieron una carta que había llegado para mí con carácter de urgente.



La abrí, miré la firma: era de D. Laureano Figuerola, á quien yo no había visto hacía muchos meses.

La leí una vez, sin entenderla bien, y tuve que leerla por vez segunda para poder enterarme.

En substancia, venía á decirme esto:

«Ha llegado el momento de que fundemos algo práctico, de que llevemos nuestras teorías á la realidad, de que hagamos algo por la patria, que el período de propaganda ha concluído.

»Zorrilla me pide un director de Obras públicas, y yo le he hablado de usted, asegurándole que le obligaría á aceptar.

»Vaya usted á verle mañana mismo; yo me llevo á Hacienda á Rodríguez; conquese, buen ánimo y adelante.»

Y concluía con unas cuantas frases de entusiasmo.

¡Pobre D. Laureano Figuerola! ¡Qué bueno era, qué noble, qué leal, cuánto le debo!

¡No le he olvidado nunca, pero una vez más quiero recordar que no le he olvidado!

Me quedé aturdido, sin saber lo que me pasaba.

Mi familia creyó, al ver el efecto que la carta me había producido, que era la noticia de alguna desgracia.

Pues era, en rigor, el nombramiento de director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio; es decir, todas las Direcciones del Ministerio de Fomento, reunidas en una; todas, menos la Dirección de Instrucción Pública; en suma, lo mismo que hoy constituye el Ministerio de Fomento.

Aquella noche ya no dormí bien. Experimentaba una mezcla confusa de sentimientos: alegría y temor, vanidad satisfecha y miedo de que al fin y al cabo, sin ganar gran cosa, perdiese mucho en tranquilidad y en dicha positiva; el interés material, que aunque yo nunca he sido interesado, en todo sér humano despierta, cuando llega la ocasión y es legítimo y reclama sus derechos de legitimidad. Porque, al fin y al cabo, no es lo mismo ganar veintiocho ó treinta y cuatro mil reales al año, que ganar cincuenta ó sesenta mil reales, con sus correspondientes derechos pasivos.



¡Y subir en la escala social: ahí es nada!

Para mí, ser director de Obras públicas en aquella época era un ideal, más que un ideal, porque jamás imaginé que pudiera llegar á serlo.

Había ciertas posiciones sociales que yo miré siempre desde lejos, y que siempre me parecieron inaccesibles.

Lo más á que yo aspiraba, allá andando el tiempo, cuando fuera muy viejo, era llegar á ser director de la Escuela de Caminos.

¡Pero director de Obras públicas!

¡Qué delirio!

De ministro, no se diga: la poltrona ministerial se perdía allá en las nubes. Si yo hubiera sido mahometano, para mí el ministro de Fomento hubiera sido Alá en persona, y el director de Obras públicas, Mahoma, su profeta.

Y he aquí que de pronto, mediante una carta de Figuerola, iba yo á convertirme en el profeta de Alá.

No había que dudarlo: en las amplias regiones de aquel Ministerio, que para mí por aquellos tiempos el Ministerio de Fomento lo era todo, Ruiz Zorrilla iba á ser Alá, y yo Mahoma con ilustrísima.

Claro es que no dudé un momento; estaba dispuesto á aceptar, y al día siguiente, faltando por primera vez durante muchos años á la Escuela, me fuí á ver á D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Y que se quejase el director de la Escuela de mi falta: mi jefe del día antes iba á ser mi subordinado del día después.

JOSÉ ECHEGARAY



## LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

# MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623.

### IX

El último cuadro que presentó el proyectado enlace entre el Príncipe de Gales y la infanta doña María de Austria fué verdaderamente lamentable para el honor de la fe política entre dos grandes coronas y dos grandes soberanos. Las tardas dilaciones que vino sufriendo este negocio, las dificultades que Roma opuso á su realización, luego que fueron conocidas en Londres por el rey Jacobo, produjeron en su ánimo una indecible angustia. Cottington, portador de las cartas del Príncipe, soportó rigurosos apóstrofes, en la necesidad que el Rey tenía de desfogar su cólera en insultos. Desde luego, sin embargo, resolvió el de Escocia el partido que debía tomar. Se abandonó al disimulo. Afectó una alegría que en el fondo de su alma estaba nutrida de inquietudes. Salía diariamente de caza; pero los que le acompañaban siempre le encontraban taciturno, y alguno, en sus soledades, le sorprendió las lágrimas en los ojos. El Duque de Lennox, que era de los más furiosos partidarios del matrimonio con España, y que á pesar de haber sido condecorado por Felipe IV con la grandeza de primera clase se había arrepentido de su inclinación española, fué un día testigo de los desahogos paternales.—«¿Volveré á ver á mi hijo?», el Rey le preguntó; y sin dejar que le contes-



tara, añadió:—«No puedo soportar el ultraje. La afrenta ha llegado á su colmo. Mandé al Príncipe como á matrimonio concluido, y ahora habrá que volver á empezar. ¡No quiero más que recuperar á mi Baby-Charles!»—No obstante, con los embajadores decantaba el amor del Príncipe á la prometida, cuando el Marqués de Hamilton sabía, y lo comunicaba al embajador véneto, que *il Principe di raro e sol furtivamente vede l'Infanta*. El rey Jacobo, cuando se esperaba que opusiera mayores reparos á las nuevas cláusulas del Convenio, lo devolvió á Madrid con la aceptación absoluta de todas las condiciones impuestas, y se preparó á recibir la embajada fastuosa del Marqués de la Hinojosa, D. Juan Hurtado de Mendoza, para la jura solemne de las Capitulaciones, cuando algunos magnates exhibían cartas autógrafas del Príncipe, diciendo: «que aunque el Rey su padre aceptara las condiciones últimas, él las rechazaría»; y cuando, conforme al espíritu de otras cartas, el Conde de Exeter decía á Valaresso: «*Cualquiera que sea el resultado de estas determinaciones, el Príncipe no volverá español*» (1).

Entretanto llegó Hinojosa, virrey de Navarra, capitán general de la Artillería de España y embajador extraordinario para aquella empresa. Su salida de Madrid había sido grandiosa. El rey Felipe y el Príncipe de Gales habían salido á despedirle. Por todo el tránsito hasta Pamplona se le pre-

---

(1) Son curiosísimas las varias *Relaciones* que se publicaron en Londres, París y Madrid sobre la Embajada á la capital de la Gran Bretaña, por el Marqués de la Hinojosa, de la Casa ducal del Infantado. En la primera que se imprimió en Madrid, en casa de Andrés de la Parra, y que se titula: «*Relación verdadera de la entrada y recibimiento que hicieron á Don Juan de Mendoza, Marqués de la Hinojosa y Capitán general de la Artillería de España y embajador extraordinario á Inglaterra, que al presente está por el Rey nuestro señor*», no solamente se refieren los agasajos que para él dispuso el rey Jacobo y la Corte británica, sino los obsequios de que fué objeto á su paso por París, donde los Reyes Cristianísimos le dieron una gran cacería en los parques de *Fuente-Neblon* (Fontainebleau). Otras dos *Relaciones* hay impresas en Sevilla, una en casa de



sentaban los Jurados á cumplimentarle. En Francia pasó por Fontainebleau y por París, para besar la mano á los Reyes, á quienes fué presentado por el Marqués de Mirabel. Después se dirigió á Calais, donde le esperaban tres navíos ingleses, y en ellos se hizo á la vela para Dower, donde ya le esperaba el embajador ordinario D. Carlos Coloma con muchas carrozas del rey Jacobo. Por todas las ciudades de Inglaterra que atravesó en su tránsito se le tributaron grandes honores hasta Greenville, donde le recibió el Rey en persona, á seis millas de Londres. Allí le fueron á saludar muchos miembros de la pairía, y en Londres se le hizo la más pomposa recepción. Veinte caballeros ingleses comían diariamente á su mesa. Las visitas suntuosas y los festines espléndidos en su obsequio no tenían término. El 30 de Julio el Marqués de Hamilton le visitó con más de treinta lores y títulos y otros caballeros, siendo más de sesenta los coches que acudieron á las puertas de su posada. Aquel día fué el señalado para el acto solemne de la Jura Real de las Capitulaciones. Tuvo esta ceremonia lugar en la capilla del palacio de Wittehall, adonde asistieron el Rey, con el collar de la Jarretera, los Consejeros, los principales dignatarios de la Corte y los embajadores de España.

Sentáronse éstos á la izquierda del Rey, ocupando Hinojosa el primer lugar. Después de la oración, el secretario de Estado, Sir George Calvert, con voz conmovida leyó en alta voz los veinticinco capítulos del Tratado. Entonces el rey Ja-

---

Francisco de Lyra, y otra en la de Gabriel Ramos Vejarano, esta última reproducida en Lima, del Perú, en la imprenta de Jerónimo de Contreras, un año después, en 1624. Pero las interesantes son las publicadas en Londres, y reimpresas, traducidas al francés, en París. En éstas se describe con más pormenor el juramento de las Capitulaciones, hecho por el rey Jacobo en presencia de los embajadores de España y de los señores de la Corte británica, en la forma que Rymer la reproduce. El juramento del rey Jacobo se verificó el 20 de Julio, y el mismo día llegó á Londres uno de los emisarios que desde Madrid enviaba con frecuencia el Príncipe, el cual llevó la nueva de que el desposorio se había verificado también ya en la Corte de Felipe IV. Esto no era exacto, sin embargo.

E. M.—*Julio 1906.*



cobo, hincando la rodilla y puesta la mano sobre la Biblia, sostenida por el Arzobispo de Wintchester, prestó el juramento de observarlos, y los embajadores de España lo recibieron en nombre de su Señor. Volvióse el Rey á su trono, y á sus sitios los embajadores. Se cantó un *himno*, en inglés, en acción de gracias, y otro en alabanza de la paz y de la unión entre España é Inglaterra, y el obispo oficiante rezó en inglés dos oraciones, una por la salud del Rey y otra por la del Príncipe de Gales. Asistieron, entre otros magnates de la Corte y del Parlamento, los Duques de Richmond y de Lennox, los Condes de Rutland, de Argille, de Pembroke, de Carlisle, de Middlesex y de Denligh, el Marqués de Hamilton, Lord Spencer, Lord Keeper, Lord Kensington, el Arzobispo de Cantorbery, el Obispo de Londres, y otros varios prelados, señores y ministros del Consejo. Después de la ceremonia religiosa vino el banquete regio, en el cual el Rey, de pie y descubierto, brindó á la salud del Rey de España; Hinojosa, luego, á la del de Inglaterra, y Coloma por la del Príncipe y la *Princesa*, dando ya oficialmente esta denominación á la Infanta, presunta esposa del Príncipe. Terminado el banquete, el rey Jacobo se retiró á su cuarto, y al del Marqués de Hamilton los embajadores, hasta que vino Calvert por ellos para que en su presencia jurase el Consejo.

Aquella noche se mandó que Londres se iluminase; pero, según dice Valaresso, «el día de este juramento fué por muchos llamado infausto, y hubo gran descontento general, *più sentito nel cuore che espresso dalla bocca*, pues públicamente se decía sobre el juramento «que el Rey y el Consejo *si salvano con la urgente necessità di farlo per riccuperare il Principe*». En vano se divulgaron nuevas de que ya públicamente asistía la Infanta con el Príncipe al teatro de la Corte en Madrid; que en las fiestas vestía aquélla el color de Carlos, y que se le daba en la etiqueta del palacio de Felipe IV el tratamiento de *Princesa de Gales*. Era público en Londres que el heredero de la corona británica instaba todavía infructuosamente para ob-



tener del Gobierno del valido español modificase en cuanto á la entrega de la Infanta las disposiciones dilatorias, y que la muerte de Gregorio XV y la elección del nuevo Papa eran motivo de ciertas excusas, con que nunca se acababa aquel negocio. El Conde-Duque decía al príncipe Carlos que para Noviembre estaría ya nombrada la cámara de la Infanta, y aun á esta misma señora se la permitió que por primera muestra de ternura le arguyese *de que, si fuese cierto su amor, no se iría*. No obstante, la orden del rey Jacobo era terminante. Su temeroso afán de padre y rey no se calmaba sino con la presencia del hijo, y había ya adquirido la convicción de que no volvería á verle si no regresaba á Inglaterra antes del invierno, pues el último golpe recibido había abreviado su vida. «Mi resolución, en una palabra, es—decía al Príncipe y á Buckingham—que os vengáis inmediatamente, si se os permite partir, y que ahí lo dejéis todo tratado.»

El mismo Príncipe, más lisonjeado por la libertad en que se le dejaba con la Infanta, á veces olvidaba las amarguras de Roma y las que le producían las discusiones personales que mediaban entre Buckingham y el Conde-Duque primeramente, y después con Bristol, cuyas quejas llegaron á Londres. Pero el rey Jacobo, repetimos, se mostraba inflexible, y era fuerza obedecer. «*Io non so—decía Valareso á la Señoría—se la sua, sarà prigionia d'amore ò se anco si tratenesse per timore che con la partita sparissi il matrimonio.*» Ello fué que la fecha de la confirmación del juramento de Londres se fijó en Madrid para el 7 de Septiembre; que para esta ceremonia se enviaron á España las más preciosas joyas de la corona británica, cuyo valor montaba á dos millones, y que con este envío se dió lugar á que un satírico puritano dijese que estaba en España lo mejor de Inglaterra; es decir, las mejores naves, las mejores joyas, el mejor favorito y el mejor príncipe. Por último, para evitar más dilaciones, el Conde de Rutland llegó á Santander con la escuadra que irremisiblemente había de transportar á sus islas al amante *aventurero*.



Conforme se aproximaba el momento de la partida, mostrábase más interesada por el britano la infanta doña María, á pesar de las exhortaciones de su confesor, que frecuentemente increpábala, diciéndola:—«¿Sabe V. A. qué desdicha y qué maldición tan grande persigue á V. A.? Cuando se casare V. A. tendrá todas las noches á su lado á un hombre condenado á las llamas eternas del infierno».

La misma reacción se notaba en la corte y en el pueblo. Felipe IV se apesadumbraba de dejar ir al Príncipe sin su esposa, y todo se le volvía imaginar recursos para herir la longanimidad del britano á fin de que prolongase algo más su regreso á su país. El Príncipe le ofreció volver por Navidad; pero al momento Olivares y los demás interesados en la destrucción del matrimonio objetaron que, á pesar de todo, la entrega de la señora Infanta no se haría hasta la primavera siguiente. Entretanto los embajadores en Londres insistían, uno y otro correo, en que «no se dejara salir al Príncipe sin su mujer, ó todo podía darse por deshecho». Pero como esto era lo que se prometían las influencias puestas en juego desde Roma, Viena y Bruselas, en Madrid ya predominantes, se prestaban oídos de mercader á las indicaciones significativas de Coloma.

El Príncipe dejó al Conde de Bristol sus poderes para celebrar los esponsales cuando viniera el negocio despachado de Roma, y notificándoselo así á Olivares, pidió al Rey licencia para hacer algunas dádivas de despedida. Regaló al Rey un aderezo de espada de brillantes; un brillante de veinte quilates á la Reina, y á la infanta doña María una sarta de doscientas cincuenta perlas de gran tamaño, un áncora con un brillante, que no lo osaron tasar los diamantistas; dos perillas de brillantes para las orejas, y otras dos perlas grandes para lo mismo. Destinó para el infante D. Carlos otro brillante en punta, puesto en una sortija. Para el cardenal infante D. Fernando un pectoral de brillantes topes y una perla pendiente casi como *la Peregrina*. Dió á Olivares el diamante que llamaba *el Portugués* y había pertenecido al rey D. Sebastián. A



La Duquesa de Sanlúcar, su mujer, una cruz de brillantes grandes, y otra á su hija doña María de Guzmán. Por último, repartió joyas de brillantes entre las camareras mayores Duquesa de Gandía y Condesa de Lemos, y al Duque del Infantado, al Marqués de Belmonte, al Marqués de Flores Dávila, al almirante de Castilla, al Marqués de Mondéjar, al Duque de Híjar, al confesor del Rey y al obispo de Segovia. A los gentiles-hombres de la cámara obsequió con sendos diamantes, y al Conde de Gondomar con una sortija de 2.000 escudos; con sortijas de dobles piedras á los consejeros de Estado; con cadenas de oro y cincuenta y seis mil reales en dinero á cada uno de los catorce pajes del Rey; con sortijas y cuatro mil escudos á los archeros; á Melchor del Alcázar, por su ingenio, con una joya, y al Conde de la Puebla del Maestre con una cadena de mil ciento diez y siete brillantes, y una joya de cuarenta y siete con un retrato suyo. Estimóse todo lo que dió el Príncipe en 600.000 ducados. La reciprocidad de los obsequios era inexcusable. Como el Príncipe había mostrado gran afición á las pinturas y objetos de arte y no había dejado en la almoneda del Conde de Villamediana y en toda la Corte cosa de estima que no se llevara, el Rey le regaló una *Venus* de Tiziano, una *Virgen* de Correggio y en Valladolid otra *Madonna* de Rafael de Urbino, pinturas de Miguel Angel y la fuente de alabastro que el Gran Duque de Toscana envió por dádiva al Duque de Lerma, durante el ministerio de éste con Felipe III. Olivares también le cargó de cuadros italianos, flamencos y españoles, y en caballos y armas llevóse el Príncipe una riqueza. Los Condes de Carlisle, de Arundel, de Denbigt y el Barón de Hamilton, otros tres consejeros ingleses y varios caballeros de aquel reino obtuvieron regalos proporcionados á su posición respectiva. Solamente los del Conde de Carlisle ascendieron á más de 6.000 ducados, en que se valuaron doscientos botones de diamante que le dió el rey Felipe IV. Además, de orden de S. M. y bajo el cuidado del Conde de Barajas, del licenciado Diego Francisco de Garnica y de Juan de Qui-



ñones, se sirvieron á S. A. para el viaje: dos mil gallinas, dos mil pollos, dos mil pichones, quinientos capones, doscientos cabritos, cien carneros, cincuenta terneras, doce vacas, cincuenta pernils de cerdo, cincuenta barriles de aceitunas sevillanas, cien pellejos de vino, cincuenta pipotas de conserva, doce pellejos de aceite, ocho pellejos de vinagre y otros efectos á este tenor.

Antes de su salida cuidó el Príncipe de que nadie quedase quejoso de su exquisita urbanidad, y mandó que se visitara, sin excepción, en su nombre, á todos los de la Junta de Teólogos, dándoles las gracias. El 7, en presencia del Consejo de Estado, y en manos del Patriarca de las Indias, juró S. A. sobre los Santos Evangelios las capitulaciones matrimoniales y los artículos de Convención, y después los juró el rey D. Felipe. A la tarde siguiente fué S. M. en público con el Príncipe. La gala era de negro y joya con la tristeza de la despedida. La infanta María no se puso joya ninguna. La Reina y la Princesa, que así se la seguía llamando, fueron acompañadas de todos los señores de la corte, embajadores, damas, dueñas y meninas, y salieron fuera de la tarima á recibir al Príncipe. Despidióse de la Reina en voz alta y sin intérprete, hablándola en lengua francesa, por la cual también se daba á entender con la infanta doña María. Gran rato se la permitió hablar esta tarde con ella, retirándose después uno y otro con viva y manifiesta efusión de ternura. Besaron la mano á la Reina y á la Princesa todos los caballeros ingleses; y á la despedida asistieron el Duque del Infantado y el Conde-Duque de Olivares al lado del Príncipe, y el Duque de Buckingham y el Conde de Bristol al del Rey.

La Corte entera se dispuso á hacer al Stuart los honores, trasladándose al Escorial, primer punto de parada, cuantos carecían de puesto propio en la comitiva del Príncipe. Olivares mandó le acompañasen hasta Barajas á los doce gentileshombres de su servicio personal, todos bien aderezados y á caballo. Salieron á despedirle del mismo modo el cardenal Za-



pata, el Marqués de Aytona y el Conde de Gondomar, por consejeros de Estado. Toda la casa del Rey, con oficios doblados, á cargo del Conde de Barajas, y una comisión de caballeros de Calatrava y Santiago, y los guardias españoles y alemanes fueron con el Príncipe hasta Santander, punto de embarque.

El mismo día de la salida de Madrid la Infanta escribió una tiernísima carta al rey Jacobo dándole la noticia. Esta carta iba impregnada de verdadera unción de amor filial.

La Reina y doña María también bajaron á despedir al príncipe Carlos hasta el término de la jurisdicción de Madrid. El Rey se empeñó en acompañarle hasta el Escorial, pero el Príncipe no lo permitió. Olivares, en su mismo coche con Buckingham, Bristol y Gondomar, siguió la marcha hasta aquel real sitio.

Nueve días duró el viaje, por las detenciones en las ciudades del tránsito, donde Carlos recibió los homenajes del mayor respeto. De Santander se adelantaron á recibirle sir Thomas Somerset y sir John Finett, enviados por el conde de Rutland. Ya á bordo el Príncipe de Inglaterra, obsequió con un gran banquete á los que le acompañaron. A los brindis envió un recuerdo «*al Rey y á la Reina de España y á la Princesa de Gales*». Entonces disparó la artillería, y á poco la escuadra inglesa levó anclas, llevando la insignia real el navío almirante *Prince*, donde iba el heredero de la Gran Bretaña. Otro navío, el *Saint George*, conducía á bordo á D. Diego Hurtado de Mendoza, señor de la Corzana, embajador extraordinario que tenía el encargo de felicitar en Londres al rey Jacobo por el feliz regreso de su hijo.

Un inmenso número de personas había concurrido á Portsmouth á aclamar al heredero de la corona á su arribo al primer puerto británico. El entusiasmo llegó al frenesí cuando le vieron. Pero en Londres no tuvo comparación. Aunque corrió bien la posta, hasta el 16 en la noche no llegó á la ciudad. El Arzobispo de Cantorbery, al divisar las carrozas, mandó echar



las campanas á vuelo, y á poco todo el pueblo de la capital se arrojó á las calles. Se encendieron en todas ellas luminarias, de alegría, tanto más íntima cuanto que las vejaciones de que era voz común había sido objeto el Príncipe en Madrid á causa de Roma, Viena, Bruselas y Olivares, habían enajenado á España las simpatías hasta de los que hasta entonces fueron resueltos partidarios de nuestra nación. Así, pues, cuando muchos se preguntaban:—*¡Y bien! ¿Cuál ha sido el éxito de la aventura con España?*—se contestaba entre vivísimos sarcasmos:—*¡500.000 libras de coste!*

El diligente Luis Valaresso, á quien Calvert en persona dijo el día 5:—*«La vuelta del Príncipe sin la Infanta es indicio infalible del negocio frustrado, habiendo tenido dos impedimentos: la voluntad del favorito y la oposición del Papa»*, se apresuró á indagar del mismo rey Jacobo lo que en sustancia hubiere. En efecto, después de darle los plácemes por el regreso del heredero le preguntó:—*«¿Se acabará pronto el matrimonio y vendrá la Infanta?»* Con afabilidad le contestó el Rey:—*«Allá queda el embajador Bristol con autoridad para perfeccionar el negocio y celebrar los esponsales con la Princesa»*.—*«Verdaderamente—*repuso de nuevo el veneciano,*—en España no se conoce tanto el deseo de la ofensa como la poca voluntad.»—«La enfermedad del Pontífice es lo que lo retarda más que la poca voluntad de España»*—le replicó el Rey, y mudó de conversación. Nueva réplica le hizo, sin embargo, Valaresso, y entonces el Rey dijo:—*«El Rey de España echa toda la culpa á Olivares»*. Y el veneciano concluyó diciendo:—*«El desembarazarse con los ministros es siempre cosa de los reyes de España»*.

No podía darse una situación más tirante, así de Corte á Corte como entre el rey Jacobo y el pueblo británico. Justo es confesar que el escocés, aunque ya anciano, la conllevaba con una prudencia extraordinaria, evitando así tantas ocasiones de fácil ruptura en medio de tantas consideraciones de precisa contemporalización. La opinión no hacía más que observar, interpretar y formar los cálculos, que después divulgaba como



hechos de absoluta veracidad. Los que tenían por cierto un día que el Príncipe no volvía ni apasionado ni del todo enemigo de los españoles, y que cabría arreglo, otras veces eran de parecer que el Príncipe se hallaba melancólico, taciturno y reservado, y que, aunque no amaba á los españoles, luchaba con el amor á la Infanta y estaba dispuesto á esperar hasta Marzo el éxito de las negociaciones en Roma. No era extraño en el Príncipe tal estado de incertidumbre. Las noticias que de Madrid llegaban convenían todas en que, desde la partida de don Carlos, la Infanta se mostraba muy apesadumbrada y que había pretendido vestir de obscuro, si bien no se lo consintieron.

Bristol, que fué á Londres poco después que el Príncipe, sostenía la esperanza del negocio; pero Buckingham mostraba ahora la más viva oposición á que se celebrara. No era sólo por contradecir á lord Digby, ni porque recordase su enemistad personal con Olivares. Al volver á Inglaterra había sido objeto de insinuantes atracciones, así de parte de los holandeses y de los puritanos como de los anglicanos. Y aunque se mostraba entre unos y otros indeciso é indiferente, notaba con íntima satisfacción que su popularidad crecía á medida que dejaba traslucir mayor aversión contra España. Mas como hablase mucho, mal y en público de este país, tuvo serios disgustos con el Rey, que todavía alimentaba un resto de esperanza.

Ya había logrado Buckingham introducir la duda en el ánimo de Carlos, á quien en absoluto dominaba. Inducido por él, el Príncipe apeló al consejo de doce de los ministros y magnates de mayor suposición sobre el matrimonio y sobre el Palatinado. Buckingham expuso el estado de las negociaciones que se habían practicado, descubrió la doblez de los españoles y la situación desesperada del asunto. Entonces el Consejo deliberó y acordó que se fueran aflojando las relaciones con España de parte de Inglaterra hasta esperar el resultado de las promesas hechas, así sobre el casamiento y la restitución al



Palatino, como sobre el acomodo del primogénito de éste con la hija del Emperador. No se ignoraba que sobre este negocio Baviera trataba de arrojarse en brazos de la Francia y Venecia; pero con esto probaría á España su buen deseo si lograba superar los obstáculos que de aquí nacían. Por su parte, el rey Jacobo, apenas el de Gales llegó á Londres, escribió al conde Federico y á lady Isabel preguntándoles su opinión sobre el matrimonio propuesto por España, aunque á condición de que el hijo que había de casar quedaría en Bruselas al lado de la infanta Isabel Clara Eugenia. Mas cuando los condes proscritos contestaban al Rey que estaban dispuestos á obedecerle, en cuanto estuviesen seguros de la recuperación de sus Estados, correo que de Alemania vino, trajo la noticia de que había sido reconocido el Duque de Baviera elector por todos los príncipes, y otro correo de España anunciaba á la vez que con motivo del bautizo de la hija que la reina Isabel de Borbón acababa de dar á Felipe IV, al embajador imperial que negociaba el casamiento de la infanta doña María, la presunta Princesa de Gales, con el archiduque heredero, se le había concedido el Toisón de Oro.

Estas noticias acabaron de desconcertar á los britanos. A Digby se transmitió orden de no hacer uso del poder que se le había otorgado para celebrar los esponsales, y aun después se le retiró de Madrid. Con esto quedaron terminados los enlaces de España, ruptura que á Francia vino admirablemente, pues no era quien menos la había trabajado bajo dos puntos de vista diferentes: el uno, político, contra España; el otro, de mayor ventaja para sí, pues que insistía en llevar, como en efecto llevó, á madama María Enriqueta, hermana de Luis XIII, al trono de Inglaterra. Ni por un momento había perdido una esperanza que acariciaba de antiguo. Así, pues, cuando lord Hay pasó á París á disculpar al Príncipe de Gales, ya procuró impresionarle muy desagradablemente sobre el matrimonio de España, haciendo se interesase por la unión de Inglaterra con Francia. Vigilante después sobre todas las



vicisitudes que presentó el asunto del enlace, infinitos embrazos le suscitó en Roma, en Viena, en Bruselas, en Madrid, y sobre todo con el Duque de Baviera, en cuyo reconocimiento de la dignidad electoral por parte de los electores protestantes influyó como ninguno. Con sagaz solicitud atisbaba las perplejidades del partido católico y español en Londres, mientras atizaba contra España al puritano para que se inclinara aquél del lado de la balanza francesa, y así consiguió que los católicos ingleses acusasen á España de haber puesto al catolicismo en Inglaterra en grandísima ruina, y que aficionándose poco á poco á la idea del matrimonio francés, empezase á circular un manso rumor de posibilidad, aunque Valarresso decía de la Francia que *in universali non si è inclinatione*.

La habilidad francesa venció al cabo á la muerte de Jacobo estas asperezas, y constante en su propósito logró llevar al tálamo de Carlos Stuart á la princesa María Enriqueta, que en el Vaticano no debía ser considerada princesa menos católica que la infanta española doña María. Mas entonces no usó Roma para conceder las dispensaciones los repulgos que con España, y á los políticos atentos pareció el colmo de la desvergüenza y el descoco de parte de la curia pontificia que las licencias para este matrimonio se hicieran basar ahora en las mismas razones políticas y canónicas del padre jesuíta español Juan de Montemayor, que para el caso de la infanta doña María no parecieron válidas á los escrúpulos romanos.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

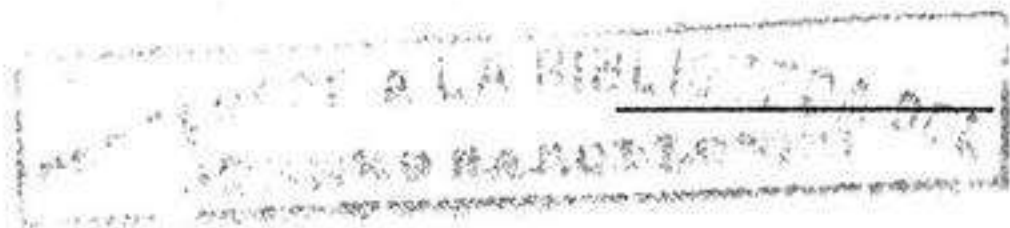
(Concluirá.)



## ESTUDIOS ARTÍSTICOS

---

# CANCIONEROS DE AMOR



A poco de rastrear en la lírica española de la centuria última, sobre todo en los cantos amorosos de los cuatro grandes poetas de entonces, se percibe claramente, á pasos contados, el curso de la decadencia de raza, el desmayo del brío pasional, ímpetu heroico en el amor á la patria unas veces, en otras romántico delirio del querer exaltado por la mujer, que lentamente, en una crisis honda del espíritu nacional, va perdiendo su vigor subjetivo y hasta el bravo acento con que se expresaran, en versos que rebosaban alma y vida, más que estados psicológicos individuales, las conmociones del sentimiento en todo un pueblo.

Son, dentro de cada período de tiempo, los poetas los que mejor acusan la evolución de la psicología nacional. El alma de ellos responde por entero á la presión del alma colectiva. Generalmente el subjetivismo poético de los grandes líricos, á mi entender figuras representativas en momentos históricos bien determinados, es un reflejo, una proyección del sentir pleno de una raza que halla en los versos de los poetas un escape á su propio cavilar interno y á su más íntima sentimentalidad expansiva. Bien mirado, los poetas no ponen más que el arte, la forma expresiva en que el alma de las muchedumbres se exterioriza con sus intensas fiebres ó con sus desmayos decadentes.



A través de las canciones amorosas de los cuatro grandes líricos que, en el siglo último, en España han sido, se advierte la huella del doloroso declinar de la raza. El curso de nuestra flojedad espiritual en aumento está bien señalado. El grito de pasión ardorosa que suena en los versos de Espronceda, al correr de algunos años truécase en la queja irónica de Campoamor y en aquel su bello gesto de filósofo que burla, riendo y llorando al mismo tiempo, la inconstancia y vanidad de los más hondos afectos humanos. De un poeta á otro, ¡qué larga distancia! Todavía en el autor de *El diablo mundo* hay ímpetu pasional, sacudimiento de los nervios y enérgicos golpes de la sangre, un aliento de mocedad bravía que va dejando en las estrofas pedazo á pedazo el corazón. Hasta el dolor espolea los bríos de su alma y hace vibrar más fuerte el acento de su lírica hinchada de violentos apóstrofes y de desesperaciones trágicas. El amor llega en Espronceda á la máxima exaltación. Es desordenado, es impulsivo. Poco tiene de espiritual é idealista. Es sed que acosa los deseos y hace estremecer calenturienta la carne. Hasta cuando llora, recordando las venturas idas y los cariños muertos, secos en flor, el canto es bravío, atormentado, como si arrancara de la raíz misma de las entrañas doloridas.

Todo el sér sufriendo, con angustia irreparable, cobra voz en los versos amorosos de Espronceda. «Nací con una llaga en el alma», pudiera decir á tenor de una célebre frase. Siempre se exalta, se queja y se revuelve con ímpetu violento.

En el canto á Teresa el dolor deja un rastro de lágrimas corrosivas. Es sádico, profundamente amargo y cruel, como si se complaciera en revolver las heces de sus amores frustrados y en aventar las cenizas de sus ilusiones desvanecidas. Al recuerdo de la amada muerta, tremante el alma de emoción, derrama el poeta todo el raudal de su ternura, que presto se agota, para acabar con una mueca de un desdén desoladamente trágico. Sobre el divino lloro de sus primeras estrofas hace que al final estalle la carcajada con que ríe su propio dolor en-



conado y ahoga el grito lastimero de duelo el corazón sangrando en llaga viva.

Como si quisiera olvidar penosas memorias que no hacen más que ensanchar la herida, exclama en son de lastimosa súplica:

¿Por qué volvéis á la memoria mía,  
tristes recuerdos del placer perdido,  
á aumentar la ansiedad y la agonía  
de este desierto corazón herido?

Son los recuerdos siempre crueles. Resuenan con eco pavoroso en un corazón vacío, como voces que se agrandan á lo largo de los patios y salones en las viejas casas desiertas. La fuente viva rezuma el agua á través de la roca; el dolor hace asomar el llanto á los ojos. Mas ¿y cuando el corazón ya no llora? Es la pena mayor. Surge entonces, como un treno doliente, el aye del alma que pide para sus padeceres inconsolables generosas misericordias.

Así solloza el poeta:

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,  
¡ah! ¿dónde estáis que no corréis á mares?  
¿Por qué, por qué, como en mejores días,  
no consoláis vosotras mis pesares?

Luego añade, como crucificado expiando el pecado de amar:

¡Oh! Los que no sabéis las agonías  
de un corazón que penas á millares  
¡ay! desgarraron, y que ya no llora,  
¡piedad tened de mi tormento ahora!

Lastimado al ver el mundo sordo á su queja que pide compasiones, el dolor del poeta se exalta, pierde su acento conmovido, y la voz, antes mojada en lágrimas, estalla en ronco clamor de cólera.



Huid, si no queréis que llegue un día  
en que, enredado en retorcidos lazos  
el corazón, con bárbara porfía  
luchéis por arrancároslo á pedazos;  
en que al cielo en histérica agonía  
frenéticos alcéis entrambos brazos  
para en vuestra impotencia maldecirle,  
y escupiros tal vez al escupirle.

Recoge su espíritu en lo más íntimo, para saborear á solas  
el dolor que lo atormenta. Nada tan cruel como ese padecer  
callado, intenso, que ahoga con violencia enterrándolo en el  
fondo del pecho. Produce la sensación de espanto de un sér  
vivo sepultado á rigor bajo tierra.

Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
mi propia pena con mi risa insulto,  
y me divierto en arrancar del pecho  
mi mismo corazón pedazos hecho.

Forzado así á una alegría que no siente, el dolor cambia  
su gesto de espanto por una mueca de desdén, y el grito de la  
entraña desgarrada, al asomar á los labios, se convierte en una  
frase de trágica ironía.

Truéquese en risa mi dolor profundo...  
Que haya un cadáver más... ¿qué importa al mundo?

Sólo un alma henchida de amor impetuoso expresa tan  
fuertes y contradictorias emociones. El sentimiento es el mis-  
mo, pero va cambiando, al intensificarse ó serenarse, de acen-  
to y de ímpetu.

Nótase en los cantos amorosos de Espronceda siempre una  
crisis de dolor que impone las crueldades del vivir. Tras la  
exaltación febril, en que todo su sér sufre, viene el sedante  
desmayo que no es un sosiego definitivo, paz del alma y repo-  
so de los nervios, sino cansancio penoso, enervamiento por



desgaste de energías, fatiga espiritual en que se advierte una resignada tristeza.

¿A dónde dirigir, con el doliente corazón, los cansados ojos? Si mira á la tierra buscando á Teresa, su amada mujer, al instante

Pára allí su carrera el pensamiento,  
hiela mi corazón punzante frío,  
ante mis ojos la funesta losa  
donde, vil polvo, tu beldad reposa.

Si levanta al cielo la mirada, queriendo hallar en la inmensidad azul, por donde puede derramarse libre el espíritu, un consuelo ideal, al fijarse en una estrella, lucero misterioso y triste, siente su corazón turbado, al recuerdo de venturas idas y de amores que murieron. Asocia siempre á cada imagen real del momento otras que pasaron, fijo y tenaz siempre en su alma un dolor que nunca acaba.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,  
y un vago padecer mi pecho siente:  
que está mi alma de sufrir cansada,  
seca ya de las lágrimas la fuente.

Resignarse al dolor es el único consuelo que halla.

Yo indiferente sigo mi camino  
á merced de los vientos y la mar,  
y entregado en los brazos del destino,  
no me importa salvarme ó zozobrar.

Es de un carácter sensual, tormento de la carne, el amor en los versos de Espronceda. Acosado de deseos, el poeta canta á la mujer con enérgico grito de pasión impulsiva.

Pone en las estrofas no sólo sed ardiente del alma, que ansía goces, sino que también lleva á ellos la crispación de los nervios en rebeldía, sensualmente espoleados. Por eso quizás entrañan los versos esa fuerza, esa masculinidad bravía, que re-



vienta en enérgicos apóstrofes, gallardas exaltaciones del instinto.

Canta á Jarifa en una orgía, y á través de las estrofas de esta canción van á saltos sus ideas y sus emociones, en una lucha que riñen en lo más hondo de su espíritu.

Primero la llama con sed de goce y ansias de olvido.

Trae, Jarifa, trae tu mano;  
ven y púsala en mi frente,  
que en un mar de lava ardiente  
mi cabeza siento arder.  
Ven, y junta con mis labios  
esos labios que me irritan,  
donde aun los besos palpitan  
de tus amantes de ayer.

Pronto pasa el deseo, y la inquietud carnal de antes se torna asco espiritual.

Huye mujer, te detesto;  
siento tu mano en la mía,  
y tu mano siento fría,  
y tus besos hielo son.

En dolorosa cavilación, piensa que las grandes ilusiones de la vida son engaños no más. Mentiras la hermosura, el placer, hasta el amor. A la postre asalta al poeta el triste convencimiento de que se malogran todas las esperanzas y que caen fallidas las más venturosas ambiciones humanas.

La virtud, la gloria, el cariño de mujer sobre el haz de la tierra, son «hediondo polvo y deleznable escoria». También el poeta ha buscado esas imágenes fascinadoras, soñando dichas y triunfos.

Y encontré mi ilusión desvanecida,  
y eterno é insaciable mi deseo:  
palpé la realidad y odié la vida;  
sólo en la paz de los sepulcros creo.

E. M.—Julio 1906.



Luego, como si en el aturdimiento del vivir frívolamente alegre quisiera encontrar un reposo, que en vano ha buscado en la piedad ajena y en el olvido del propio sufrir, vuélvese con clamor angustioso á la impura mujer, también caída en desdicha, llamándola con voces compasivas de súplica.

Ven, Jarifa, tú has sufrido  
como yo, tú nunca lloras;  
mas, ¡ay triste!, que no ignoras  
cuán amarga es mi aflicción.  
Una misma es nuestra pena,  
en vano el llanto contiene...  
Tú también, como yo, tienes  
desgarrado el corazón.

Frente á este tormentoso delirar de Espronceda, que responde á la fiebre de una pasión intensa, surge otro poeta del amor, Becquer. Sus canciones amorosas acusan un espiritualismo tranquilo, una alta y casi plácida idealidad. Las estrofas son impasibles en este poeta, y apenas acusan un vago desencanto del alma, que no engendra un dolor desesperado, sino una melancólica tristeza.

Aquel acento de brava cólera en que estallaban los versos de Espronceda se en calma, con sosiego espiritual, blando, en las rimas de Becquer. Un dolor manso, que ni gesticula ni grita, se esconde en el fondo de ellas. Humilde y en silencio, apenas acierta á quejarse. No llora con roncós sollozos como el cantor de Teresa. Gime, con largo lamentar de amores.

Para amar á la mujer, Becquer la despoja de su encarnadura material, la idealiza, la convierte en visión poética, ante quien rinde su alma de rodillas.

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.  
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... ¡eres tú!



Sobre este concepto poético acerca de la mujer, insiste en otra ocasión.

Mientras exista una mujer hermosa  
habrá poesía.

La belleza plástica de la mujer seduce los entusiasmos del poeta, despierta en él un sentimiento admirativo, todo serenidad y devoción estética, sin que nunca un deseo carnal estremezca las estrofas con vibración calenturienta.

No mira al alma. Bajo la transparencia de las aguas, cuando los ojos contemplan el azul hermoso que nos hace soñar, ¿quién se entretiene en escudriñar el cieno que ocultan en el fondo? En un cuerpo gentil de mujer, ¿por qué empeñarnos en escudriñar las miserias del alma? Sería perder todo encanto, la ilusión mejor, como niño que destroza una muñeca.

¿A qué me lo deéis? Lo sé; es mudable,  
es altanera y vana y caprichosa;  
antes que el sentimiento de su alma,  
brotará el agua de la estéril roca.  
Sé que en su corazón, nido de sierpes,  
no hay una fibra que al amor responda;  
que es una estatua inanimada... pero...  
¡es tan hermosa!

Admira, y por ende ama con querencia ideal, la forma, la expresión, línea y color, que constituyen la belleza externa de la mujer. A más, estima en ella ese poder de sugestión, ese aire poético que despierta en las almas cálidas emociones, ese trémulo desperezar del sentimiento, que torna á los hombres, ante la hermosura femenina, amantes y poetas.

Cruza callada, y son sus movimientos:  
silenciosa armonía:  
suenan sus pasos, y al sonar, recuerdan  
del himno alado la cadencia rítmica.

.....



¿Que es estúpida? ¡Bah! Mientras callando  
 guarde oscuro el enigma,  
 siempre valdrá, á mi ver, lo que ella calla  
 más que lo que cualquiera otra me diga.

La humana encarnadura de mujer poco á poco la espiri-  
 tualiza, transformándola en imagen ideal, en visión poética,  
 que vive, más que en el corazón, en la memoria.

Te vi un punto, y flotando ante mis ojos  
 la imagen de tus ojos se quedó;  
 .....  
 Adondequiera que la vista fijo  
 torno á ver tus pupilas llamear;  
 mas no te encuentro á ti, que es tu mirada:  
 unos ojos, los tuyos, nada más.

Esta inmaterialización poética entraña un sugestivo en-  
 canto singular. Acosa el ansia de lo imposible, una infinita  
 sed de lo ideal, siempre inasequible á la eterna aspiración de  
 las pasiones humanas.

—Yo soy ardiente, yo soy morena,  
 yo soy el símbolo de la pasión;  
 de ansia de goces mi alma está llena.  
 ¿A mí me buscas?—No es á ti, no.

—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,  
 puedo brindarte dichas sin fin;  
 yo de ternura guardo un tesoro.  
 ¿A mí me llamas?—No, no es á ti.

—Yo soy un sueño, un imposible,  
 vano fantasma de niebla y luz;  
 soy incorpórea, soy intangible:  
 no puedo amarte.—¡Oh, ven, ven tú!

Por estas transformaciones espiritualistas que hace el poe-  
 ta, corre á través de sus versos un soplo de amor imaginativo,



una querencia ideal, ajena á las impurezas de la realidad y á las miserias de la vida. Es un amor de ensueño, que en su misma vaguedad encierra el mayor encanto; un desborde poético, que se remonta á la más alta idealidad.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
voy á tocarte te desvaneces  
como la llama, como el sonido,  
como la niebla, como el gemido  
del lago azul.

.....  
¡Yo que á tus ojos en mi agonía  
los ojos vuelvo de noche y día;  
yo que incansable corro, y demente  
tras una sombra, tras la hija ardiente  
de una visión!

Este amor imaginativo tiene la fuerza de un amor con pleno corazón. Idénticos sobresaltos, las mismas angustias, la propia desolación trágica lo caracterizan. Tanto ha arraigado en el alma del poeta, que toda visión real, cualquiera figura humana, la transforma idealizándola, y todo amago de sed amorosa pierde el brío de pasión carnal, convirtiéndose en un vago anhelar, en una doliente inquietud interior, temblor espiritual ante el misterio y lo imposible. Es el ensueño quizás una vida superior de los espíritus, y ese amor imaginativo una pasión más torturante por ser entonces irrealizable el deseo.

Becquer es propenso á estas idealizaciones de la mujer. Ya hemos visto al poeta adorador de la forma corpórea, belleza plástica que rinde los sentidos y acosa ardientemente al alma. Mas cuando quiere amar á la mujer con amor de espíritu, la inmateraliza, la presta aspectos indecisos de visión poética.

Me aproximé á los hierros  
que defienden la entrada,  
y de las dobles rejas en el fondo  
la vi confusa y blanca.



La vi como la imagen  
 que en leve ensueño pasa,  
 como rayo de luz, tenue y difuso,  
 que entre tinieblas nada.  
 Me sentí de un ardiente  
 deseo llena el alma.  
 ¡Como atrae un abismo, aquel misterio  
 hacia sí me arrastraba!

Ama, pues, el poeta seres de fantasía que crea él mismo.

Yo no sé si ese mundo de visiones  
 vive fuera ó va dentro de nosotros;  
 ¡pero sé que conozco á muchas gentes  
 á quienes no conozco!

Quizás donde más intensamente da Becquer la impresión poética de ese su modo singularísimo de sentir el amor sea en aquella evocación idealista con que termina su colección de *Rimas*.

Pocas veces la musa española alcanzó tan altos vuelos de inspiración.

Sustráese el poeta, por una elevación gallarda de su espíritu, á la visión real, y á lo inmaterial le presta una vida extraña, de ensueño, toda idealismo y poesía.

En la imponente nave  
 del templo bizantino,  
 vi la gótica tumba, á la indecisa  
 luz que temblaba en los pintados vidrios.  
 Las manos sobre el pecho,  
 y en las manos un libro,  
 una mujer hermosa reposaba  
 sobre la urna, del cincel prodigio.

La piedra muerta, ¿qué emociones vivas y qué ideas despierta en el poeta?



La contemplé un momento,  
y aquel resplandor tibio,  
aquel lecho de piedra que ofrecía  
próximo al muro otro lugar vacío,  
en el alma avivaron  
la sed de lo infinito,  
el ansia de esa vida de la muerte,  
para la que un instante son los siglos.

Como si, fatigada, se rindiera la imaginación después de volar, ansiosa, febril y amando, por la región de los sueños, y al tornar á la caliente realidad, en la plena conciencia ya de la vida, el espíritu del poeta aun se revuelve suspirante, inquietado de la sed de un más allá imposible, y exclama con honda tristeza, tan honda, que ni siquiera se desgarran en lágrimas. Es una tristeza mansa, sinceramente íntima, que con el más resignado silencio oculta su amargo sabor y su cruel intensidad.

Cansado del combate  
en que luchando vivo,  
alguna vez recuerdo con envidia  
aquel rincón oscuro y escondido.  
De aquella muda y pálida  
mujer me acuerdo, y digo:  
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!  
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Pronto este vago anhelo espiritualista de Becquer, como antes el ímpetu pasional de Espronceda, pierde todo son y todo rastro en la lírica española. Llega entonces el verso musical de Zorrilla, donde el amor vibra y canta también, pero á flor de alma. No arranca con raíces profundas de lo más íntimo del corazón, como en Espronceda, ni atormenta con calentura imaginativa, delirar doloroso del espíritu en horas de ensueño poético, como en Becquer.

En Zorrilla, el amor es plácido: ni padece ni se subleva. Sus canciones se aduermen con arrullos de serenata morisca



al pie de un ajimez árabe ó con música trovadoresca, galante y amable, que vela el sueño con rumor de amores, de alguna gentil castellana.

Conserva la lírica de Zorrilla, por un remozamiento en su espíritu de un atavismo árabe, el culto por la mujer, en lo que ésta tiene plásticamente de bella, sin que esa adoración sensual roce el corazón, interesándolo en un amor fuerte, donde se pone el alma entera, amor que dura una vida y hasta pretende, con fe espiritualista, remontar su curso breve, perdiendo más allá del polvo de la muerte. Mas, el sentido cristiano que inspira las canciones del poeta alivia éstas de toda sed carnal, exaltada y bravía, conteniendo las pasiones bajo una rígida disciplina interna.

Fluctúa el poeta entre el sensualismo oriental y la austera espiritualidad cristiana. Por ende, en su lírica no sobra el brío de la pasión y carece de un vigoroso idealismo de amor de amar. Á ratos las dos corrientes de inspiración que conmueven el alma del poeta dejan huella en su lírica.

Dueña de la negra toca,  
por un beso de tu boca  
diera un reino Boabdil;  
y yo, por ello, cristiana,  
te diera de buena gana  
mil cielos, si fueran mil.

Enardecido, con ansia de goces, bajo la sacudida de los nervios, siéntese el poeta arrastrado por la pasión carnal, cantando con acento epitalámico:

Permite, dulce embeleso,  
que mis labios en tus labios  
pongan un ardiente beso  
que se oiga en el corazón;  
que la mente del poeta,  
en su entusiasmo violento,  
beba en tu mirada inquieta  
la fogosa inspiración.



Grita la sangre en esa estrofa con anhelante súplica. Mas presto, el goce saciado, llega el desencanto, y con el gesto de asco, la mueca con que los sentidos fatigados expresan la hora del implacable hastío.

Yo bebía el amor hasta apurarlo  
de unos impuros labios de carmín,  
que me enseñaron ¡ay! á desearle  
y me le hicieron detestar al fin.

¿Qué rastro deja en el poeta este amor vencido? De ser un temperamento impulsivo con enérgicas rebeldías, como Espronceda, sentiríase arrastrado á la desesperación que grita sus cóleras; de ser un espiritualista, tocado de un extraño misticismo poético, como Becquer, lo llevaría á un doloroso desasosiego interno, con espantosos caracteres de padecer irredimible.

No siente el vacío en el corazón Zorrilla, aun extirpado de raíz el amor. Se acoge entonces á los cariños viejos, los remoja y los intensifica. Un estado de sentimentalismo, en que hay mucho de piedad y arrepentimiento, surge entonces, borrando las carnales imágenes y los recuerdos de goces ya idos en el alma del poeta. Es que el corazón no ha muerto. Por el contrario, entre la escoria de las perfidias de mujeres y el escombros de las pasiones en ruina, un aire juvenil refresca el alma, la limpia bañándola en lágrimas. Son los cariños viejos que retoñan, los recuerdos felices que, como los pájaros de antaño, tornan á cantar hogaño en los nidos. La pía memoria de la madre inunda de emociones cálidas el espíritu del poeta. ¡Sacro revivir del amor que nunca muere!

Dicen que todo al fin se desvanece,  
todo pasa, se olvida, pierde y borra...  
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,  
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Delante la vida, con sus incertidumbres y angustias, buscando un poco de calor para el corazón yerto, que se muere



de dolor y frío, complácese el poeta en recordar el pasado, evocándolo con toda su ventura y poesía de días lejanos que para siempre pasaron.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes  
de mi infancia gentil? ¿Dó están ahora  
los labios de coral que me colmaron  
de blandos besos que mis ojos lloran?

.....  
Era ¡ay de mí! mi madre, alegre entonces,  
tranquila, amante, como el alba hermosa:  
jamás me ha parecido otra hermosura  
tan digna de vivir en mi memoria.

Como si al conjuro poético la sombra querida, por el espíritu evocada, tornase á la realidad del vivir, por lo menos en la imaginación del poeta, con formas corporales y calor de dentro, cambia el giro de las ideas y el carácter de las emociones.

¡Mas tú inconsolable lloras,  
sin atender á mis voces!  
Mi vida, ¿no me conoces?  
¿Tan mudado, madre, estoy?  
¿Tan pronto borrar pudieron  
mi rostro las desventuras?  
¡Bebí tantas amarguras!...  
Pero al fin, madre, yo soy.

No es el mismo. A lo largo de la existencia ha ido el poeta dejando amores é ilusiones en un otoño del alma. Sólo queda en su corazón un poco de calor afectivo, cariños sin acosos de pasión, una vaga sentimentalidad, fe de vida que dan, en las horas de cansancio espiritual, los amores últimos. Ya no resta al corazón del poeta más que la imagen de la madre, al desvanecerse para siempre hasta la memoria de otras mujeres á quienes se amó con todo el sér.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen  
nunca pasa, se olvida, pierde y borra,  
como pasan, al aire del otoño,  
del bosque umbrío las marchitas hojas.



¿Con qué sentimiento fuerte llenar en el alma el vacío que ha dejado el amor?

Un estímulo poderoso de orgullo, conciencia de la propia grandeza espiritual, y el activo espoleamiento de una ambición sin límites que lleva á soñar en glorias inmortales, en vanidades de fama eterna que remonta el curso de los siglos, vienen á sustituir los sentimientos tranquilos que trasmanaban sólo amores. Al dolor de la pérdida de tantas venturas idas sustituye un gran desdén por las dichas transitorias, y hasta por los cariños breves, demasiado fugaces, que presto pasan y no vuelven.

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,  
fábulas sin color, sombra ni nombre,  
á quien un nicho miserable encierra  
cuando el aura vital falta en el hombre!  
¿Qué es el placer, la vida y la fortuna  
sin un sueño de gloria y esperanza?  
Una carrera larga é importuna,  
más fatigosa cuanto más se avanza.

El poeta vuelca por entero el espíritu en sus versos. Hace larga confesión de todos los impulsos que han movido su corazón en la vida. Sus cantos amorosos los ha empapado, no un sentimiento hondo y sincero, sino un ansia ardiente de gloria. Ha velado sobre los libros, ha cantado al pie de la reja de la mujer amada, ha llorado en cántico doliente, ante la madre, respondiendo nada más que á una inmensa pasión de gloria.

Espíritu superior, desligado de los afectos terrenos, ha querido en alas del orgullo, con aliento prepotente, elevarse sobre las miserias del vivir y sobre la inestabilidad de los afectos humanos. Su arte no es sincero; el subjetivismo de su lírica es forzado.

Todo es una ilusión, todo mentira,  
todo en mi mente delirando pasa,  
no es esa la verdad que honda me inspira;  
que esa lágrima ardiente que me abrasa



no me la arranca ni el temor ni el duelo,  
no los recuerdos de olvidada historia.  
¡Es un raudal que inunda de consuelo  
este sediento corazón de gloria!

Campoamor es el último de nuestros grandes líricos en la centuria anterior. Es el poeta que ha impuesto silencio inquebrantable á su corazón. Filósofa sobre el amor, aparentando por lo menos no sentirlo, pero sí conocerlo, con un dejo de amarga ironía y con un triste desdén. Es un desengañado, herido de un escepticismo risueño que, por no llorarlos, se ríe de los quebrantos sentimentales. Su hastío es mental, plena certidumbre de la farsa amorosa y de la mentira humana. La vida, en todas sus manifestaciones, es para el poeta una gran embustera.

En la lírica de Campoamor predomina el elemento intelectual sobre el emotivo.

Parece como que su corazón calla, y activo, en constante laboreo, el pensamiento á solas vive plenamente.

Así derrama en sus versos el rico caudal de sus ideas, que expresa en un tono tragicómico y con un sabor humorístico singularísimo.

No sólo carece la lírica de Campoamor de la pasión, sino también de la fe amorosa. Burla donosamente el amor, con despiadado descreimiento en su bondad y eficacia. Nada escapa á la ironía del poeta. Cuanto se relaciona con el amor merece su desdeñosa burla. Ningún aspecto espiritual del amor alcanza á recabar sus piedades. Habla de la vanidad de la hermosura, como despreciando la belleza plástica, y á renglón seguido proclama, con sádica crueldad, la vaguedad del placer, al fin liviano y pasajero contentamiento de los sentidos.

Su pesimismo le pone á salvo de todo doloroso sobresalto. En paz el corazón, sin pasionales impulsos, á sangre fría, cavila, interiormente riéndose de ilusiones engañosas y de deseos que hacen infelices á los hombres. Es intelectualmente fuerte.



Hay almas como la mía,  
que no aquejan pesadumbres,  
y pronto, si las aquejan,  
su grave peso sacuden.

Confiesa el vacío de su corazón. ¿Cómo sentir entonces?

Y huyendo del vil rincón  
donde al fin seré arrojado,  
los ojos metí espantado  
dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,  
mis ojos en él no hallaron  
ni un sér de los que me amaron,  
ni un sér de los que yo amé.

Afectivamente ha muerto. Ni ama ni es amado. La edad y los quebrantos espirituales han dejado en ruinas su sér.

Las hijas de las madres que amé tanto  
me besan ya como se besa á un santo.

Mas, intelectualmente, el poeta muéstrase cansado. Su espíritu, como tronco añoso sin verdor alguno, está seco.

Hasta de mí el pensamiento,  
hastiado y arrepentido  
del vivir,  
huye cual remordimiento  
que del crimen cometido  
quiere huir.

Este pesimismo engendra un hastío doloroso. ¿En qué creer? ¿Qué esperar? ¿Á qué vivir? La paz del alma estriba en un *nihil* trágico. Más allá del reposo eterno quizás la fe, del brazo de la esperanza, vaya á buscar el rastro de la dicha que ha huído de la tierra. Ni á la vida, ni al amor, ni al placer



puede pedirseles que devuelvan al alma la alegría. Es cruel y frágil todo amor de mujer.

Si no quieres tu paz ver alterada,  
cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

Creyendo en la brevedad del amor, ¿á qué amar? Toda pasión, aun la más intensa, es fugaz. Aun cuando creamos sinceramente que es eterno el cariño que sentimos, cierto es que estamos equivocados. Nuestro propio corazón nos engaña.

¡Mucho le amaste y te amó!  
¿Recuerdas por quién lo digo?  
Era tu amante y mi amigo.  
¡Amaba, sufrió... y murió!  
Cuando su entierro pasó  
todos te oyeron gemir;  
mas yo, Inés, al presentir  
que lo habías de olvidar,  
sentí, viéndote llorar,  
la tentación de reir.

Según el pensar del poeta, el amor es solamente una ilusión. Roto el encanto de ésta, el amor es ido.

Se casaron los dos, y al otro día  
la esposa, con acento candoroso,  
al despertar le preguntó al esposo:  
—¿Me quieres todavía?

Tan cierta es esta convicción, que en otro lugar insiste en el mismo concepto, generalizándolo con implacable ingenuidad.

Se jura amar una existencia entera,  
y en un día no más se ama y olvida.  
Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida,  
y jamás ha de ser de otra manera.

Cuando ese amor es carnal, acoso de los sentidos, deseo que espolea todo nuestro sér, presto se hastía también. Ilusión ó deseo, el amor igualmente se va con dolorosa presteza.



Cayó; y al mes siguiente  
ya era un frío deber su amor ardiente.

Por cualquier camino que se busque el contento de amar, se hallará siempre la misma dura ley que rige nuestras almas. Como noria de pozo que gira incansable, en un eterno trabajo monótono é isócrono, el corazón recoge ilusiones y las arroja de nuevo, sin que la vida se agote. Sólo que el laboreo fatiga, hastía por completo. Querer y olvidar son hermanos. Y este afán que nos agita acaba por insensibilizar el corazón y llevar al cerebro las ideas más pesimistas. No sólo trae la tristeza de no amar, sino también el dolor de vivir.

No tengáis duda alguna:  
felicidad suprema no hay ninguna.

No es sólo en el amor activo donde las almas hallan el hastío. Por lo menos, cuando en el pecho bostezan ya aburridos los cariños, todavía en el tedio, en las fatigas del cansancio, se encuentra una tranquilidad relativa, una inercia espiritual que, á pesar de ser penosa, consuela. El alma, como el cuerpo, al reparar las fuerzas, tiene alivio para los quebrantamientos sufridos.

Más triste todavía es, no queriendo, ser querido. El hastío entonces es doblemente cruel. Bien lo dice el poeta:

Conque ¿tienes amores  
con una mujer fiel? ¡Horror de horrores!

Una impresión más fuerte de desolación espiritualmente trágica nos da en los versos siguientes:

Sin el amor que encanta,  
la soledad de un ermitaño espanta;  
¡pero es más espantosa todavía  
la soledad de dos en compañía!



La lírica de Campoamor es una negación del amor. Lo escarnece y lo burla en una amarga ironía que al querer llorar sólo acierta á reir.

¡Qué larga distancia desde el acento vibrante de pasión en Espronceda hasta la sonrisa poco misericordiosa que caracteriza las *Doloras* del gran humorista! ¡Cuán honda la crisis psicológica que acusa la evolución en el sentido del amor á lo largo de nuestros cuatro grandes poetas del siglo último!

Es todo un curso que va de la pasión impulsiva, con todas sus exaltaciones y delirios, á la falta de amor, que ni siquiera sabe ya llorar el dolor de tanto hastío.

ANGEL GUERRA



# DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

---

## INTRODUCCIÓN

---

### DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ

Este nombre era hace cien años escasamente conocido fuera de España, y casi ignorado en Alemania. El ciclo de los grandes pintores parecía cerrado, y nadie hubiera creído que allá en el Sudoeste, en los palacios de Madrid y el Buen Retiro, se ocultase un artista que podía reclamar con pleno derecho un puesto principal entre los dioses mayores.

Velázquez erigió con su arte un monumento imperecedero en aquella Monarquía española que por vez postrera tomaba parte activa en las luchas mundiales. Como ningún otro retrató el carácter español, creando á la vez las formas y el estilo peculiares de su nación. Ya durante su vida fué consagrado como el verdadero pintor nacional, juicio que confirmó después la posteridad definitivamente. Como á Rembrandt en Holanda y á Durero en Alemania, le fué desde luego reservado el primer puesto: el puesto que sólo ocupan los que saben fijar el genio íntimo y el mejor espíritu de su nación. Apareció cuando la decadencia del Imperio de dos mundos se había declarado; pero, según Leopoldo Rankes, «los tiempos de Felipe IV, tan tristes por el desgobierno político y los reveses financieros, revelan quizá mejor que los anteriores el carácter español». Y en efecto, el colorido de esta época es, en cierto modo, más

E. M.—*Julio 1906.*



vivo. No parece sino que el genio de sus pintores y dramáticos ardió con llamarada volcánica, que una vez extinguida sólo había de dejar en torno cenizas y pavesas.

Pero lo que en Velázquez subyuga no es sólo el españolismo de sus obras, que entusiasmaba á sus compatriotas, sino los datos que para la historia etnográfica pueden hallar en ellas los extranjeros. En aquel apogeo intelectual de Alemania, cuando en tan buen hora fueron importadas las creaciones del genio español por poetas de grandes horizontes y afinidad de talento (olvidado lo que en el siglo xvii viniera de España), cuando Federico Schlegel otorgaba á Calderón «la corona diamantina del Parnaso poético», ni siquiera sonaba todavía el nombre de Velázquez, contemporáneo del «Sol de las inteligencias».

En primer lugar, por razones circunstanciales había sido difícil conocer sus obras, si bien algunos datos de su biografía andaban incluídos en los *Abregés* de las vidas de pintores, aunque nunca se vulgarizaron; y aun, de haberse difundido, no hubiera hallado Velázquez en aquellos románticos la calurosa acogida que los poetas contemporáneos del mismo. Es verdad que pintó también cuadros religiosos no exentos de cierto sentimiento propio, y hasta logró ostentar, en el apogeo de su carrera, la Cruz de una Orden de Caballería; pero su cultura artística fué debida á un ambiente contrario esencialmente al espíritu medioeval, y aunque en Roma reunió una colección de reproducciones al yeso de los antiguos, su tendencia fué siempre naturalista.

La casualidad hizo que la vulgarización de sus obras, mejor dijéramos su revelación, coincidiese con el decrecimiento de las corrientes que dominaron en el siglo xviii y después de la Revolución. Y así aconteció que el hombre olvidado por tanto tiempo fuese objeto de aclamación por los partidarios de las escuelas modernas y modernísimas, que le festejaron como á su profeta, como «al más pintor de todos los pintores». Pero fuera error suponer que su reputación haya sido hin-



chada por sus fanáticos. Su gloria toda la debe á sus cuadros, sin ayuda de reclamos artificiosos. Prueba de ello es el testimonio de las más contrarias escuelas que primeramente le estudiaron.

El que antes reconoció su gran capacidad y sintió respirar el genio en el adolescente fué Pacheco, encanecido en el estudio de los *cinquecentistas*. Y el primero que con entusiasta asiduidad se tomó el trabajo de reunir los datos de su biografía fué un pintor que pudo alabarse de haber propagado en España el barroquismo de los techos italianos á la manera del Padre Pozzo. Pero aquel de sus compañeros que comprendió el alcance de su arte, caracterizándole á fondo y señalándole su lugar en el mapa general de la pintura moderna, no fué otro que Rafael Mengs.

Rafael Mengs, que en sus escritos analizó y alabó infatigablemente á los cuatro corifeos de la pintura italiana, soñó con un renacimiento del arte por la fusión de aquéllos y el estudio de los griegos, siendo así que sus propias obras no revelan más que uno de los últimos y más pálidos eclécticos. Cuando en el año 1761 clasificaba los cuadros del Real Museo, encontré (no sin cierta emoción, pues al fin era pintor) ante un artista que le era más opuesto que ninguno otro. En lo que el sajón llamaba «estilo natural» halló á Velázquez superior al mismo Ticiano, Rembrandt y G. Gerardo Dow, considerados hasta entonces como portaestandartes de dicho género. Reconoció al creador de un arte de carácter genuinamente personal, debido sólo á su noble talento, sin imitación de modelo alguno, por la exacta observación de la Naturaleza, el mejor maestro de estilo naturalista en su comprensión de la luz y la sombra, del aire entre los objetos (*ambiente*) (1) y de los reflejos luminosos de las superficies. Pintó la verdad, no como es, sino como parece, y por estilo valiente y altanero, con *risoluzione e per così dire, con disprezzo*. Mostró la verdad de las cosas visi-

---

(1) En español en el original.



bles, sin precisarlas ni acabarlas (*sin deciderle*) (1) ni copiarlas mecánicamente.

Así hablaba aquel académico que tenía muy distinto concepto y (en su opinión) más elevado del fin del arte, y que trató de realizarlo con escasas facultades; pero como espíritu de más amplios horizontes (por tal se tenía) fué capaz de comprender la significación de los inferiores en su arte.

Esto que Mengs expresa á su modo era la impresión que Velázquez produjo en sus contemporáneos. Cuando el pintor de Felipe IV expuso en el Panteón de Roma en el año del Jubileo el retrato de su criado Juan Pareja, dijeron los pintores, según refiere un alemán allí presente: «Todo lo demás, antiguo y moderno, es pintura; esto sólo es la verdad». Esta frase tenía en 1650 mucha significación. Expresaba á la vez la intención del maestro. Aun hoy se oye decir algo parecido á los pintores delante del retrato del entonces reinante Inocencio X, legado por este mismo hacía unos veinte años á la «Capital del Arte». De la impresión producida en el autor por esta extraordinaria figura en el año 1867 en la Galería Doria data su inclinación hacia Velázquez, y la primera idea de los viajes y estudios de los cuales procede este libro.

Velázquez pertenece á los maestros que no se pueden comparar con ningún otro. Si quisiéramos encerrar los grandes talentos en una fórmula, caeríamos en un lugar común que no por su énfasis acertaría más á expresar nuestra idea. Según el pintor de Carlos III, era el primero entre los naturalistas. «Si la pintura no fuese sino una segunda creación de la realidad, Velázquez sería sin disputa el pintor más grande.» Vaagen, que en su vejez pudo estudiarle en Madrid, vió en él el realismo de la escuela española en su mayor exclusivismo, pero en su más cumplida manifestación. No pudo menos de añadir: «Si se trata de representar al hombre tal como él es, en la más grande realidad de su concepción, con la mayor fidelidad de for-

---

(1) *Sic.*



mas y colores, con la más extraordinaria pericia de que es capaz un pincel libre y amplio, estoy por decir que le tengo por el más grande pintor que ha existido.» W. Burger ha circunscrito este elogio diciendo: *Le peintre le plus peintre qui fut jamais.*

## REALISMO ESPAÑOL

Pudiera creerse, pues, que Velázquez ocupara en el arte español una situación excepcional que, aun teniendo sin duda sus raíces en su temperamento, se explicase por las circunstancias de su vida y por la importación de una doctrina estética del extranjero. Se considera á España como el país por excelencia del romanticismo, pues siete siglos de lucha por la fe habían impreso en ella un *character indelebilis* de devoción y de caballeridad. Este juicio parece estar justificado por el predominio despótico de su pintura sagrada sobre la profana, predominio caracterizado por el riguroso catolicismo de sus artistas.

Y, sin embargo, ¿cómo podría hombrearse España en pintura religiosa con Italia? ¿Dónde están sus Giotto, sus Fiesole, sus Bellini, sus Perugino? En vano se buscaría un monumento que pueda colocarse al lado de la *Madonna Sixtina*, de la *Disputa* ó de la *Adoración del Cordero* de Gante. Como tampoco hallamos en España un Dante ni un Milton. Posee á Murillo, primero y único, cuyo contenido ideal es comparable á lo que en época anterior constituía el hechizo de Guido, Carlo Dolce y Sassoferrato. Lo que le hace superior á éstos es la feliz introducción de luces, colores y figuras patrias en los asuntos religiosos, impresos de un carácter apacible, amable y dulcemente impulsivo. Lo que en la pintura religiosa de esa nación cautiva, si la observamos atentamente, es, antes que la riqueza técnica, la finura del sentimiento ó la profundidad del símbolo; un carácter de seria y sencilla honradez en el mismo ensueño místico. Las historias de santos no eran sólo un pre-



texto para deslizar episodios encantadores; no tenían reparo en trasladar á su mundo español todo aquel otro mundo con la ingenuidad de la Edad Media. De aquí el carácter á menudo extravagante de esta pintura sagrada, la cual, sin embargo, nos avasalla por su ingenua y vigorosa originalidad, aun en cuadros repulsivos por su sombrío fanatismo; originalidad que ha llevado á algunos á un excesivo aprecio de su valor artístico.

Como en Flandes y en Toscana en el siglo xv, encontramos en las provincias españolas pintores de retablo de cándido realismo aprisionado en los estrechos límites del arte gótico. El italianismo invasor condujo á rápido acabamiento los comienzos de esta pintura popular. Pronto surgió la reacción contra este estilo, pero ya con arte mucho más poderoso. El realismo influyó en el sentido de liberar lo más característico, conduciendo al talento á la fuente de la verdad, ó sea á la naturaleza inmediata. Mas precisamente estos genuinos y vigorosos maestros españoles, que con una sola excepción no habían pasado la frontera, dieron después la vuelta al mundo en la llamada escuela española. Pertenecen al cuadro general de la época de Felipe IV. De todos ellos Velázquez es el más consecuente con el principio, el que posee vista más perspicaz y técnica más poderosa.

España era, desde hacía más de cien años, un Estado en el moderno sentido de la palabra, pero cuya máquina soportaba todo género de restos de la Edad Media. El choque de una inteligencia sobria, antipoética, educada en el clasicismo con aquel mundo de la leyenda, produjo un libro que alguien ha llamado su único libro bueno, sin duda el más maravilloso y regocijado de la poesía española, y tal vez de toda la poesía moderna: los alegres funerales del romanticismo. No había entonces antecámara donde no se hallase un ejemplar del *Quijote*. Este libro cayó como novedad en manos de algunos pintores que más tarde constituyeron lo que se llamó Escuela de Sevilla. Miguel de Cervantes, como Leonardo de Vinci, lla-



maba á la experiencia la madre de la ciencia, y consideraba la Historia como sagrada, «porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad» (1). Su amplio espíritu poseía una buena dosis de ese racionalismo vulgar que Augusto Schlegel denominó «el repliegue prosaico de su alma poética». Tal repliegue falta raras veces en las producciones españolas. Al lado del pardo rocín del romanticismo trota el asno del sentido práctico popular. Su epopeya era en el siglo xvii el diario de una campaña de Indias que quería ser «el verídico relato de un testigo tomado de la verdad y cortado por su medida» (2).

Como *enfant terrible* se levanta en la cuna de su teatro aquella novela dialogada, *La Celestina*, leída y reproducida más que otra alguna. *El gran tacaño*, de Quevedo, y la literatura picaresca, que en la pintura prolija de los detalles vulgares no ha sido aventajada, pueden considerarse como predecesores de la moderna novela realista, de dudoso porvenir. Mientras el *grand siècle* de los franceses rehabilitaba en todo su rigor las reglas del drama antiguo, Lope iniciaba el Siglo de Oro con una capitulación del gusto clásico, introducido también en España, ante el realismo español, en la comedia bárbara que, como él cínicamente decía, buscaba «el aplauso del vulgo» copiando las acciones de los hombres y las costumbres del siglo (3). Aquellos dramáticos explotaron en infatigable variedad la antigua preocupación del honor, el amor y la lealtad en atrevidos enredos y deslumbrante lenguaje; pero Calderón, el poeta del siglo y de la corte, que el citado libro estudia (4), «poeta si los hubo», además del espíritu de su tiempo, que en muchos puntos dominaba, contiene un cuadro de sus costumbres é indumentaria, de escenas en callejas, iglesias,

(1) *Don Quixote*, I, 21; II, 3.

(2) Ercilla llama á su poema *relación sin corromper, sacada de la verdad y cortada á su medida*.—*La Araucana*, I, 3.

(3) V. Schack: *Historia del arte dramático*, II, 215.

(4) Se refiere á la obra de Schack citada en la nota anterior.—N. T.



parques, palacios y posadas, cual apenas podría contenerse en las crónicas ó memorias más minuciosas y exactas (1).

El poeta de *La vida es sueño* y de *La devoción de la cruz* no sólo era un gran conocedor de la escena, sino del mundo y de los hombres, poseyendo un sano conocimiento de la humanidad, que puede servir de enseñanza á más ilustradas épocas. El defensor de «la nobleza de la pintura» afirmaba asimismo que el pintor no es sino imitador de la gran Naturaleza.

¿De dónde adquirieron los españoles este carácter?

Pudiera creerse que lo tomaron de sus dominadores por el trueque de cualidades que á veces lleva consigo la guerra, aceptando su sentido de la realidad así como el menosprecio del trabajo. Los árabes, dice Dozy, tienen poca fantasía y ninguna inventiva, y en cambio cierta inclinación á lo real y positivo. Los poetas árabes describen lo que ven y lo que sienten, pero no inventan (2). Así llamaba Cervantes á los libros de caballería *libros mentirosos* (3). Si los árabes hubieran podido tener pintores, habrían hecho probablemente fieles retratos, cuadros de caza, fiestas y costumbres, como los que vemos en la Sala de la Justicia de la Alhambra, que, si no estoy equivocado, son de origen español.

Así, puede decirse que el genio de esta nación se había creado una retina, órgano incomparable para la apreciación de las cosas visibles que ningún otro pueblo ha poseído en tal grado, y que reflejaba los objetos como por encanto con tal fuerza y exactitud, sencillez y concentración, ante las cuales el más hábil rompería sus pinceles. ¿Cuál era el arte de Velázquez? Venid y vedlo. ¿Cómo encerrar su complejidad en una frase? ¿A qué emplear conceptos retumbantes, pero huecos? La lengua es insuficiente, porque carece de estos mati-

(1) Adolfo de Castro: Discurso ac. de las costumbres de los Españoles en el siglo xvii, fundado en las comedias de Calderón. Madrid, 1881.—Julio Monreal: *Cuadros viejos*. Madrid, 1878.

(2) *Histoire des Musulmans d'Espagne*, I, 13.

(3) En castellano en el original.—N. T.



ces. Si se imaginara la más perfecta descripción de una obra maestra y se le exigiese á un poderoso artista que la condensara en una imagen, no obtendríamos sino una pálida fórmula, y habría que reconocer, sin embargo, que había salido airoso de su empeño.

Es verdad que Velázquez no estaba pródigamente dotado con el dón divino de la fantasía, y que pocos han sido tan sobrios en su empleo. Ninguno buscó menos la ocasión de crear bellezas ni de expresar ideas. Nadie como él se habría resignado á consagrar su vivificante pincel á las órdenes de hombres de problemático valor. Excede en prosa y sobriedad aun á sus mismos afines de tendencia naturalista. A la fría seriedad del observador naturalista parece unir cierta dosis de sequedad propia del cortesano.

Pero creyérase que se propuso demostrar que prosa y poesía, imaginación y realidad pueden rivalizar unidas cuando se toma el arte en serio. Nada cuadra mejor á su sentido del arte que la vieja frase de Durero: «El secreto del arte está encerrado en la Naturaleza, que lo entrega al que sabe arrancárselo». Alguien le ha llamado el secretario particular de la Naturaleza (1). Existe un grado de realismo que reconquista de repente toda la belleza, habiendo renunciado á ella previamente. Este grado le caracteriza un inglés con las siguientes palabras:

«Sus obras principales, como las inmortales creaciones sespirianas, están llenas de tan vívido é intenso realismo, que mientras exista el mundo y puedan ser admiradas producirán sobre el espectador el mismo prodigioso efecto con que influyeron en el primer momento de su creación. Los cuadros de Velázquez tienen de común con la fotografía el que se apoderan del espíritu con tal poder de realidad que ilusionan casi como el recuerdo de las cosas vistas (2).

(1) Ch. Blanc: *Velázquez, le secrétaire de la nature*.

(2) His principal works... like the immortal creations of Shakespeare,



Asimismo puede decirse que cuanto menos ponía en las cosas más descubría en ellas. Bajo la impresión que le produjo la galería española del Louvre (que tan corta duración alcanzó) escribe un alemán:

«Si le faltaron alas para volar á las regiones etéreas y representar las sensaciones celestiales, fué quizá el más grande de todos los que tocaron con el pie en la tierra. Sus cuadros llegaron á lo sublime en expresión y carácter, y recibieron á veces un alto colorido poético allí donde su autor no buscaba sino la verdad y la fidelidad de la Naturaleza. Comunicaba á los más sencillos retratos más poesía y brío que muchos pintores de historia á sus composiciones simbólicas (1).

El prisma al través del cual vió la Naturaleza ¿absorbía (para servirnos de una imagen física) menos elementos de color que el de otros pintores? ¿Podemos valernos de sus cuadros para juzgar el grado de tara tradicional ó de factores subjetivos y arbitrarios en los demás? En efecto: si nos dejamos arrastrar á su círculo mágico, nos parecerá el colorido del mismo Ticiano algo convencional, el de Rembrandt barroco-fantástico y el de Rubens con buena dosis de amanerado estilo ampuloso. La reputación de sus detalles anatómicos, que asombrarían á un *sportman* ó á un zapatero, haría reír á un artista; mas sus figuras tienen el encanto de la vida en los reflejos de la piel, en la irradiación de la voluntad, en su aparente respiración y en la profundidad del carácter.

Cúpoles á otros tratar asuntos más importantes, elevados y gratos; muchos dispusieron de más abundante poder creador

---

are replete with such intense and vivid realism that, as long as the world endures, and they remain in evidence, they will probably commend themselves to the observer in as complete earnest as at the first moment of their production. The pictures of Velázquez have this in common with photographs, that they impress the mind with such a powerful sense of actuality, as almost to suggest to the beholder, in their afterremembrance, the having assisted at the visible passages of human action sepresented. J. C. Robinson: *Memoranda on fifty pictures*, London, 1868, S. 43.

(1) E. C. (Koloff): *Im Kunstblatt*, 1839, S. 157.



ó tuvieron más encantadoras tonalidades y armonías. ¿Cómo es que el español, con sus asuntos indiferentes y á veces repugnantes, con su sobria concepción y con medios sencillos que sólo hablan á los sentidos se afirma al lado de aquéllos y los obscurece? Tal es el poder de la verdad. Con harta frecuencia, el hechizo que ejercen los espíritus que dominan una época consiste, antes en la asombrosa tramoya de que revisten cualquier asunto, que en la energía intelectual que le comunican y que es obra de un arte latente; y al cabo, por mucho que nos sugestione su arte, cada obra aislada nos interesa á medias y muchas juntas nos cansan. Velázquez, por el contrario, es nuevo en cada una de las suyas, por uno ú otro estilo. Cuando puede elegir asunto (y pocos estuvieron más ligados) se propone casi siempre un problema pictórico y lo resuelve de manera *sui generis*, inesperada. Pero por mucho que nos admire esta novedad, todavía hay que advertir que cualquiera de estas innovaciones hubiera consumido la vida de un hombre. En ninguna de sus obras se encuentra relación ó subordinación á las anteriores: todas han resultado insuperables.

Y como la fuente de sus procedimientos y medios fué siempre el asunto mismo, nunca cayó en amaneramiento; variado, como los asuntos que trató, nunca le falta interés ni se le encuentra fatigado. Esto es lo que Palomino, en la consagración de sus obras, llama su originalidad, la cual estriba menos en el subjetivismo avasallador que imprime un sello á todas sus producciones, que en el interés que sabe dar á escenas triviales é insignificantes.

Se ha tratado de hallar con frecuencia el secreto de los efectos artísticos en el conocimiento de ciertos preceptos de la técnica ó de los recursos habilidosos, sobre todo respecto de artistas originales y de poderoso relieve y personalidad. Velázquez se impuso á la multitud de obreros del pincel por esta apariencia exterior como el practicón ingenioso que sabe decir mucho con pocos elementos; pero lo realmente extraordinario es su modo de *ver* aquellas apariencias. El genio, como la



Naturaleza, nunca carece de medios para expresar lo que ve y lo que quiere. Los medios varían según los fines, y hasta pueden ser, inspirados por las circunstancias de momento, sencillísimos, como, por ejemplo, los efectos inimitables que Rembrandt obtuvo en sus grabados. Es muy problemática verdad que «el poder intelectual del artista se halle íntimamente ligado á los medios técnicos de que dispone». Un paso más, y se pedirá que la materia nos dé la forma, con lo cual habremos invertido las nociones del Arte.

\*  
\* \*

A Velázquez, ó á sus admiradores, les cabe la rara fortuna de que la mayor parte de las obras de aquél han permanecido en el lugar de su creación. No han sufrido más que la traslación de los palacios al Museo. Merced á su color inalterable, al aire seco de Madrid y á no haber estado sometidos á las órdenes de los directores de Museos á la antigua moda, se hallan casi todos en el mejor estado de conservación posible. Así, pues, podemos estudiar en ellos el proceso de una carrera artística de cuarenta años en todo su desarrollo, en el lugar donde sirve de comentario á sus obras el paisaje y los hombres, más típicos y constantes en el Mediodía que entre nosotros. Porque sólo la vida puede sacudir el polvo y el entumecimiento con que los siglos cubren las obras de arte. Si la primer cualidad de las obras imitativas es la verdad, porque el goce artístico es en gran parte re-conocimiento, es necesario conocer lo que el artista tuvo ante sus ojos. En efecto, ya no se encuentran los *Dones* (1) con los *golillas* y las damas en los *vertugadines* (2) á las orillas del Manzanares, pero la raza y el terruño han cambiado poco. A veces oímos calificar de poco reales los asuntos de los cuadros porque no se ha visto el trozo de vida que les ha servido de modelo, atribuyendo así al artista

---

(1) En español.

(2) Idem.



lo que es culpa del asunto; se sigue el encadenamiento de los motivos como si fueran arcanas de una tradición de castas, á pesar de que eran visibles á todo el mundo; y se juzga rígido, rudo, afectado ó ideal lo que en realidad tiene su explicación en la vida y en la Naturaleza. El lenguaje mímico, innato en los meridionales, nos parece á los del Norte pantomímico. Pero si se hace revivir la época y sus circunstancias exteriores en cuanto á personas y cosas según el documento sacado de crónicas y archivos, se encontraría á menudo en los libros notas y versos de aquel tiempo, descripciones que parecen de cuadros de Velázquez. Así reconocemos en los valles solitarios de Castilla aquellos paisajes cuya tonalidad de claro ambiente, saturado de azul y siena con irisaciones de nubes argentinas, y el verde pálido de las hojas que sirven de fondo á sus arrebatadores cuadros de jinetes. También veríamos en las callejas angostas de las ciudades castellanas labradores ó mendigos escapados de los marcos de Velázquez. El mismo Museo forma parte de este comentario: hállanse en él obras de contemporáneos y amigos suyos, los parques por donde paseaba, los maestros italianos cuyas obras admiraba y estudiaba, y de las cuales algunas trajo consigo.

Desgraciadamente, esta comunidad tiene también sus peligros: tales son su posible destrucción en un momento á consecuencia de frecuentes siniestros, como el de 1734, ó los accidentes propios del país de la imprevisión y de los *pronunciamientos* (1). Un periódico de Madrid tuvo una vez la ocurrencia de asustar á sus lectores é indicar este peligro, dando la noticia de un supuesto incendio del Museo del Prado, ocurrido durante la noche (2); y el que esto escribe puede decir que este palacio está realmente muy expuesto.

Pocos cuadros importantes han sido destruídos por incendios de palacios ó iglesias; pero muchos emigraron al extran-

---

(1) En español.

(2) Se refiere al famoso artículo de Mariano de Cavia.—(N. del T.)



jero con motivo de las tormentas napoleónicas; casi todos son propiedad de particulares. Para tener una idea completa de sus creaciones, hay que conocer esta segunda parte, diseminada, de su legado. No fué casualidad que el naufragio arrojase la mayor parte de dichas obras á Inglaterra, pues ya en el siglo XVIII existía allí el gusto por los españoles, y pintores como Wilkie y Burnet han descubierto en ellos cierto parentesco con los retratistas británicos.

El autor no quiere dejar pasar esta ocasión de rendir público testimonio de gratitud á los propietarios ingleses de estas obras, los cuales le proporcionaron ocasión de ver repetidas veces, y á sus anchas, sus colecciones; atención á que ellos no daban importancia, pero cuyo recuerdo dejó en mí una impresión inolvidable, ya que sin ella no hubiera podido escribir este libro. He tenido la fortuna, asimismo, de comenzar mi trabajo antes de ocurrir la dispersión del tesoro que entonces se consideraba aún como un fideicomiso nacional.

Aunque el Museo de Madrid será siempre único como poseedor de los cinco grandes cuadros de historia, faltan en él, sin embargo, algunos lienzos notables, y hasta géneros enteros de su producción. Así, por ejemplo, las escenas populares y de cocina de su juventud, y los retratos del alto clero y, salvo una excepción, los retratos de damas que no son de la familia real, como también su única Venus. La Galería Imperial de Viena supera al Museo de Madrid en cuadros de mujeres y niños, en los que se encuentra todo el encanto de una tierna juventud espléndidamente ataviada. Finalmente, en Inglaterra se hallan las escenas de caza, corridas de caballos y un boceto original auténtico. Toda esta riqueza exhibióse por primera vez en la Exposición de Manchester (1857).

### BIBLIOGRAFÍA

En los diálogos del italiano Vicente Carducho (1633), no muy afecto á Velázquez, aparece el nombre de éste por prime-



ra vez al tratar de los cuadros de los palacios reales (1). Las primeras noticias fidedignas de su juventud las encontramos en el *Arte de la Pintura*, de su suegro Pacheco (1648). La relación de su viaje á Italia con que termina, está, indudablemente, tomada de sus comunicaciones epistolares (2). Pacheco no pudo conocer, á causa de su viaje á Sevilla, la posterior manera del pintor: para él tenía estrecho parentesco con Ribera; entonces se le llamaba el nuevo Caravaggio. Sesenta y cuatro años después de su muerte publicó en el *Museo Pictórico* (1724) una extensa biografía el pintor Antonio Palomino Velasco. Este Vasari español había ya trabajado en Madrid en 1678; en 1688 era pintor de cámara, encontrando en palacio todo conforme lo había dejado Velázquez; aprovechó los archivos y notas de artistas que, como Juan de Alfaro (3), habían tenido con el maestro estrecha amistad. De este modo pudo beber en fuentes originales, por lo que se limita á algunos suplementos y rectificaciones de detalle adicionados por biógrafos posteriores. Del *Museo* emana todo conocimiento de Velázquez y de la pintura española en general hasta el siglo XVIII. Sus *Vidas* fueron traducidas en 1739 al inglés, en 1749 al francés y en 1781 al alemán (Dresde); el artículo de d'Argenvilles (1745) sólo es un extracto. Antonio Ponz, en su *Viaje artístico* (Madrid, 1772), trae algunas descripciones de cuadros. Cean Bermúdez aprovechó para su *Diccionario* (1800) notas de contemporáneos, como las insignificantes de los pintores Juan Rizi y Lázaro Díaz del Valle, cuyo manuscrito aún se conserva. Los *Discursos* de un querido compañero de arte, recién publicados

(1) V. Carducho: *Diálogos de la Pintura*. Madrid, 1633. Segunda edición, pág. 350.

(2) F. Pacheco: *El arte de la pintura*. Madrid, 1648, N., A. I, 134, II, 15.

(3) Palomino: *Museo Pictórico*, t. III. Madrid, 1724, pág. 400. «Dexó Alfaro en su expolio varios libros y papeles muy cortesanos; entre ellos algunos apuntamientos de Velázquez, su maestro... que nos han sido de mucha utilidad para este tratado, 353, á quien se debe lo más principal de esta historia.»



por Valentín Carderera (1866), contienen algunas cosas notables. Velázquez no fué conocido en todo el mundo antes del siglo XIX, á consecuencia de dos acontecimientos: uno, la feliz inspiración de la segunda mujer de Fernando VII, María Isabel de Braganza, de reunir en una sola galería los cuadros que estaban en los palacios de Madrid y San Ildefonso; fueron expuestos al público (1819) en el palacio del Prado, construído bajo su antepasado Carlos III, por Villanueva, para Museo de Historia Natural. El otro acontecimiento fué la dispersión de los cuadros españoles por Francia é Inglaterra desde las guerras de aquella época.

Sólo desde entonces se fijó la atención en las obras que antes existían en el extranjero. Algunos cuadros estaban ocultos en Francia é Italia, en los castillos del Palacio Imperial de Austria, en las Galerías de Dresde, etc., etc., ó circulaban bajo falsas denominaciones, atribuídos, especialmente algunos, á Rubens; sólo el retrato del Palacio Doria Pamfili conservó siempre su verdadero nombre, escrito en la carta que Su Santidad tiene en la mano. Desde entonces la figura de Velázquez va poco á poco caracterizándose. Ya se hablaba mucho de su personalidad en los círculos artísticos de París y Londres, entre artistas, aficionados y coleccionistas de documentos históricos. El pasado apenas ofrece una personalidad que haya apasionado tanto como Velázquez. Su influjo se dejó pronto sentir en una serie de pintores más ó menos notables, principalmente en Francia, aunque no siempre con felices resultados. Los ingleses son los que mejor le han entendido. El pintor Richard Cumberland nos da una impresión de los retratos ecuestres en el nuevo palacio de Borbón. La primer biografía digna de ser leída se debe á sir Willians Stirling Maxwell, aristócrata escocés (1818-1878). Se publicó en sus *Anales de artistas españoles* (Londres, 1848, pág. 576-688), y después la amplificó su autor en forma de libro. Stirling era un escritor aristócrata, no sólo en no querer que sus obras saliesen al comercio, sino también en que el lector se siente al leerle co-



mo en un círculo de buena sociedad. En efecto: habla al gusto refinado de su público; escribe para los *boudoirs*, si bien contiene citas dignas de todo un sabio. En poco espacio reúne datos raros, siempre interesantes, y curiosidades como sólo pudiera hacerlo un bibliófilo; es una *olla podrida*, dice Ford, *stuffed with savouries*, en la cual no se ha olvidado el ajo nacional. Sin embargo, sir William, más historiador, heráldico y literato que inteligente, era sin embargo diestro dibujante. Se detiene más en las descripciones gráficas de los grandes acontecimientos políticos y fiestas que en los caracteres y métodos pictóricos, los cuales echaba de menos entre tanta prolijidad de datos Próspero Merimée (1). Estos anales, redactados por su autor cuando era muy joven, son sólo una elegante perífrasis de Palomino y Bermúdez con salsa inglesa. No otra cosa en el fondo de lo que el estudioso Fiorillo compiló en Gotinga (1806), si bien vivificados por las luces y colores de sus impresiones de viaje y por las perspectivas y anécdotas históricas que le fueron confiadas.

La biografía de Stirling fué traducida también al alemán (1856) y al francés (1805) con un catálogo razonado de W. Burger, sustituido desde 1888 por un trabajo original de Paul Lefort. Más abundante en finas y penetrantes observaciones nuevas fué el ensayo publicado en la *Revue des Deux Mondes* (1894) por Emile Michel. Si Stirling sacó sus materiales más bien de los libros, en cambio los *Aperçus*, de W. Burger (Theodore Thoré), proceden en su totalidad del contacto con los originales y son á manera de *causerie* tomada al vuelo en salones y museos. Este perspicaz crítico de pintores antiguos y modernos fué en su tiempo un propagandista del método y del estudio de los maestros; y hasta tomó parte en las guerras de escuela de entonces, lo que le da á menudo cierta dosis de

---

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1848, XXIV, pág. 639. Richard Ford, el autor del admirable *Murray para España* (prim. ed., 1845), era más inteligente. De él proviene el artículo en la *Penny Cyclopaedia*.



sal ática. Era uno de aquellos pintores de nacimiento que en vez del pincel tomó la pluma. Sus notas, simpáticas por el subjetivismo de la impresión, dejan cierto anhelo de ver los cuadros á que se refieren y de los cuales despiertan precisas intuiciones. A pesar de su apasionada parcialidad, contiene gran copia de enseñanzas, á menudo más exactas que muchos libros de sabios, porque el observador expresa verdaderas sensaciones, mientras que la fiebre del apologista las falsifica fácilmente.

Desde la sexta década del siglo XIX hicieron también los españoles trabajos preparatorios para una historia completa sacada de lo que en los archivos se iba descubriendo del ya celebrado como su primer pintor. Sin embargo, casi todo lo que se hallaba eran documentos sobre oficios de corte, pagas y órdenes de la Intendencia de Palacio sobre ciertas miserias (1).

Hasta hoy apenas si ha sido hallada una carta del maestro; y sin embargo, tenemos noticia de su correspondencia con Rubens y con el pintor murciano D. Nicolás de Villacis (2). Un interesante descubrimiento hallamos en su recién publicada Memoria sobre los cuadros del Escorial; hablaremos de ella como de una mixtificación.

Contienen asimismo los tesoros manuscritos de bibliotecas y de archivos, muchas otras noticias, además del inventario de sus cuadros, y una ojeada sobre su gestión como administrador y ordenador de la Galería Real. También la correspondencia oficial, especialmente de los archivos italianos, suministra explicaciones y luces preciosas sobre el estado de España y de su capital, así como sobre las personas que figuran en la vida de Velázquez. Carecería de orientación la biografía

---

(1) *Documentos inéditos para la historia de España*, tomo LV, 1870, páginas 398 y siguientes.

(2) Vale la pena de consultar el libro del abogado sevillano José María Asensio sobre el suegro de Velázquez: *Pacheco y sus obras*, Sevilla, 1876, que contiene también la copia de la partida de bautismo.



de Velázquez, espejo de su tiempo, si la estudiásemos en esta especie de fragmento de un manuscrito perdido. Su orientación no debe buscarse sólo en obras históricas que nos darían materiales para una vulgar introducción de cultura artística, sino en los diarios, correspondencia y comedias de aquel tiempo.

Gregorio Cruzada Villaamil (1832-1885), editor de la revista *El Arte de España* (1862-1870), concebida espléndidamente, pero que tuvo prematuro fin por falta de apoyo, autor de un libro sobre *Rubens, como diplomático español* (Madrid, 1876), publicó también una segunda edición de los libros de Carducho y Pacheco, indispensables para el estudio de la pintura española de su tiempo, estudio casi inaccesible; así como las actas del archivo de Uclés sobre las pruebas de nobleza de Velázquez (1874). Últimamente este activo político había empezado á imprimir los *Anales* documentados de Velázquez, cuando una repentina muerte le arrebató á sus amigos. Dichos *Anales* nunca gozaron de la publicidad. Finalmente, también los norteamericanos han estudiado á Velázquez en el *Catálogo descriptivo é histórico*, único en su género, de Charles B. Curtis, de New-York (1).

\*  
\* \*

Muchos se lamentan de lo poco viva y perceptible que aparece en estos libros la personalidad del maestro, como si sus autores no hubieran sabido darla relieve. No poseemos carta ni diario alguno ni de él ni de sus amigos, pues las que escribió desde Roma y Nápoles á Madrid y desde Madrid á Sevilla se han perdido, ó por la ignorancia de sus poseedores ó por la falta de ambiente literario. Los españoles raras veces redactaban memorias, bien por su reserva ó por su comodidad. Los áridos cronistas de aquellos días tenían cosas más importan-

---

(1) *Velázquez and Murillo. A descriptive and historical catalogue of* Ch. B. Curtis. London, 1883.



tes que contar, por no decir más fútiles. A veces, Velázquez fué cantado por los poetas en versos que, si no carecían de enjundia, sólo trataron de las virtudes de su pincel. Es verdad que la vida de un artista se encierra en sus obras; pero las de Velázquez no son las más adecuadas para zurcir una novela biográfica. Sin embargo, todo podía ser que á un escritorzuelo romántico se le antojase escogerle como víctima propiciatoria.

Sin necesidad de ser adivino, puede, no obstante, inducirse de su obra de artista su carácter de hombre. De éste nace el sentimiento de la verdad que infunde á sus creaciones un tan singular valor. Honradez y orgullo son los dos rasgos principales de su carácter. Por ellos brilla entre sus contemporáneos. «Floreció en el siglo de oro la llaneza; en este de hierro, la malicia» (1). Nada sabemos que nos pueda hacer sospechar en él envidia, venganza ó soberbia; y aun su ambición sólo se muestra en querer llegar en su arte donde ninguno hubiera llegado, y con tanta perfección como el primero. Dado el favor que logró y el oído que siempre le prestó el monarca, pudo haber colaborado en muchas empresas de indudable atractivo para un artista de su rango; colaboración que no sólo renunció, sino que proporcionó á otros. Hasta parece que se pagaba poco de ser hombre influyente. Era en él hábito natural prestar ayuda á todo artista nacional ó extranjero. Son célebres sus ingeniosas agudezas en la conversación; pero bajo sus *bonmots* no se encuentra mordacidad alguna (que de existir se nos hubiera transmitido preferentemente). Mientras que á otros artistas les mortifica la predilección de los Mecenas y compradores de cuadros por las glorias del pasado, Velázquez invirtió mucho tiempo y trabajo en adecuadas instalaciones de cuadros antiguos, y hasta se ofrecía como mediador en sus adquisiciones. Su orgullo no le permitía ser vanidoso; no en balde llevaba un apellido nobilísimo. A Rubens le gustaba su modestia. Tal

(1) Baltasar Gracián: Oráculo 219.



vez reconociera con gusto su genio, de más amplio vuelo que el de los demás, porque lo comprendía, si bien sabía muy exactamente hasta dónde llegaba su superioridad. Así dijo una vez al rey «que no había encontrado á nadie que supiera pintar un retrato». Pero su claro y desapasionado juicio y su amor propio le pusieron al abrigo de la tentación de traspasar los límites de su talento. No hay que olvidar que tenía una buena dosis de flema española. En este punto, el testimonio de personajes que le trataron es contradictorio. Tan pronto deploran su notoria flema como alaban su diligencia en el desempeño de los encargos que recibía; pero aquel reproche se le dirigieron por su tardanza en volver de Roma; y la segunda se refiere á la comparación de su temperamento con la calma pedantesca de los flamencos.

El haber estado durante toda una generación tan cerca del favor real sin haberse enriquecido, antes al contrario, habiendo pasado por duros trances (por ejemplo, en 1636), le honra más que todos los títulos y órdenes. Su única flaqueza consiste en el excesivo aprecio de tales vanidades. Por desgracia, tal achaque perjudicó algunos de sus éxitos como artista. Los negocios, molestias, intrigas, apuros pecuniarios inseparables de ciertos empleos, fueron soportados por Velázquez con secreto y paciencia como servidor de su rey. No tuvo nunca un enemigo duradero.

Nacido y crecido bajo el cielo de Andalucía, en la más voluptuosa ciudad de España, conservó su *limpieza*, según el testimonio de Pacheco. Por entonces le confió éste la dicha de su última hija, prematuro matrimonio que no perjudicó su fogosa carrera, sino por el contrario, le hizo sortear muchos escollos. Permaneció fiel á sí mismo aun en el centro de aquella corrompida sociedad. El hogar fué para él, sin duda, fuente de serena y constante felicidad. Era ajeno por completo á esas vanidades desapreciables que consisten en querer imitar las necedades é indignidades de la aristocracia, que también allí estaban de moda.



En su pintura no hay huella de la sensualidad afeminada con que otros, halagando la baja naturaleza humana, se hacían accesibles á la plebe del arte. Era, según el testimonio de sus contemporáneos, no sólo un hidalgo español como debía serlo, sino un honrado ciudadano y un hombre de costumbres intachables.

En este punto nos recuerda á Alberto Durero (de cuya atormentada y minuciosa aplicación y pesado gusto estaba tan lejos su resuelto y elegante estilo), así como le faltaba su predilección por la teoría y su inventiva inagotable. Pero su pureza y modestia de *ánima cándida*, su severa veracidad rayana en la indiscreción, su visión aguda y penetrante de la naturaleza, la precisión en el encadenamiento de las cosas unas con otras, la religiosidad sin pompa ni misticismo, son rasgos comunes que no hacen pecar de atrevido el paralelo de estas dos personalidades.

\*  
\* \*

La historia verdadera é íntima de un artista debe hallarse, como ya hemos dicho, en sus obras.

La determinación de los cuadros de Velázquez sería fácil empresa, á no existir de él más que lo que encontraron sus primeros biógrafos y perígetas en los palacios reales y en algunos de aristócratas. Pero una rápida ojeada por el catálogo de Curtis nos pone de manifiesto el número casi desesperante de los cuadros dispersos. Una experta mirada dejará luego á un lado muchas cosas; pero en esta diáspora se encuentran lienzos de primer orden.

El autor ha tratado de ver todo lo que puede verse; y depurando cada vez más el examen de las obras más importantes, ha podido llegar á formarse un criterio definitivo, creando así una base crítica sobre la cual otros puedan continuar el edificio.

Su libro, y la traducción inglesa de A. H. Keane (1885), han provocado varias publicaciones. Para estas obras de



R. A. M. Stevenson, sir Walter Armstrong y, especialmente, la magistral del pintor español Aureliano de Beruete (1898), publicada con todo lujo en lengua francesa, están redactadas desde otros puntos de vista, y no es este el momento oportuno para hacer su crítica. El Sr. Beruete ha adquirido, durante sus largos años de contacto con los cuadros de Madrid, verdadera familiaridad con el maestro, y su voto merece ser oído más que el de muchos otros que en tal campo han merodeado. Él mismo se reconoce el mérito de haber hecho la crítica antes que ninguno otro (?!) de los cuadros atribuidos deficientemente analizados antes, asegurando la autenticidad de ochenta y tres. La obra, ricamente ilustrada, lleva un prefacio de Mr. León Bonnats, el eminente retratista de Thiers y Grevy, en el cual preconiza el libro de su amigo como «lo definitivo sobre Velázquez».

Con motivo de la primera edición de mi obra, se iniciaron varias polémicas con respecto á la autenticidad de cuadros notables, especialmente de propiedad privada. Las afirmaciones que hago en esta segunda sobre obras discutidas antes de publicarse, no convencerán á todos. Respecto de algunas hemos razonado é indicado los motivos de nuestras convicciones; pero respecto de otras, en ciertos casos, no hemos creído necesario más que algunas observaciones generales. No es posible dar ninguna fórmula ni piedra de toque para apreciar la autenticidad, ni aun las mismas obras maestras indiscutibles pueden servirnos de punto de partida. Únicamente la medianía encerrada en sus limitadas facultades es siempre indefectiblemente igual á sí misma. «Sólo la vulgaridad deja de ofrecer dudas.» A un artista de la categoría de Velázquez, que tan frecuentemente se transforma y renueva y mantiene su *yo* en constante influjo mutuo con el *no-yo*, no puede obligársele á que permanezca siempre á un mismo nivel, dada la variedad de los asuntos y del ambiente circunstancial.

¿Es mayor desgracia para un joyero comprar una perla falsa como legítima, ó vender como falsa una auténtica? El per-



juicio puede ser el mismo, pero molesta más lo segundo. La primera impresión puede engañar al más perito; pero es más doloroso desprenderse por falso de un cuadro cuya posesión hemos disfrutado mucho tiempo. A veces parece prudente un poco de escepticismo, aun tratándose de opiniones propias, especialmente en donde influye el sentimiento y la fantasía, y donde no existen pruebas concluyentes. Baltasar Gracián incluye la fe ciega en las propias convicciones entre las necesidades humanas. *Todo necio es persuadido y todo persuadido necio* (núm. 185). Es una de sus paradojas que hoy debemos tener en cuenta.

Los grandes períodos de desarrollo de su estilo se dejan apreciar fácilmente. Pero querer fechar con precisión cada uno de sus cuadros nos llevaría á error. ¡Cuán raras veces vienen á ser confirmadas las hipótesis por documentos posteriores! Una serie de ideas en constante circulación por el cerebro, acaban por ordenarse con cierto encadenamiento; es asombroso cómo el crítico llega á adquirir ciertas seguridades, cual si hubiera visto trabajar al maestro ante el caballete. Ha sucedido que tres biógrafos contemporáneos han asignado á un mismo tiempo tres fechas distintas. Se suele colocar los períodos cronológicos de las obras y sus transiciones de estilo en orden harto riguroso y rectilíneo, como si se tratara de las evoluciones fisiológicas de un organismo; haciendo caso omiso de las perturbaciones é interrupciones de esta línea debidas al ambiente, al asunto y al azar. En general, la exclusiva apreciación de tales exterioridades, en orden al tiempo, no ha sido siempre útil para la determinación de la autenticidad.

El concepto del desarrollo, fecundo cuando se aplica con inteligencia y con exacto sentido de la realidad, desvía por completo en nuestro caso la atención hacia aquellas variaciones relacionadas con las distintas edades del artista, variaciones que son en todos los casos semejantes y que por lo mismo no revelan el verdadero carácter de aquél.

En el siglo pasado, desde Hegel hasta Darwin, dominó este



concepto, á manera de obsesión también, en la literatura sobre arte, desviándonos más bien de la verdadera comprensión del encadenamiento de las cosas.

La fantasía histórica, conducida por esta idea, ha recorrido los siglos como con las botas de siete leguas, logrando revestir con ropaje científico muchas fantasías de escuela. Aplicar la grosera palabra progreso, de las cosas materiales, á la más alta vida espiritual, á pesar de las antinomias de la historia y á despecho de la molesta insistencia de los sostenedores de este criterio, denota un desconocimiento del alto puesto que ocupa el arte. Historia y filosofía son cosas escritas en páginas separadas, y los libros de historia no son lugar á propósito para la propaganda de doctrinas, amén del peligro de que dichas doctrinas, mezcladas en la narración una vez pasadas de moda, perjudiquen á la belleza del libro. Desde el momento en que en vez de buscar la base del criterio en la investigación paciente y honda, exenta de prejuicios de las obras, se subordina al influjo de la opinión del día, se incurre en los más extravagantes despropósitos en la apreciación del valor, de la cronología y aun de la autenticidad. Así ha ocurrido que se ha rebajado el valor de determinadas obras originales notables, por no estar en armonía con el impresionismo ó amorfismo que se suponía propio de Velázquez, y esto cuando los testimonios eran indiscutibles, llegando si faltaban éstos á despreciarlas á pesar de existir poderosas razones intrínsecas. Se ha elevado á paradigmas de un estilo particularmente original cuadros que quedaron casualmente sin terminar ó que eran sólo estudios ó ligeros trabajos decorativos de segundo orden. El mismo crítico que se extasía ante un retrato de mujer que no pasa de un grotesco figurín hecho bajo la impaciencia de obtener una impresión deslumbrante y momentánea, y en la que el genio del pintor apenas si aparece, se encoge de hombros ante un gran cuadro de historia donde el maestro evoca una acción trascendental y que estremece el alma, que sólo una vez en su vida puede haber presenciado, y la evoca con



toda la fuerza de su espíritu y de su corazón, poniendo á contribución todas sus facultades artísticas, conjurándolas con tal poder que el espectador cree haber sido testigo de ella.

El arte es una fruta del gran árbol de la cultura nacional, de cuya savia se nutre; madurando con el concurso de la luz, del aire y del cultivo, la crítica debe tener en cuenta la justa ponderación de estos elementos.

Séale permitido al autor escribir otra vez aquel nombre admirado cuyo inolvidable recuerdo conservamos todos, para que vuelva á ocupar en la dedicatoria el puesto que ocupó hace quince años en la primera edición. El Emperador Federico, en su viaje por España y su visita al Museo del Prado, sentía una especial atracción por Velázquez, expresándola vivamente y anotando sus observaciones. Desgraciadamente, no le estaba reservado ver terminada la obra.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,

EDUARDO OVEJERO



# ESTADO SOCIAL QUE REFLEJA EL "QUIJOTE,"

---

## I

### CONSIDERACIONES GENERALES

Toda obra de arte cuyo autor no deje vagar su musa por los estériles vericuetos del idealismo, puede y debe considerarse como un espejo, en el cual, más ó menos intensamente, con perfección y pureza diversas, según la limpidez del cristal y el pulimento del azogue, se reflejan las circunstancias de la época en que el artista vive, determinantes del medio ambiente que le rodea, y á cuyo influjo rara vez, ó acaso nunca, se sustrae.

Cervantes, al escribir el *Quijote*, no es, ni mucho menos, una excepción al principio enunciado como regla general; lejos de ello, aprovechando las enseñanzas obtenidas en el transcurso de su fecunda existencia, supo hacer de su retina objetivo maravilloso, mediante el cual trasladábanse á la cámara obscura del cerebro las claras visiones que de la vida fué obteniendo, hasta que, llegado el instante oportuno, las desarrolló en ese cinematógrafo sublime, en el que, envuelta en las donosas aventuras del hidalgo manchego, aparece la historia palpitante de la humanidad, con sus debilidades y sus grandezas, con sus deslumbradores idealismos y sus brumosos desengaños, con sus luces y sus sombras.

De la lectura del *Quijote* adquiérese, entre otras cosas, la certeza de que Cervantes sabía mucho: mas no era su saber de los que se obtienen con el estudio de los libros ni la asistencia



á las aulas, puesto que su ciencia, esa ciencia portentosa que le hizo conocer como nadie el corazón del hombre, hubo de aquilatarla mediante el solo transcurso de los años; aprendizaje que le costó la pérdida de gran caudal de ilusiones, sirviéndole de preceptora la desgracia, que es, pese á Cicerón, la gran maestra de la vida.

Cuando Cervantes publicó el *Quijote*, después de largos años de inactividad literaria (1), la España floreciente de los Reyes Católicos y Carlos I había desaparecido para ceder su puesto á una nación mísera en el fondo, aunque poderosa en la apariencia, que ocultaba su desquiciamiento interior, su falta de fuerzas y la vacuidad de su erario, con el oropel de sus ejércitos, el flamear de sus banderas y la vocinglería de la *fama pública*, que aún la proclamaba la primera nación de Europa, siendo, en fin, á la manera de un mendigo que encubriese sus harapos con el áureo tisú de una capa pluvial, ó como el magnate tronado que mantiene la carroza ante su puerta, á trueque de mermar la vitualla en sus manteles.

El poderío de España tocaba, pues, á su ocaso; el ministro Portocarrero pintó gráficamente su situación tristísima, diciendo: «Si hubo un tiempo dichoso en que se aseguraba con toda verdad que el sol no se ponía nunca en los dominios de España, otro tiempo se avecina en que no encontrará resquicio por donde alumbrar un palmo de tierra española». Y es el caso que á consecuencias tan fatales habían contribuído las mismas causas que lograron el engrandecimiento: el absolutismo centralizador vivificante de Isabel y Carlos I degeneró en el régimen despótico, del que abusaron, sin saber usar, los ineptos Felipes; la religiosidad, que sirvió de lábaro para conseguir la unidad española, trocóse en el más enervante y feroz de los fanatismos; las guerras, que habían proporcionado á España los triunfos de Ceriñola, de Pavía y de Lepanto, esquilaban

---

(1) Desde 1584 en que apareció la *Galatea*, no volvió á publicarse ninguna obra de Cervantes hasta 1605.



al pueblo sin lograr resultados positivos, que se posponían siempre á la gloriosa tufarada de incienso; América, veneno de riquezas al parecer inagotables, fué causa primordial de la ruina, pues, ante la avalancha de galeones cargados de oro, abandonáronse los campos y las industrias, consideróse el trabajo como algo denigrante y soez, aumentaron los salarios, la vida encareció, haciéndose imposible para el proletariado y harto difícil para la clase media, iniciándose, en fin, una miseria general que mantuvo durante largo tiempo áridas las campiñas por falta de brazos, desiertos los mercados y ferias por carencia de transacciones, y pletóricas las carreteras de bandidos, sin que los gobernantes, distraídos en quijotescas empresas, acertaran á dictar medidas oportunas encauzadoras de la hecatombe; parecía, según la frase de lord Macaulay, que los descendientes de Carlos I, ya que no pudieran heredar su épica grandeza, habían, en cambio, recibido como triste legado de la madre del César, Doña Juana, el vesánico virus de su cerebro huero.

No ha faltado quien pretenda ver en el *Quijote* un trasunto de la situación española en aquella época: el orate manchego, ideando empresas á cual más descabelladas y estrambóticas, arrastraba tras sí al ignorante y cachazudo pueblo, representado en Panza, engolosinándole con la promesa de una más ó menos problemática ínsula, cuya apetitosa perspectiva le hacía olvidar hasta la consignación de salario. Sin que pueda desconocerse la oportunidad del símil, por amor á la obra de Cervantes no debe admitirse ni apadrinarse; hacerlo, equivaldría á empequeñecer la importancia del *Quijote*, suponiendo la existencia en él de un símbolo político, eventual, momentáneo, siendo así que el símbolo que entraña es psicológico social, y, por lo tanto, eterno.



## II

## LOS HIDALGOS

El núcleo de la sociedad española en tiempo de Cervantes hallábase constituido por los hidalgos. Ofuscada ante la grandiosidad y magnificencia desarrolladas por los nobles en la Corte, la gente plebeya mal se avenía con su villanesca condición, y cifraba sus aspiraciones en salir de ella trocándola en hidalguía; nada les importaba á los obsesos españoles que al *don* no acompañase el *din*; lo esencial para ellos era el oropel, y sacrificando en sus aras toda suerte de prácticas consideraciones, hacíanse llamar hidalgos á boca llena, enorgulleciéndose de serlo, aunque esta circunstancia no les suministrase bienes de fortuna, y en cambio los incapacitaba para dedicarse al trabajo, al que consideraban denigrante para su alcurnia.

Don Quijote es el tipo perfecto de los hidalgos de su época, *de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*, que pasaba ocioso *los más de los días del año*, dedicándose á sus lecturas favoritas los ratos que dejábale libre la caza, única ocupación que hombre de su clase podía considerar digna de sí. De su pobreza no hay que hablar, pues en la adquisición de la no muy succulenta pitanza íbansele las tres cuartas partes de su hacienda, teniendo que mermarla considerablemente para adquirir los libros famosos en los que iba dejando la lucidez del caletre. No hay para qué decir que este hidalgo, que desconocía la precisión del dinero para andar por el mundo (1), se mostraba orgulloso de su linaje, respecto del cual existía la duda de si era Quijada, Quijana ó Quesada el apellido patronímico (2). Tan pueriles pretensiones, que donosamente rebate

---

(1) Cap. III de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. I ídem íd.



Sancho al decir que *sólo hay dos linajes en el mundo: el tener y el no tener*, poniendo de relieve la preeminencia del desahogo pecuniario sobre la ranciedad del abolengo, tenían minada la sociedad española, que decaía y se desmoronaba por carencia absoluta de hombres que dejasen de pensar un poco en los pergaminos de sus antepasados para ocuparse algo de su propia situación y porvenir. Quevedo, en *El gran tacaño*, pinta con su peculiar donaire la mísera y abundante clase de hidalgos famélicos y haraposos, para los cuales sólo había dos ocupaciones que considerasen dignas de su prosapia: la carrera eclesiástica (secular ó regular) y el ejército; los que no pertenecían á una ni á otro, antes que deshonorarse trabajando, vivían de la caridad pública ó de la bazofia recogida en la puerta de los conventos.

Un solo dato bastaría para probar hasta qué extremo el amor al trabajo había huído del carácter español: y ese dato, tan elocuente como tristísimo, es una pragmática que hubo de promulgarse pocos años después de publicado el *Quijote*, y en la cual, aunque no se atrevieron sus redactores á considerar compatible con la hidalguía el trabajo corporal ó manual, se declaró que el tener fábricas de paños, telas y otros tejidos no contravenía ni era incompatible con la calidad de nobleza ni con sus inmunidades ni prerrogativas (1).

Y es lo mejor del caso, que los que renegaban del trabajo productivo no huían de realizar empresas ó de sufrir sinsabores cuando de subir un grado en la escala de la nobleza se trataba. Don Quijote, para probar la justicia con que fué armado caballero, lleva á cabo las hazañas de sus dos primeras salidas, siendo, no obstante, á su regreso blanco de las iras de hidalgos envidiosos de su encumbramiento y de caballeros á quienes no agradaba su ingreso en la negra Orden de la Caballería. De aquí lo que Sancho le refiere al volver por segunda vez á sus lares: «Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa

(1) Pragmática de 13 de Diciembre de 1682.



merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde» (1). Más adelante habla del hidalgo «que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos...» (2).

Una curiosísima excepción á la regla general del predominio del abolengo, es la de que no atañía éste á la mujer cuando de contraer matrimonio se trataba, no considerándose menoscabada la nobleza de un caballero al unirse con mujer de baja estofa; así, el mismo Don Quijote, encomiando los méritos y cualidades de Dulcinea, dice: «Básteme á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y lo del linaje importa poco, que no han de hacer la información dél para darle algún hábito» (3). Del mismo modo, la hermosa Dorotea dice á su seductor Don Fernando al tratar de vencerle de que borre su falta uniéndose en santo enlace con ella: «Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que *la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias*; en cuanto más que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si ésta á ti te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble de las que tú tienes» (4). Finalmente, el burdo y zafio Sancho Panza considera cosa factible casar á su hija con un personaje: «A buena fe, que si Dios me lleva á tener algo de

(1) Cap. II de la 2.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XLIV idem id.

(3) Cap. XXV de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(4) Cap. XXXVI idem id.



gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Mari Sancha, tan altamente que no la alcancen sino con llamarla Señoría» (1). Un dato más es éste, al fin y al cabo, que prueba el romanticismo de la época, pues con ello se proclamaba la igualdad de todos los linajes respecto de la pasión amorosa, eterno nivelador de las sociedades influídas por prejuicios de clase ó de raza.

### III

#### INMORALIDAD ADMINISTRATIVA

«Las plazas son golfos de piratas; los tribunales, golfos de foragidos; los ministros, patronos y defensores de los delitos; sustenta la república á pocos buenos y á muchos malos, y los malos son señores de los buenos.» Tal era, á juicio de un escritor, el tristísimo cuadro de la situación de España en la xvii centuria. Y es que con obsesión verdaderamente suicida, los gobernantes españoles pensaban que la preponderancia de una nación no se adquiere sino en virtud de los triunfos bélicos y las expansiones territoriales, dedicando poco ó ningún cuidado á fomentar la prosperidad y la cultura interiores. A consecuencia de ello, las Cortes, aquella entidad que antaño fué espejo fidelísimo de las masas populares de cuyo seno salía, perdieron su carácter, olvidándose su importancia y quedando convertidas en un verdadero feudo de la corona, pues se las convocaba por pura fórmula para el reconocimiento del nuevo rey, juramento de fueros y votación de tributos, sobornándose unas veces á los procuradores y amenazándoles otras, para mediante su voto imponer más y más cargas al esquilmado y paciente pueblo.

Las guerras consumían millones con voracidad insaciable; las fastuosidades de la vida cortesana suponían otros no me-

---

(1) Cap. III de la 2.<sup>a</sup> Parte.

E. M.—*Julio 1906.*



nores despilfarros; el solo ideal de los reyes llegó á ser el dinero, cuya sed devoradora les hacía buscarlo por cuantos medios buenos ó malos condujeran á semejante fin; y como de un pueblo empobrecido no se pueden sacar grandes recursos, acudióse á diferentes procedimientos, como vender los Municipios, que en virtud de antiguas franquicias conservaban su independencia; enajenar los cargos públicos, dando origen con ello á monstruosas inmoralidades; y, en fin, no bastando todo esto, se llegó al extremo vergonzoso de hacer colectas por las casas y poner cepillos en los lugares públicos para allegar recursos á la Hacienda Real.

En muchos pasajes del *Quijote* hácese referencias á tan atroz desquiciamiento. Así, en el discurso que el ingenioso hidalgo dirige á los cabreros, habla de la edad de oro como época tan diferente de la actual, que en ella «no había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez...» (1).

En la aventura de los galeotes alúdense á la venalidad de la justicia: «Si á su tiempo—dice uno de los forzados—tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo». «Probóseme todo—dice otro de los presos,—faltó valor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años...» (2).

Sancho, en la carta que escribe á su mujer Teresa Panza, dice con su ruda ingenuidad: «De aquí á pocos días me parti-

(1) Cap. XI de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XXII ídem íd.



ré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo» (1).

De los admirables consejos dados por Don Quijote á Sancho antes de investirse éste del mando de la ínsula, consejos que constituyen un bellissimo programa de recta justicia y buen gobierno (2), parece deducirse que la ley del encaje, esto es, al capricho del juez, era norma de todo juicio; que con el peso de las dádivas inclinábase la balanza de la justicia; que la hermosura de las mujeres interesadas en el fallo, á las mismas consecuencias conducía, y que al cuitado á quien no le era dable apartar de sí con ofrendas ni otros medios la acción judicial, echábasele encima todo el peso de la ley en palabras y en obras, con suplicios y malas razones.

El fárrago de disposiciones legislativas, deficientes unas, contradictorias otras é inútiles las más de ellas, que entonces como ahora iban marcando á modo de estela el triste caminar de los desacertados gobernantes, tiene su crítica en la carta de Don Quijote á Sancho, al decirle (3): «No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y se cumplan...» En la misma carta contiénense acertadísimas razones, que por cuantos disfrutaban el poder debieran tenerse muy en cuenta: «Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía».

Sancho, por su parte, al contestar á su señor (4), lamentase de no haberse aprovechado gran cosa, para medrar, de sus prerrogativas de gobernante: «Hasta agora no he tocado de-

(1) Cap. XXVI de la 2.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XLII ídem íd.

(3) Cap. LI Idem íd.

(4) Idem íd. íd.



recho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que á esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria usanza en los demás que van á gobiernos, no solamente en éste».

Uníase á esta inmoralidad de las clases directoras la ineptitud de los encargados de regir los destinos de la patria; ineptitud á la que parece aludir Sancho cuando dice: «Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande...» (1). Quevedo, más explícito, había dicho con su peculiar donaire:

Marqués mío, no te asombre  
ría y llore cuando veo  
tantos hombres sin empleo,  
tantos empleos sin hombre.

#### IV

##### EL BANDOLERISMO

La miseria que corroía la sociedad española no quiere decir que en España escasearan los metales preciosos; lo que no había era producción natural, agricultura ni industria, pues la nefanda expulsión de los moriscos privó al suelo de cultivadores, encareció los transportes por dedicarse aquéllos á la arriería, y ocasionó el cierre de los muchos comercios que tenían establecidos. Para un pueblo industrial, la mencionada expulsión hubiera sido un beneficio, por librar á los nacionales de una terrible competencia; pero ya está dicho que el español desdeñaba el trabajo, prefiriendo el hambre á las fatigas que aquél proporciona.

(1) Cap. XXI de la 1.<sup>a</sup> Parte.



Mas como las necesidades eran tan crecidas como escasos los medios de atender á ellas, el espíritu aventurero de los españoles manifestábase rindiendo culto á una ocupación que, siendo delictuosa, llegó á verse considerada como verdadera profesión, á la que sancionaban, ya que no las leyes, la fuerza de la costumbre, la desidia de los gobernantes y la venalidad de los juzgadores. Dicha ocupación no era otra que el bandolerismo, llaga social española que, nacida del empobrecimiento y de los alardes belicosos de los siglos xvi y xvii, ha subsistido hasta nuestros días, sufriendo su golpe de gracia merced á las enérgicas disposiciones adoptadas por el celoso gobernador de una de las provincias andaluzas (1).

El tipo genuino del español no hidalgo ni magnate llegó á ser el *pícaro*; de aquí la aparición de un género novelesco peculiarísimo de nuestra patria, y al cual, además de Cervantes, han rendido culto ingenios como los de Mateo Alemán, Quevedo, Espinel y tantos otros.

Hácense en el *Quijote* referencias á *Rinconete y Cortadillo*, y, en tal concepto, bien pudiera encajar aquí un examen de esta ejemplar novela, sirviendo el patio de Monipodio para formarse una idea de la hampa del siglo xvii; mas por si esto fuese extraño al tema de este trabajo, baste á su objeto mencionar una cita del *Quijote*, en la que se contiene lo que bien pudiera llamarse *geografía criminal española ó mapa picaresco de España*. En el Capítulo III de la 1.<sup>a</sup> Parte, al manifestar Don Quijote al ventero su vocación por la andante caballería, respóndele aquél cazurramente «que él ansimismo en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Va-

---

(1) D. Julián Zugasti, gobernador de Córdoba. En la actualidad parece haber retoñado, aunque con menos fuerza, la plaga del bandolerismo en la región andaluza.



lencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando á algunos pupilos, y, finalmente, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España». No creemos impertinente hacer alguna indicación relativa á tan amenos lugares.

*Percheles de Málaga. Islas de Riarán.*—Al ser conquistada Málaga por los Reyes Católicos, cedióse uno de sus arrabales al capitán de la armada Garci López de Arriarán, caballero vizcaíno, del cual tomó nombre el grupo de casas que formaban á aquél, denominándose Isla de Riarán. Estableciéronse allí salazones de pescado, colocándose para su desecación numerosas perchas, de las que hubo de derivarse el nombre de *Perchel* ó *Percheles*, sirviendo, por hallarse en lugar apartado de la ciudad, de escuela á los vagos que de todas partes acudían para adquirir práctica en sus malas artes y supercherías.

*Compás de Sevilla.*—Barrio donde estuvo la antigua mancebía, en el cual es presumible que se hallase asentada la famosa casa de Monipodio.

*Azoguejo de Segovia.*—Plazuela del arrabal de Segovia, harto conocida por los *pelaires* de esta ciudad, *gente alegre, maleante y juguetona*, según se dice en el Capítulo XVII de la 1.<sup>a</sup> Parte.

*Olivera de Valencia.*—Plaza situada junto á la parroquia de San Miguel, y en cuyo centro había una antigua oliva, de la que recibía el nombre, hallándose frecuentada por la gente maleante que habitaba en las próximas callejuelas.

*Playa de Sanlúcar.*—Arribaban á ella las flotas procedentes de Indias, y en ella embarcaban los que partían con rumbo á tan lejanas tierras; sabido es que los expedicionarios que al Nuevo Mundo se dirigían eran reclutados entre la



hez de la sociedad española, por lo cual nada tiene de extraño que el ventero la citara como escuela de costumbres corrompidas.

*Potro de Córdoba.*—Barrio extremo que toma su nombre de una fuente situada en cierta plazuela enclavada en él. Famosísimo debía ser el Potro por la truhanesca gente que producía y albergaba, á juzgar por las referencias que de él hacen Lope de Rueda, Hurtado de Mendoza, D. Antonio de Guevara y otros.

*Ventillas de Toledo.*—Hallábanse situadas en las afueras de la ciudad, á las cuales concurría gente soez y pendenciera, devota de Venus y de Baco.

Más adelante (1) alude Cervantes á la abundancia de bandidos que pululaban por Andalucía: «Don Quijote... dijo que por entonces no quería ni debía ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas».

Dique harto ineficaz para tales desmanes eran los cuadrilleros de la Santa Hermandad, cuya probidad y rectitud no suelen ser muy encomiadas por los autores de la época, principalmente Mateo Alemán, que en su *Guzmán de Alfarache* afirma que cuadrilleros y venteros solían ponerse de acuerdo para oprimir y tiranizar á los caminantes; y Cristóbal Suárez de Figueroa, que en su *Pasajero* asegura que el hecho de figurar en las filas de la Hermandad no era sino *un salvoconducto para robar más á placer*. En el *Quijote*, fuera de algunas veladas alusiones contenidas en el Capítulo XLV de la 1.<sup>a</sup> Parte, no se encierra nada que tan despectivas aseveraciones confirme; pero es lo cierto que debían andar los caminos mal guardados, cuando Cervantes consideró posibles aventuras como las del vizcaíno (2), la de los yangüeses (3), la de los rebaños (4), la

(1) Cap. XIV de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Idem VIII y IX Idem id.

(3) Idem XV idem id.

(4) Idem XVIII idem id.



de los encamisados (1), la del yelmo de Mambrino (2) y las acaecidas en Sierra Morena (3).

La intranquilidad de la vida, como dice un autor, llegó á un extremo tal, que contrista y asusta el recuerdo de los temores que cercaban á todo el mundo, produciendo una existencia azarosa que, mezclada con lo bufo y lo burlesco, tenía todas las trazas de una gran tragicomedia.

## V

### RELAJACIÓN DE LAS COSTUMBRES

La constancia de las guerras trajo, entre otros males, la escasez de matrimonios en España; que la vida militar, aventurera y tornadiza, mal se aviene con la tranquilidad y sosiego que el hogar doméstico reclama. De aquí la despoblación de la Península, que llegó á adquirir proporciones por demás alarmantes; de aquí también la abundancia de prostitutas, que comenzando por seguir á los ejércitos y establecerse junto á los cuarteles, acabaron por invadir las poblaciones, inficionando la atmósfera con su morbosa influencia, pues como si fuese contagiosa la enfermedad moral y social que representaban, hicieron que ésta se transmitiese á todas las clases sociales, manifestándose por la abundancia de las famosas *tapadas*, esto es, damas de honesto linaje, y á veces de elevada alcurnia, que, escudándose bajo el incógnito de un tupido velo negro, salían de su casa por la puerta falsa para rendir culto á sus lascivos deseos y torpes aficiones. A tal extremo llegó la corrupción, que, despreciándose *el qué dirán*, que antes obligaba á cubrir el vicio con la máscara de la hipocresía, hacía

---

(1) Cap. XIX de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XXI ídem íd.

(3) Cap. XXIII y XXIV ídem íd.



blico alarde de todo aquello que lógicamente debe producir vergüenza, con la particularidad de que el Real Palacio era precisamente el cubil donde las mayores inmoralidades se cometían ó los más vergonzosos actos se meditaban.

Cervantes nos habla de *dos mozas que llaman del partido*, D.<sup>a</sup> Tolosa y D.<sup>a</sup> Molinera (1), que, de paso en la venta, calzaron las espuelas y ciñeron la espada al héroe manchego, sirviéndoles tan cómica escena á modo de descanso para proseguir su errática y triste vida de rameras trashumantes; el episodio de Cardenio y Dorotea (2), así como el de Luscinda y D. Fernando (3), implican una manifiesta relajación en las costumbres; la novela del *Curioso impertinente* (4) es el relato de un adulterio perpetrado con el mayor refinamiento que pudo soñar la perfidia; en el discurso de Don Quijote á los cabreros (5) encomiando las venturas de la edad de oro, dice: «Las doncellas y la honestidad andaban por dondequiera solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste». Y, en fin, por si todo esto fuera poco, Cervantes pone en boca de su héroe las siguientes palabras, que encierran una completa apología de los que á la trata de blancas se dedican (6): «...Por solamente alcahuete limpio no merecía el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos,

---

(1) Cap. III de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XXIX ídem íd.

(3) Cap. XXXVI Idem íd.

(4) Cap. XXXIII y XXXIV ídem íd.

(5) Cap. XI ídem íd.

(6) Cap. XXII ídem íd.



y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida, y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja. Y desta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más ó menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha».

## VI

### EL MILITARISMO

La causa primordial de los múltiples males que aquejaban á España, ya lo hemos dicho, radicaba en la abundancia de empresas militares, que constituía, como perniciosa obsesión, la norma de la política desarrollada por los Austrias; y así como en el cuerpo humano el fomento exagerado del sistema muscular lleva ineludiblemente aparejada la merma y aun la atrofia de las facultades intelectivas, así en la vida de las naciones los alardes de fuerza sólo se realizan postergando los demás elementos de la existencia social; por eso, pueblo que cifra su orgullo en los alardes belicosos, suele ser pueblo empobrecido, envilecido é ignorante. Tal ocurrió á Roma, cuyas aspiraciones de dominación universal fueron causa eficiente de su ruina; tal á los árabes, á quienes bastaron las rotas de Covadonga y de Poitiers para detenerlos eternamente en su fácil carrera de victorias; tal á España, que hubo de purgar en Rocroi los pruritos hegemónicos de Carlos I; tal á Francia, en los últimos tiempos, al ver deshechas las aspiraciones napoleónicas en los campos de Waterloo y ante los muros de Se-



dán; finalmente, claro ejemplo de lo mismo está dándonos Rusia, pues habiéndolo sacrificado todo en aras del desarrollo de su elemento bélico, al llegar el momento de utilizarlo en labor más práctica que las maniobras y las revistas, ve con el estupor consiguiente cómo es derrotado su ejército, al parecer tan formidable; maltrecha su marina, considerada como invencible; perdido el crédito en el interior, como consecuencia de tan continuados desastres; anonadado en el exterior el prestigio de que antes disfrutaba en el concierto internacional...

...España, pues, abusó de los alardes bélicos; á semejanza de esos hijos que, siendo á un tiempo mismo cariñosos con sus padres y aficionados á la prodigalidad y al despilfarro, proporcionan á los autores de sus días algunos regocijos y satisfacciones á cambio del continuo saqueo de su bolsa, así los ejércitos españoles, que cubrieron de gloria á la madre patria en Garellano, en Otumba y en Pavía, iban dejándola tan exhausta y esquilmada que ni aun llegó á tener dinero con que pagar á sus soldados, los cuales, llenos de gloria inmarcesible, acribillados sus cuerpos de heridas á cual más meritoria y honorífica, al regresar á sus lares moríanse de hambre, y, ó se dedicaban al bandidaje como medio de atender á su subsistencia luciendo, aunque fuese torpemente, las únicas habilidades que poseían, ó aguardaban con fría impavidez un socorro que nunca llegaba; el mismo Cervantes, soldado en África, en Italia y en Lepanto, herido y lleno de orgullo por haber asistido á esta batalla, *prefiriendo ser manco á no haber estado en ella* (1), y volviendo á su patria cubierto de gloria para vivir pobremente y morir en la miseria, nos da una idea clarísima de la situación de España, que, viéndose empobrecida por causa de los soldados, los dejaba morir poco menos que de inanición en recompensa de sus servicios.

El arraigo del militarismo en la época de Cervantes muéstrase en pasajes diversos de su obra; él mismo, aunque no pecó

---

(1) Prólogo de la 2.<sup>a</sup> Parte.



de modesto por lo que á reconocer sus cualidades literarias se refiere, creíase más digno de atenciones y merecimientos por haber sido soldado que por ser escritor tan insigne: «Quítese-me de delante—dice en el discurso de las armas y las letras—los que dijese que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen; porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento...» (1).

En otra ocasión (2) proclama la supremacía del elemento militar sobre el religioso. «...Los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndolo con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto... Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia».

Muéstrasenos asimismo la exaltación del espíritu aventurero en la afición á los libros de caballerías, tan insana como extendida, pues devotos de ellos eran, según se deduce de la obra de Cervantes, los grandes señores, como los Duques; los hidalgos, como Don Quijote y Cardenio; las doncellas educadas en el sosiego del hogar, como Luscinda y Dorotea; el ventero, su mujer, y su hija, Maritornes, y hasta los segadores que en la venta se albergaban.

En algún otro episodio, manifiesta Cervantes que no era la milicia considerada en su tiempo como profesión que sólo de-

---

(1) Cap. XXXVII de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XIII ídem íd.



biera desempeñarse rindiendo culto á un ideal, sino que en ella abundaba la gente hampona y perdularia, que se acogía á las armas como á un recurso para buscarse la vida. Así, en el Capítulo XXIV de la 2.<sup>a</sup> Parte, nos habla de un mancebito que, delante de Don Quijote, «iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él, acababa de cantar una... que decía:

A la guerra me lleva  
la necesidad;  
si tuviera dineros,  
no fuera en verdad.»

De la triste situación de los soldados viejos, ocúpase poco después, dando muestras de las esperanzas que, sin propósitos de cumplirlas, les hacían concebir los Poderes públicos: «...Cuanto más, que ya se va dando orden cómo se entregan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte.»

Es indudable que Cervantes, al escribir esto, se lamentaba por boca de su héroe. Y, sin embargo—¡sublime abnegación la suya!,—no perdona ocasión de enaltecer la carrera de las armas, afirmando que «más bien parece el soldado muerto en batalla, que vivo y salvo en la huída».

La inmoralidad del ejército, consecuencia de su mala organización, refléjase también en el *Quijote*. El episodio de Vicente de la Roca y la hermosa Leandra (1) es una prueba palmaria del bandidaje á que se dedicaban los soldados, cuya finalidad, lejos de ser la de honrar á su patria, parecía reducirse á deshonar doncellas y maltratar ancianos: nefanda mi-

---

(1) Cap. LI de la 1.<sup>a</sup> Parte.



sión, que también sirvió á Calderón de la Barca para inspirarle su *Alcalde de Zalamea*.

Sin embargo—fuerza es reconocerlo,—aquel ejército desmoralizado y decadente tuvo también sus épicos arranques: y, al sucumbir en Rocroi, supo dejar testimonio eterno de sus estériles glorias, cuando al preguntarle á uno de los supervivientes cuál era el número de sus compañeros, respondió con laconismo espartano: «Contad los cadáveres».

## VII

### LA TEOCRACIA

Otro de los males que aquejaban á España, tan grande, por lo menos, como el militarismo, el horror al trabajo y la inmoralidad administrativa, era la teocracia.

La excesiva religiosidad, al invadir á un pueblo, puede tocarse en fanatismo, que, bien encauzado, hasta servirá de acicate á una raza, por apática que ésta sea: claro ejemplo de ello lo dieron los árabes, que, en aras de su fuego religioso, aspiraron á dominar al universo. Pero cuando sobre los males que el fanatismo por sí solo acarrea, se añaden los de no haber sido engendrado por una religiosidad sinceramente sentida, sino por bastardos fines, que escogen ese camino por más cómodo ó por más breve, se comprenderá que al considerar á la teocracia como concausa de la desorganización española, no nos mueven pasiones sectarias, siendo nuestros asertos hijos de la observación de lo que en el siglo xvii acaecía.

En efecto: la mayoría de las personas que entraban en los conventos — dice un distinguido escritor — eran llevadas allí por causas muy ajenas al sentimiento religioso. Entraban las mujeres por costumbre, por castigo de sus familias, por cuestiones de herencia, por amores contrariados ó por ocultar en el claustro la pobreza de una casa linajuda. Iban los hombres



al convento por huir del servicio militar, del trabajo, de las contribuciones, y en busca sólo de comodidad y regalo, tratando á veces de satisfacer su ambición por un camino que les abría todas las puertas y les proporcionaba toda clase de medios para alcanzar las más elevadas distinciones. Sin vocación religiosa, difícil ó imposible era permanecer en la virtud; y en cuanto á la abundancia de los religiosos, baste recordar lo que dice González Dávila: «Sacerdote soy, pero confieso que somos más de los que son menester... En este año que iba escribiendo esta historia, tenían las Ordenes de Santo Domingo y San Francisco en España treinta y dos mil religiosos, y los obispados de Calahorra y Pamplona veinticuatro mil clérigos. ¿Pues qué tendrán las demás religiones y los demás obispados?»

Alúdese en el *Quijote* á la vida regalona del clero en varios pasajes. Uno de ellos es en el Capítulo XIX de la 1.<sup>a</sup> Parte, cuando, después de dar por conclusa la aventura de los encamisados que conducían un cuerpo muerto, hidalgo y escudero decídense á reponer sus extenuadas fuerzas, «satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambarrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían».

Más adelante (1) se hace referencia á la comodidad y boato con que viajaba un canónigo de Toledo: «En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta».

Pero, en honor á la verdad, hay que reconocer que la intelectualidad de la época residió entre los tonsurados, pues aunque Don Quijote afirme que nunca *la lanza embotó la pluma* (2),

(1) Cap. XLVII de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XVIII Idem íd.



es lo cierto que sólo por excepción se encuentra un Ercilla ó un Cervantes, y es, por el contrario, frecuente en grado sumo hallar cultivadores de las bellas letras que, siendo de la talla de Lope de Vega, Calderón, Tirso y varios otros, pertenezcan al elemento teocrático. Cervantes reconoce la superioridad mental del clero contemporáneo suyo, pues, al hacer el expurgo de la biblioteca de Don Quijote, pone en labios del cura conceptos de sana crítica, presentándole como gran conocedor de la literatura de la época; y del mismo modo habla por boca del antedicho canónigo en los Capítulos XLVII y XLVIII de la 1.<sup>a</sup> Parte, para dirigir contra los libros de caballerías los más severos cargos y atinadas observaciones.

## VIII

### OTRAS CUESTIONES SOCIALES

Algunas otras enseñanzas pueden obtenerse del *Quijote* relativas á la organización social de su época: procuraremos reseñarlas brevemente.

Imperaba á la sazón la patria potestad con carácter autocrático, á la usanza romana, manifestándose principalmente en la imposición de marido á las hijas: tal se deduce del episodio de Cardenio (1), en el que el padre de Luscinda obliga á ésta á casarse con Don Fernando, sin respetar sus amores ni tener para nada en cuenta su albedrío. Otro tanto sucede en el episodio de las bodas de Camacho; y aunque Cervantes parece combatir tal costumbre diciendo: «malhayan los que estorban que se casen los que bien se quieren», seguidamente la justifica: «Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, quitaríase á los padres la elección y jurisdicción de casar sus hijos con quien y cuando deben, y si á voluntad de las hijas queda-

(1) Cap. XXVII de la 1.<sup>a</sup> Parte.



se escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín».

Indúcese asimismo de la lectura del *Quijote* el empirismo y deficiencia de la Medicina en su tiempo, pues el caso del doctor Pedro Recio es una saladísima crítica de los galenos del siglo xvii.

También se infiere la costumbre de emigrar á América, ante la perspectiva de volver con riquezas tan grandes como las que en el Perú había conquistado el hermano del cautivo (1): de aquí que Don Quijote tuviera noticia de las señales por las que conocían los emigrantes el paso por la línea equinoccial.

La influencia que Italia ejerció en nuestra patria revélase por la imitación, á veces servil, que se hace de la literatura italiana; el mismo *Quijote* es prueba palmaria de esta aseveración, pues en él, á semejanza de lo que en la Arcadia de Sanzaro acaece, se intercalan con frecuencia versos en la prosa, y del mismo modo, sabor marcadamente italiano tienen el episodio de Marcela y Crisóstomo (2), el de Cardenio y Lusinda (3), así como el de la hermosa Dorotea, y por de contado la novela del *Curioso impertinente* (4) y los desventurados amoríos de Leandra (5).

La vida desordenada y trashumante de los cómicos pónese de manifiesto en la aventura de la carreta de las Cortes de la Muerte (6), dándose en ella pruebas asimismo del gran valimiento que disfrutaban los histriones; pues al lamentarse Don Quijote del mal comportamiento de los comediantes para con él, manifestando á Panza su deseo de castigarlos, el escudero

(1) Cap. XLII de la 1.<sup>a</sup> Parte.

(2) Cap. XII idem id.

(3) Cap. XXV idem id.

(4) Caps. XXXIII, XXXIV y XXXV idem id.

(5) Cap. LI idem id.

(6) Cap. XI de la 2.<sup>a</sup> Parte.



le responde: «Quítese á vuesa merced eso de la imaginación, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman».

Esto no obstante, el cultivo de la literatura no era en España profesión productiva: Cervantes, como tantos otros, únicamente podía sostener su humilde existencia gracias á la protección de los aristocráticos Mecenas que le favorecieron; protección que fué indispensable para todos los artistas de su época, pues sin ella hubieran perecido; pero que tenía no poco de bochornosa, haciendo prorrumpir al manco inmortal en las hermosas lamentaciones que, como gritos salidos del corazón, consigna en su obra maestra: «Venturoso aquel á quien da el cielo un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo á otro».

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA



## EN LA VENTANA

---

Andrés Nicolaievitch quitó un tiesto que había en la ventana con una planta seca de geranio, y se puso á mirar á la calle. Durante la noche y la mañana había estado cayendo una lluvia fina, de otoño; las casucas de madera, impregnadas de humedad, se alzaban grises y tristes. Algunos árboles aislados se doblaban al viento. Sus amarillentas hojas, que tan pronto se pegaban unas á otras, entre murmullos y quejas, como se agitaban en todas direcciones, temblaban dolorosamente y se debatían en las delgadas ramas. Una persiana, medio desprendida, colgaba á lo largo de la pared de una casuca sombría y torcida; con obstinación estúpida, golpeaba ruidosamente la ventana, y después iba á dar de nuevo con estrépito en las vigas podridas. Y la parte de la ventana que permanecía visible, en la que se percibía una botella de aceite amarillo sobre una tabla, tenía el aspecto tristón de un hombre con un ojo enfermo y vendado.

Tras el tabique de madera que separaba el cuartucho de Andrés Nicolaievitch de la habitación de sus patronos se oía una voz que murmuraba, sorda y lenta:

—Me lucí: he perdido dos copeks.

—No te preocupes, Fedor Ivanovitch—suplicaba una voz de mujer.

—Es preciso que los encuentre.

Pasos pesados hacían crujir el suelo. Un taburete de madera cayó con estrépito. El panadero, en cuya casa habitaba



Andrés Nicolaievitch, perdía siempre algo cuando estaba borracho, y no se tranquilizaba hasta encontrarlo. Por lo general, eran dos copeks, de cuya existencia dudaba Andrés Nicolaievitch. La panadera daba entonces á su marido otros dos copeks, diciéndole que eran los que perdiera; pero Fedor Ivanovitch no lo creía y continuaba revolviendo todo el cuarto.

Después de haber suspirado pensando en la estulticia humana, Andrés Nicolaievitch volvió á mirar á la calle. Precisamente frente á la ventana, en el otro lado de la calle, se alzaba una hermosa casa. Toda la fachada estaba esculpida en madera; era como un encaje, con el zócalo de un rojo oscuro, y terminaba en la cornisa del tejado, sobre el que se erguía una flecha igualmente labrada. Hasta con aquel tiempo tan malo, cuando todo en la vecindad estaba triste y sin vida, los miradores de la casa brillaban, y las plantas de salón que se veían al través de las ventanas se mostraban alegremente, frescas y rozagantes, como si para ellas no muriese nunca la primavera y como si poseyeran una vida secreta, eternamente verde. Andrés Nicolaievitch gustaba de mirar aquella casa y figurarse cómo se vivía en ella. Personas elegantes y satisfechas se deslizan calladamente por los pisos; sus pies hollan tupidas alfombras; se dejan caer negligentemente en blandos cojines que toman la forma del cuerpo. Las plantas verdes impiden ver la calle con su fango, y allí todo es cómodo, todo está limpio y brillante.

A las cinco ó seis generalmente, el dueño de la casa vuelve de sus asuntos: es un buen mozo, moreno, de expresión enérgica y cuyos dientes blancos sonríen alegremente. A menudo viene con un convidado. Con paso firme y rápido suben la escalera de piedra del vestíbulo y desaparecen riendo tras la puerta de roble, mientras que el irascible cochero da una brusca vuelta y entra en el empedrado patio, en cuyo extremo se perciben vastas dependencias ocultas por los corpulentos árboles de un antiguo jardín. Y Andrés Nicolaievitch se repre-



sentaba cómo la joven dueña de la casa saldría al encuentro de los que llegaban, cómo tomarían puesto en una hermosa mesa ornada de cristalería y de otras magníficas cosas que nunca vió en su vida, y cómo se pondrían á comer alegremente.

Un día encontró al hombre de los blancos dientes, que recorría las calles en un carruaje de ruedas de goma. Andrés Nicolaievitch le saludó, y el caballero le devolvió cortésmente su saludo, sin que su rostro expresara la menor sorpresa porque le saludase aquel desconocido, flacucho, de tez cobriza, con gorra de funcionario; ni siquiera se tomó el trabajo de pensar en quién pudiera ser.

Pero ni el mismo Andrés Nicolaievitch sabía por qué le había saludado.

—Comprende la cosa; éstos no son mis dos copeks—murmuraba la voz sorda y tenaz del patrón al través del tabique:—mis dos copeks estaban mellados.

—¡Dios mío! ¡Cuándo me enviarás la muerte que me libre de todos mis males!—gemía la mujer.

Andrés Nicolaievitch estaba sentado junto á la ventana, mirando y escuchando. Hubiera querido que todos los días fuesen festivos, para poder observar cómo viven los otros, porque entonces no experimentaba ese terror que acompaña á la vida. El tiempo se detenía para él; en aquellos minutos se olvidaba del abismo abierto que le espantaba siempre.

Así hubieran podido transcurrir los años, sin que ningún sentimiento ni idea alguna penetrasen en su alma petrificada.

De repente se abrió la puerta cochera de la hermosa casa, salió el carruaje y paró ante la escalinata; el cochero arregló las riendas en sus manos. «Va á salir la señora», pensó Andrés Nicolaievitch.

En la puerta apareció una mujer joven, delgada, con su hijo, un niño de siete años, de rostro tan moreno como el de su padre, y con la misma expresión de dignidad tranquila y severa. Con las manos en los bolsillos de un largo gabán de



pañó, el hombrecito miraba con placer al corcel negro que coceaba nerviosamente en el suelo, y con el mismo aire de benevolencia y de majestuosa tranquilidad, sin sacar las manos de los bolsillos, permitió á la criada que le alzase y le sentase en el coche.

Andrés Nicolaievitch le daba mentalmente el tratamiento de «Excelencia», y se preguntaba si los niños como aquél venían verdaderamente al mundo de la misma manera que los otros. Y cuando las dos mujeres se echaron á reir del pequeño «general», que consideraba con asombro pensativo aquella incomprendible alegría, el flacucho empleado, oculto tras su ventana, sonrió involuntariamente y con respeto.

El caballo se puso en movimiento, y el coche se alejó trepidando ligeramente.

Escondiendo sus manos rojas bajo el delantal, la criada permaneció un momento en la escalinata, hizo un gesto y desapareció tras la puerta. De nuevo la calle húmeda volvió á quedar tranquila y solitaria; solamente la persiana flotante golpeaba, desesperada, como para pedir que alguien se dignara sujetarla. Pero la casuca parecía como muerta. Solamente una vez apareció un rostro femenino en la ventana, pero tampoco tenía aspecto viviente.

Andrés Nicolaievitch no había envidiado nunca á los personajes aquellos, y no hubiera querido tener tanto dinero como ellos. Hacía unos seis años que observaba la hermosa casa, y se había habituado á ella de tal manera que, desaparecida, no hubiera sabido qué hacer. Había estudiado todas las costumbres de los que la ocupaban. Cuando en el año anterior, por la primavera, llegaron y empezaron á trabajar unos carpinteros y pintores, Andrés Nicolaievitch se pasaba todo el tiempo libre en la ventana, sumamente preocupado. Le parecía que los torpes pintores, que entonaban canciones estúpidas, iban á echar á perder completamente la casa. Así que aunque no hubiese tal, y aunque, por el contrario, apareciera más brillante y más nueva cuando se marcharon, Andrés Nicolaievitch



echaba de menos la fachada antigua, cuyas resquebrajaduras conocía. Allí, en un ángulo, junto al tejado, había un sitio del que gustaba particularmente por su original belleza. Tuvo un gran pesar cuando los carpinteros quitaron la antigua escultura y apareció el rincón desnudo dejando ver sus blancas vigas. Una ó dos veces se le ocurrió á Andrés Nicolaievitch que también él podría ser un hombre que ganara mucho dinero, poseedor de una casa de ventanas brillantes y de una mujer bonita. Pero esta suposición le causaba un gran espanto. Ahora permanecía tranquilo en su cuartucho, y las paredes y el techo, que se podían fácilmente alcanzar con la mano, le rodeaban y le defendían contra la vida y las gentes. Nadie entraría para hablarle y reclamar de él una respuesta. Nadie le conocía ni pensaba en él, ¡y le tranquilizaba esto tánto! Es como si estuviera tumbado sobre el fondo mudo de una mar profunda, y cubierto con un sudario de algas, separado del mundo exterior y de las tempestades. ¡Y de repente tendría riquezas, poder, y estaría como al borde de un precipicio! Todo el mundo le miraría, hablaría de él, le solicitaría. Veríase obligado á hablar con las gentes que irían sin interrupción á visitarle, y él á su vez iría á viviendas de techos elevados, con numerosas ventanas que dejan penetrar una viva luz blanca. Sin defensa se encontraría allí, como en medio de esa plaza pública que teme siempre atravesar.

Veríase obligado á pensar en su dinero, á fin de que no volase; en su mujer, en la fábrica y en una porción de cosas extrañas. Tendría criados, á los que habría de dar órdenes, y si tales criados no las escuchasen y se permitieran discutir las, debería gritar y sulfurarse. Hay que saber hacerse temer de los demás, ser fuerte; y ante esta idea, Andrés Nicolaievitch sentía que todo su cuerpo, sus manos, sus pies se ponían blandos, como si le hubiesen quitado los músculos y los huesos. Experimentaba ese sentimiento siempre que tenía que obrar por su propia iniciativa, hacer algo que se saliera de lo habitual y que no se lo hubiesen mandado.



Encontrábase bien, por lo demás, en su oficina. Su mesa, la misma desde hacía quince años, tenía un hule, y estaba colocada en un rincón; y cuando su jefe el consejero entraba, no veía á Andrés Nicolaievitch, oculto detrás de los otros empleados. De todos modos experimentaba un sentimiento de espanto en aquellos minutos, y hasta que el consejero salía no enderezaban los empleados sus espaldas, inclinadas como espigas de trigo por el vendaval.

Andrés Nicolaievitch se sentía en una seguridad absoluta. Unicamente se ocupaba de él el subsecretario para recibir las copias y darle nuevas órdenes. Solamente aquél sabía que existiera en el mundo un empleado modesto y concienzudo, que hacía las *D* con grandes rasgos y las *R* como llaves de sol, que tal empleado se llamaba Andrés Nicolaievitch y que sus compañeros le habían puesto de mote el señor «Si»; por su verdadero apellido solamente era conocido del cajero. Por su parte, el tal empleado sabía lo que tenía que hacer al día siguiente y en todo el resto de su vida, y que no encontraría en su camino nada nuevo ni temible. Cinco años antes le habían ascendido; pero ¡qué días tan espantosos fueron para él aquéllos!

Pensaba en esto.

Se acercó una nube y quedó á oscuras el cuarto de Andrés Nicolaievitch. Observaba desde la ventana cómo el viento inclinaba hacia el tejado á la acacia, imponente en aquella lucha, y se esforzaba en adivinar si el árbol se rompería ó no, y si se notaría el vendaval y el nublado en la rica morada. Pero sus pensamientos flotaban sin fuerza, y la imagen de la vida en la hermosa casa permanecía confusa. En la fortaleza que Andrés Nicolaievitch se edificara y en la que descansaba de las vicisitudes de la vida, había un punto débil, y sólo él conocía la puerta secreta por la que de repente aparecen los enemigos. Estaba al abrigo de la invasión de las gentes, pero hasta entonces no había encontrado nada para protegerse contra la de los pensamientos. Llegan éstos, abren las paredes, quitan el



techo, arrojan á Andrés Nicolaievitch bajo el cielo sombrío, en medio de aquella plaza sin límites, abierta á todos los vientos, en la que parece convertirse en centro de la creación y en donde se siente tan mal.

Y precisamente cuando acababa de felicitarse por el tiempo que había transcurrido sin advertirlo, sus enemigos avanzaron á escondidas, y vió que no tenía ya fuerzas para combatirlos. He aquí que las paredes han desaparecido, el cuarto también. Se encuentra de nuevo ante el consejero; permanece allí como clavado mirando el cráneo calvo y reluciente de su superior. Transcurren así lentamente uno, dos segundos. Las suelas de sus zapatos están soldadas al suelo: ni una docena de caballos lograría mover una línea á Andrés Nicolaievitch.

—¿Qué más hay?—dice el consejero, que ha terminado ya de dar sus órdenes. Su voz resuena como la trompeta del juicio final. Las piernas de Andrés Nicolaievitch se mueven inmediatamente; pero en lugar de dirigirse hacia la puerta en donde está la salvación, se quedan en el mismo sitio. Su lengua, mientras tanto, continúa pegada al paladar, y no se lograría desprenderla sino con pinzas.

—¿Qué hay?—repite la trompeta.

—¿Y... si Agapoff no ha terminado de copiar á las dos?

—En efecto—responde el consejero reflexionando.—Pues que concluya en su casa. ¿Qué más? ¿No está esto claro?

—Está claro—contesta Andrés Nicolaievitch con tono brusco, con el mismo tono entrecortado que toma su expresión para hablarle. Comprende mal lo que le dicen, porque una nueva y terrible cuestión se formula en su cerebro.

—Entonces... ¿qué más quiere usted?—clama la trompeta.

—¿Y... si tiene otro trabajo urgente?

Era verdad. Agapoff podía tener otro trabajo urgente, y el mensajero no había pensado en ello. De nuevo, abandonando con enojo sus papeles, dirige una mirada de impaciencia á Andrés Nicolaievitch y no sabe qué responder.



—Entonces se lo da usted á cualquier otro—dice por fin.

—Pero y si...

—¿Qué?—ruge el consejero con las pupilas dilatadas por la cólera. Andrés Nicolaievitch se estremece de miedo.

—No, no es que lo crea—replica rápidamente, imitando sin quererlo el tono chillón y cortante de su interlocutor. Se diría que la conversación se mantiene entre personas separadas por un ancho foso. —Y si no llegamos al correo de hoy, ¿qué hacer entonces?

La respuesta que sigue aparece á Andrés Nicolaievitch bajo la forma de un sonido vago...

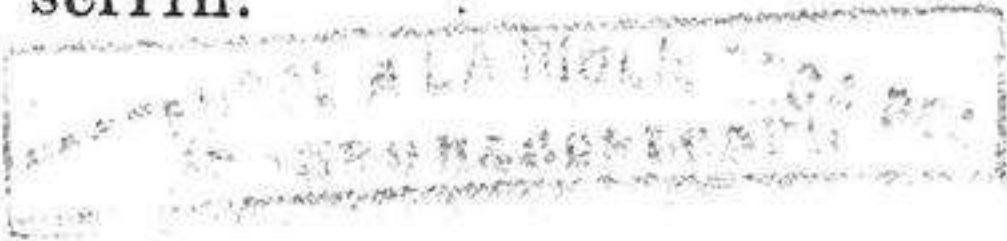
A la semana siguiente decía el consejero al secretario:

—¿En dónde ha pescado usted á ese individuo que tiene la boca llena de «si»? Cierto es que todo lo que supone puede suceder, aunque no lo tenga yo presente en el momento. Pero también esta casa puede derrumbarse—añadió con repentina irritación.—¡Puede suceder!

—Es una construcción del Estado—respondió en tono bromista el secretario, añadiendo más seriamente:—¿Quién lo hubiera creído? Es un empleado tan meticoloso...

—¡Y qué insolente! ¡Alza la voz de una manera...! Vuélvale usted á su antiguo puesto.

Y así se hizo con Andrés Nicolaievitch. Entonces, durante toda una semana, sintió sus piernas y sus brazos flojos como los de una muñeca barata cuyos miembros están rellenos de serrín.



\* \* \*

En la calle resonaron los sones agudos y poco melódicos de un acordeón. Por la acera opuesta pasaban cuatro borrachos; llevaban largos abrigos, botas altas y estrechas y gorrás con viseras tan delgadas como hojas de cuchillos. Eran jóvenes los cuatro y tenían rostros extremadamente graves y hasta tristes; uno de ellos llevaba el acordeón, del que sacaba sonidos discordantes que hacían daño en los oídos.



Los chicuelos le imitaban muy bien haciendo rechinar unas láminas de cristal á guisa de acordeón cuando querían irritar á los hombres y jugaban á los borrachos.

Delante de la casa hermosa, en el arroyo, se encontraba el único lugar relativamente seco de toda la calle; uno de los borrachos se separó de sus compañeros, se adelantó, y, con todo el cuerpo recogido, se puso á bailar golpeando el suelo con los talones. Su rostro, joven é insolente, con un bigotillo claro, permaneció tan serio como antes y hasta triste, como si le enojase estar borracho y bailar en el arroyo sucio al agrio son del acordeón con su melancólica tocata. Sus compañeros le miraban, impasibles é insolentes, sin expresar ni aprobación ni censura, y algo indeciblemente angustioso brotaba de aquella extraña alegría, bajo el encapotado cielo, en medio de las deformes casuchas.

—Es Iván Gusarenko—pensó Andrés Nicolaievitch;— baila: señal de que hoy pegará á su mujer.

Cuando los borrachos hubieron pasado y se extinguió la quejumbrosa sonata del acordeón salió una mujer de la casucha de la persiana desprendida. Era la mujer de Gusarenko; se detuvo en el umbral y siguió con los ojos á los que acababan de desaparecer.

Llevaba una blusa roja de percal manchada de hollín y lustrosa en el lugar en donde se delineaba su seno, que era casi como el de una niña.

El viento la levantaba su falda sucia y se la arrollaba en las piernas, cuyos contornos señalaba. Desde sus pies, menudos y descalzos, hasta su cabeza, orgullosamente erguida, se parecía á una estatuilla antigua arrojada por una suerte cruel al fango de un rincón de provincias. El hermoso rostro, de facciones regulares, con una barbilla firme, estaba pálido, y un círculo azulado agrandaba más sus grandes ojos negros. Reflejábanse en ellos de una manera chocante el odio y el temor, el enojo y el desprecio. Largo tiempo permaneció Natacha en el umbral, y mientras que su marido iba de taberna en



taberna le seguía con los ojos con tal intensidad que se hubiera dicho que, por la fuerza de su voluntad, iba á hacerle retroceder. La mano que se apoyaba en el quicio de la puerta se entorpecía; sus cabellos eran agitados por el viento, y la persiana, desde hacía mucho tiempo desprendida, continuaba golpeando la pared con insistencia, repitiendo á cada golpe: no, no, no.

—¡Qué mujer!—pensó Andrés Nicolaievitch con espanto cuando Natacha desapareció sin dirigir una mirada á la ventana tras la que él se ocultaba.—Gracias sean dadas á Dios por no haberme casado con ella.

Andrés Nicolaievitch se puso á reír de gusto; pero esto no duró mucho tiempo. No se habían borrado todavía las arrugas trazadas en su cara por la risa, cuando «los enemigos» entraban por la puerta secreta. La imagen de Natacha, que no se había desvanecido por completo ante sus ojos, se acentuó claramente, y al lado se dibujó otra imagen. Las paredes se apartaron y desaparecieron; un olor de prados y de heno se esparció en torno suyo. Sobre el horizonte aparecía inmóvil el disco rojo sombrío de la luna, y reinaba una misteriosa tranquilidad.

—¡Dios mío!—exclamó Andrés Nicolaievitch en tono de súplica,—¿es que no basta con una vez y es preciso que comience de nuevo? No es necesario, y no lo deseo en modo alguno.

Con sus dedos amarillentos por el tabaco cogió un grueso papel de fumar semejante á papel de envolver, sacó de una caja de metal un poco de tabaco fino, hizo un cigarrillo y pegó el papel con la lengua. Detrás del tabique roncaba el panadero. Embrutecido por el alcohol y cansado de buscar los dos copeks, se había dormido y no se despertaría hasta el anochecer. Respiraba con fuerza y despedía un fuerte olor á aguardiente que apestaba el cuarto. Fedor Ivanovitch, al despertar, sufriría un largo y penoso acceso de tos; entonces bebería kwass, luego aguardiente, y comenzaría de nuevo



el suplicio de su mujer. Así se deslizaban todos los días de fiesta.

Andrés Nicolaievitch compadecía á aquel hombre, grueso y robusto, sofocado durante toda la semana por el calor del horno incandescente, y el cual, los domingos, sucumbía á su pasión de alcohólico. Volvió á la ventana.

Entre las nubes brilló un instante el sol, que iluminó la miserable calle con pálida luz amarillenta. Solamente la casa frontera permanecía la misma, orgullosa y sonriente, con sus resplandecientes ventanas. Entonces Andrés volvió á ver lo que ocurrió en otro tiempo. Estas cosas reaparecían ante sus ojos con singular insistencia, á despecho de tabiques y cerraduras.

Natacha no fué nunca alegre, ni aun en los tiempos en que era una muchacha soltera, bella y libre, y en que muchos hombres solicitaban su amor. En su primer encuentro con ella Andrés Nicolaievitch experimentó una especie de malestar y un sentimiento de cortedad desagradable. Observaba, lleno de emoción, los movimientos bruscos é imprevistos de la joven. Le parecía que de repente Natacha iba á decir ó á hacer cosas tales que todos los invitados asistentes á la reunión se avergonzarían. Cantaba canciones con las demás muchachas, pero no se esforzaba, como ellas, en gritar todo lo alto y todo lo fuerte posible; cantaba con su voz baja y un poco ruda de contralto, como si no cantase más que para ella sola. Cuando Gusarenko, que estaba también en aquella reunión, y que, como de costumbre, estaba ligeramente bebido, la cogió bromeando por el talle, ella le rechazó bruscamente, y poniéndose encarnada le dijo algo que estremeció el bigote rubio del joven, mientras que su mirada se ponía dura y provocadora. Con inocente sonrisa señaló con el dedo á Andrés Nicolaievitch. Natacha, silenciosamente, volvió la cabeza, y sus ojos negros se fijaron en el último como para pedirle ú ordeñarle la realización de alguna acción inmediata. Andrés quería apartar los ojos de los de ella, pero no lo lograba, y experimentaba el



mismo sentimiento de servidumbre, de ausencia de la voluntad que experimentó cuando se fijó obstinadamente, sin poder apartar la mirada, en el cráneo calvo y luciente del consejero. No veía el rostro de Natacha. Solamente los grandes ojos de aquélla brillaban ante él como diamantes negros. Sin dejar de mirarle Natacha se levantó de su asiento y, atravesando la sala con paso rápido y seguro, fué á sentarse al lado de Andrés Nicolaievitch de la manera más natural del mundo, como si él la conociese. Después se puso á hablarle como á un antiguo amigo.

—Se arrepentirá usted, Natacha Antonowna—dijo Gusarenko al pasar junto á ellos.

No miraba á Andrés Nicolaievitch, pero sentíase una amenaza en su actitud.

—Les deseo á los dos una buena salud—añadió.

Como no recibía respuesta de Natacha, salió, poniéndose la gorra con gesto de conquistador. A los pocos segundos, bajo las ventanas, se oyeron los sonos de un acordeón y una agradable voz de tenor que cantaba:

Mi bien amada  
me ha cogido el corazón  
y lo ha arrojado por la ventana  
con las basuras.

—Le pegará á usted: tenga cuidado—dijo Natacha.

—No se atreverá: soy un funcionario del Estado—replicó Andrés Nicolaievitch; y, á la verdad, no temía nada. Se hubiera dicho que estaba trastornado.

No solamente respondía á las preguntas de Natacha, sino que le hablaba, le interrogaba, y no se asombraba de discurrir tan elocuentemente y tan bien que se hubiera podido creer que no había hecho otra cosa en toda su vida. Sin dejar de pensar y de hablar, veía con precisión sorprendente todo lo que le rodeaba: el piso sucio, las jóvenes que reían entre sí y un pequeño pliegue en el entrecejo de Natacha.



Pero en cuanto se alejó de él Natacha, le invadió un terror inmenso ante la idea de que pudiera volver y dirigirle la palabra.

Empezó á tener miedo de Gusarenko, y vaciló largo rato sobre lo que debía hacer: volver á su casa para huir de Natacha, ó permanecer allí hasta que se oyese el silbido de los agentes de policía, lo que significaría que se llevaban á Gusarenko á la prevención.

Todo el día siguiente Andrés Nicolaievitch estuvo temblando al pensar que pudiera venir Natacha. Varias veces le flaquearon las piernas al recordar que él, Andrés Nicolaievitch, pudo estar tan animoso la noche anterior. Pero cuando tras el tabique de su oficina oyó la voz de contralto de Natacha, movido por una fuerza desconocida, saltó de su silla y entró con aplomo en la habitación inmediata.

De igual suerte, en el momento del combate, el soldado bisoño se lanza adelante, gritando: «¡Hurra!»... Podría creerse que es el hombre más bravo del regimiento; sin embargo, un sudor frío baña su frente lívida, y su corazón palpita de terror.

En cuanto Andrés Nicolaievitch vió los dos ojos negros, desapareció su ansiedad y se sintió lleno de sangre fría.

Dos meses transcurrieron así insensiblemente, y ocurrió que Andrés Nicolaievitch y Natacha se amaron. Conocíase esto porque él besaba á Natacha unas veces en las mejillas, otras en los terribles ojos negros, cuyas pestañas le acariciaban los labios. Además, Natacha afirmaba la existencia de aquel amor diciendo:

—No hay que besar en los ojos: es mala señal.

—¿Cómo mala señal?—preguntaba riendo Andrés Nicolaievitch; y sentía la superioridad que le daba su instrucción (había seguido dos cursos en el colegio) sobre aquella muchacha ignorante que creía en todas las supersticiones.

—Voy á decirle lo que presagia: me dejará usted de querer.



Ahora bien: si la posibilidad de dejar de querer existe, es porque existe el amor. ¿Pero de dónde procedía aquel amor, y en dónde se encerraba cuando Andrés Nicolaievitch no se encontraba al lado de Natacha? Entonces la joven le parecía absolutamente extraña y lejana. Le costaba mucho trabajo creer en sus besos; si la hermosa señora que vivía enfrente le hubiese besado, no le habrían asombrado más. En el nombre mismo de «Natacha» sonaba para él algo raro, como si hasta entonces no le hubiera oído, ni conjunto alguno de sílabas de aquel género: «¡Natacha!»

No sabía nada de la joven ni de su vida pasada, de la que ella no gustaba hablar.

—Vivía como todo el mundo—decía Natacha.—Hábleme de usted mismo.

Esta petición le dejaba siempre perplejo á Andrés Nicolaievitch, porque no tenía nada que contar. Tenía treinta y cuatro años, y nada había quedado del pasado en su memoria, salvo una ligera bruma y esa angustia particular que invade al hombre cuando se alza ante sus ojos un muro gris é impenetrable.

Su padre, un funcionario, era un hombrecillo que usaba grandes chanclos y que llevaba siempre un gran rollo de papeles debajo del brazo. Su madre, una señora alta y delgada, murió joven al nacer su segundo hijo.

A los diez y seis años Andrés Nicolaievitch á su vez llegó á ser funcionario. Iba á la oficina con su padre, cargado como él con un inmenso paquete de papeles que llevaba debajo del brazo, y calzando los chanclos viejos desechados por el autor de sus días. Muerto su padre, del cólera, empezó á ir solo á la oficina.

En su juventud le gustó mucho el billar; tocaba la guitarra y hacía la corte á las muchachas. Abandonó entonces el servicio del Estado para tratar de seguir otra carrera, pero nada le salía bien. Una vez le prometieron un buen puesto, pero se lo llevó otro. Tal vez fué lo mejor, porque el otro, el rival, no



conservó ni siquiera un año el puesto deseado, mientras que él ocupaba hacía años el mismo destino.

—¿Y es eso todo?—preguntó con incredulidad Natacha.

—Todo. ¿Qué más había de haber?

—No lo hubiera creído. Pensaba que llevaba usted una vida muy diferente de la nuestra. ¡Como lee usted libros y habla usted tan bien, y siempre de cosas elevadas y agradables!

—He leído libros; pero ¿qué bien he sacado de ellos? Son puras invenciones.

—¿Y las cosas religiosas?

—¿Quién se interesa todavía por los libros sagrados? Solamente los comerciantes, después de haber robado mucho, se ponen á leerlos. Nosotros tenemos muy pocos pecados sobre la conciencia.

—¿Y no se aburre usted de estar siempre solo?

—¿Por qué aburrirme? Estoy alimentado, alojado, vestido y en buenos términos con mis superiores. El secretario me ha dicho ya más de una vez: «Es usted un empleado modelo, Andrés Nicolaievitch». Y es verdad, por cuanto soy yo quien copia los informes para el gobernador.

—Pero debe de ser monotonó vivir así, fuera del mundo.

—¿Qué se encuentra de bueno entre los hombres? Solamente disputas y disgustos. No se sabe qué decir para satisfacerlos; no se sabe qué actitud tomar para serles agradable. Yo soy mi dueño, mientras que con ellos es preciso... ó la embriaguez ó las cartas (y se corre el riesgo de caer en mano de las autoridades), y á mí me gusta una vida tranquila y modesta. No es que yo no sirva para nada: tengo el título de escribiente; ya es bastante. Otros aceptan vasos de vino y se dejan corromper; á mí no me gusta; además, le pueden pescar á uno: es harto arriesgado.

Pero esto no satisfacía á Natacha. Quería saber cómo viven los funcionarios en sus hogares, lo que hacen sus mujeres, sus hijas, sus hijos.

E. M.—*Julio 1906.*



Quería saber si los maridos beben aguardiente, y si pegan á sus mujeres cuando están borrachos, y lo que hacen las mujeres cuando los maridos están en el servicio militar. A medida que Andrés Nicolaievitch hablaba, el rostro de la joven tomaba una expresión de frialdad, y solamente se movía su entrecejo como bajo la influencia de una idea tenaz y de un asombro enojoso.

—Hasta la vista—decía Natacha al marcharse.

Y él, besándole su mejilla helada é indiferente, pensaba:

«¿Qué quiere de mí? No me trae más que enojos.»

Una vez, en verano, permanecieron mucho tiempo en un jardín, y se fueron después á orillas de un río. El sol se había puesto; una débil línea roja brillaba en el horizonte, anunciando viento para el día siguiente. El agua estaba inmóvil; les parecía que miraban no el río, sino el cielo. En la orilla opuesta, ocupando un espacio de varias verstas, se alineaban las tiendas de los segadores, y la choza del capataz formaba como una mancha negra que contrastaba con el cielo claro. No lejos de la choza ardía una hoguera, cuyas llamas se elevaban rectas y finas. Percibíase olor á heno. En la calle, el vigilante nocturno hacía oír su carraca. Las cornejas revoloteaban en el follaje, con un grito prolongado é ininterrumpido.

Andrés Nicolaievitch se puso pensativo. La calma de la noche le disponía á una profunda melancolía y á reflexiones sobre la vida. Con los ojos fijos en la hoguera, sacó su petaca y encendió un cigarrillo. El humo subía en delgadas espirales y se disipaba en el aire, lleno de un vaho transparente. Lentamente, con breves pausas, Andrés Nicolaievitch se puso á hablar de la vida, de aquella cosa extraña y terrible, llena de imprevisto y de misterio. Las gentes viven sin saber que morirán mañana. Así, un día un empleado salió á buscar cerveza; en el camino le atropelló un coche y le aplastó, y en lugar de la cerveza que su amigo esperaba, trajeron un cuerpo inanimado. En otra ocasión otro empleado recibió una gratificación: su mujer fué á dar gracias á Dios, y en la misma iglesia



le robaron el dinero. En dondequiera que se esté se encuentran gentes groseras, bulliciosas y ávidas, que se lanzan adelante para enriquecerse cada vez más. Caminan sin piedad, inflexibles, silbando y burlándose, y pisotean á los débiles. Los pisoteados lanzan un grito uniforme, pero nadie se pára á escucharlos. Hacen bien en desaparecer.

La voz de Andrés Nicolaievitch temblaba de espanto; ¡y parecía él tan raquítico, tan despreciable! Su espalda se doblaba; resaltaban sus omoplatos puntiagudos; sus dedos, largos y delgados, que no conocían las tareas rudas, descansaban sin fuerza en sus rodillas. Se hubiera dicho que se sentía abrumado bajo el peso enorme y el amontonamiento de los papelotes copiados por él, y en otro tiempo por su padre.

—Y he aquí cómo se pasa toda la vida—dijo tras una larga pausa, como si continuase uno de sus pensamientos en alta voz.

—Debería usted irse á otra parte.

—Pero ¿adónde?

Natacha calló; después, repentinamente, rodeando con sus brazos el cuello de Andrés Nicolaievitch, estrechó la cabeza de su amigo contra su pecho.

—Eres mío, querido.

Era la primera vez que tuteaba á Andrés Nicolaievitch. El movimiento imprevisto de Natacha hizo que se le cayera la gorra á su amado, la cual comenzó á rodar por el ribazo, rebotando en las desigualdades del terreno. Natacha, con mano firme, apretaba enérgicamente contra su seno robusto la cabeza de Andrés Nicolaievitch. Este temía; no estaba nada asustado, pero experimentaba tal compasión de sí mismo que le hacía sufrir. Hubiera querido decir algo bueno, algo tan sentimental que Natacha llorase; pero no encontraba las palabras queridas, y se callaba. Lo incómodo de su posición le ocasionaba un tortícolis; trató de desprenderse, pero la mano firme apretó con mayor fuerza la cabeza de Andrés Nicolaievitch. Aspiraba el perfume de un cuerpo joven y sano. Al través de



las manos de Natacha, veía el cielo puro tachonado de estrellas titilantes. En el horizonte, allí donde la tierra se confundía con el cielo, la luna, roja, se alzaba inmóvil; tenía algo siniestro, y parecía muy cercana. Silenciosa, sombría, no esparcía rayo alguno, y permanecía suspendida sobre la tierra como una amenaza horrible, presagio de desgracias desconocidas, pero próximas. Hacía ya tiempo que la hoguera se apagaba en la margen opuesta, y ningún rumor turbaba la angustiosa tranquilidad.

Natacha se estremeció y dejó en libertad la cabeza de Andrés Nicolaievitch.

—Vámonos.

Impresionado por el aire fresco, Andrés Nicolaievitch se irguió y dió un paso hacia Natacha; quería decirle algo grande é importante que momentos antes no supiera expresar.

—Natacha—comenzó á decir con vacilación, arqueando las cejas y adelantando los labios. Sus cabellos, habitualmente bien peinados, estaban entonces en desorden y de punta.

—¿Qué?

—Natacha—repitió, olvidándose de lo que quería decir;— Natacha, he aquí de lo que se trata...

—¿Habrá usted perdido también dos copecks? ¡Qué raro es usted!—Y Natacha se echó á reír. Su risa resonaba desagradablemente.

Andrés Nicolaievitch se sintió ofendido y se puso la gorra en silencio; mientras andaban, dirigió censuras á Natacha á propósito de su risa, y la regañó por su modo de ser en la buena sociedad.

Andrés Nicolaievitch seguía sentado junto á la ventana y miraba á la calle con atención, pero permanecía, como antes, negra y desierta. En la pared de la casa cuarteada, la persiana continuaba golpeando como si metieran clavos en un féretro nuevo. «¿No podría sujetarla?», pensó Andrés Nicolaievitch, enojado contra Natacha; después, mirando su reloj, vió que era la hora de comer y que hasta había un retraso de



cinco minutos. Después de comer se tumbó para descansar, pero el sueño tardaba en llegar, y, por lo demás, aquel día de fiesta había sido muy alegre para él. Detrás del tabique, el panadero roncaba, como si lo hiciera de propósito. El aire silbaba en su garganta y salía con ruido.

No tardó Andrés Nicolaievitch en volver á sus pensamientos. Veía la siguiente noche, en el mismo lugar, al lado del río: hubo entre ellos un principio de riña, tan poco justificado como el principio de su amor. Hacía ya mucho tiempo que preocupaba á Andrés Nicolaievitch una idea importuna que ahora le parecía precisarse en una certidumbre.—Natacha, pensaba, quiere casarse y trata de hacerlo con un funcionario. Es una mujer sin instrucción, cuyo lenguaje es incorrecto; cigarrera de oficio; cuando va á casa de sus parroquianos, se ve á menudo obligada á escuchar declaraciones ó bromas de mal gusto. Ahora busca un marido que tenga una posición, instruído, que sea su protector y su defensor, y en toda la calle no hay más que uno: Andrés Nicolaievitch Nicolaief. Como mujer inteligente y astuta, oculta su juego y simula el amor desinteresado.

Y como hasta ahora su táctica no ha logrado nada y Andrés Nicolaievitch permanece duro como el granito, Natacha recurre á otro medio, que no puede engañar á un hombre de experiencia que en su juventud cortejó á las muchachas: finge desdeñar á Andrés Nicolaievitch y se obstina en ensalzar á Gusarenko, alaba su fuerza y su juventud. Sin embargo, hace dos días llevaron á Gusarenko á la prevención, con la blusa desgarrada y un hilillo de sangre en su rostro pálido. Tras él corrían alborotando unos muchachuelos, y uno de los agentes de policía, tan pálido como Gusarenko, le daba metódicamente de puñetazos, mientras que la cabeza de mejillas pálidas del prisionero iba de un hombro á otro. ¡Y era ella capaz de amar á semejante sujeto! Entonces comenzaron unos días de espantoso tormento para Andrés Nicolaievitch. En su cerebro surgieron cuestiones que le quebrantaban el cuerpo varias ve-



ces al día. Cuando miraba á Natacha y la sentía á su lado, quería casarse con ella y tal matrimonio le parecía fácil; pero, lejos de ella, le aterrorizaba tal pensamiento. Era un hombre que se ponía enfermo con la sola idea de cambiar de casa, ¡y una boda ocasiona tales novedades, tales trastornos! Correría el riesgo de morir. Sería preciso ir á ver al pope, buscar testigos, que podrían no ir; y habría también que reñir con los cocheros, que pedirían mucho; después habría que ir á la iglesia, la cual tal vez estaría cerrada por haber perdido las llaves el sacristán, y el público se reiría. Luego habría que alquilar un cuarto, amueblarlo y adoptar nuevas costumbres. Sería preciso pensar en todo, crearse cuidados y hablar á todo el mundo. ¡Y si nacían hijos! ¿Y si—oyéndonos Dios—eran gemelos, é hijas por añadidura, que necesitarían dotes? ¿Y si la nueva casa resultaba húmeda y difícil de caldear? Andrés Nicolaievitch bajaba la cabeza con aire desesperado y se sentía dispuesto á comunicar á Natacha al día siguiente todas sus inquietudes. Pero tenía miedo de que se matara ó se quejase al salvaje Gusarenko. Este último podría estropear á Andrés Nicolaievitch, ó mirarle de tal manera, que valía más aún ser estropeado que soportar aquella mirada.

Andrés Nicolaievitch empezaba á considerar á las personas que se casan como héroes, y experimentaba respeto hacia Fedor Ivanovitch y su mujer, que habían sabido casarse y no morir. Una vez se creyó en el caso de escribir á Natacha. Su carta empezaba así:

«Señorita Natalia Antonovna: Por la presente carta del 25 de Septiembre del año de gracia de 1900, tengo el honor de poner en su conocimiento, señorita, que, á consecuencia de la debilidad de mi salud, quebrantada por el celo y la asiduidad que he desplegado por el bien del trono y de la patria, como funcionario de 30.<sup>a</sup> clase, después de haber enterrado á mis padres, á mi padre, Nicolás Andreievitch, y á mi madre, Daría Prokhovna, que duermen en la paz bienaventurada y eterna...»



Pero como Natacha no sabía leer, no envió la carta; la puso varias veces en limpio para sí mismo, y añadió nuevas consideraciones. Por fortuna, no fué necesaria ninguna explicación, puesto que las astucias de Natacha se volvieron contra ella. Al principio se negó á dejarse besar: Andrés Nicolaievitch no hizo ninguna observación. Luego, en dos ocasiones, faltó á la cita. Andrés Nicolaievitch se ofendió, pero no demostró nada; y conservando un aire de dignidad indiferente, se contentó con hacerla sentir lo incorrecto de su conducta. Por fin, dejó de presentarse por completo en los lugares en que debían encontrarse; y un día la patrona trajo una buena noticia: Natacha iba á casarse con Gusarenko.

—¡Buen tipo ha elegido! —dijo la patrona con tono despreciativo; y miró á Andrés Nicolaievitch compasivamente, pensando: «¡Qué orgulloso! Finge estar contento». Y los empleados, gentes estúpidas, le miraron con asombro aquel día; creyeron que iba á casarse; le habían felicitado, y decían entre sí:

—¿Eh? ¡Cómo nos la ha pegado este señor «Si»!

Y he aquí que ahora no se casaba.

La boda de Natacha se celebró el domingo que sigue á Pascua. Fué el segundo día feliz de Andrés Nicolaievitch, que, sentado según su costumbre al lado de la ventana, vió cómo la casucha temblaba con el pataleo de los bailarines, y prestó oído al alegre barullo que dominaba los sonos del acordeón. ¡Decir que él hubiera podido ser el centro de aquella tumultuosa reunión! Y con particular alegría oyó, á altas horas de la noche, volar en pedazos los cristales de la casuca, gritos salvajes y lamentos agudos de mujeres. Alguien corrió bajo su ventana con pesado paso; después llegó hasta él ruido de una lucha acompañada por la anhelosa respiración de los combatientes, y que terminó con la caída de un cuerpo.

—Aguarda, no te irás así—decía una voz ronca por el esfuerzo, mientras que resonaban golpes sordos como cuando se pega sobre un cuerpo esponjoso y mojado. Parecía la voz del héroe de la ceremonia, de Gusarenko.



—¡Socorro!

Como si el estrépito la hubiese arrancado de su sueño, se oyó la carraca del vigilante, y le respondió el melodioso silbato de un agente. Semejantes á ecos resonaron en lontananza otros silbatos.

—Así, pues, el recién casado va á pasar la noche de boda en la prevención—pensó Andrés Nicolaievitch satisfecho y sonriente. Después, sin apresurarse, con movimiento perezoso, se volvió en su ancha y cómoda cama, y terminó así:

—Zurraos vosotros; yo, ¡á dormir!

Este «á dormir», sardónico, silbante, salió de su pecho como un grito de triunfo, y fué el último clavo que metió en la tapa del féretro en donde dormían sus recuerdos. En la calle continuaba el tumulto, y Andrés Nicolaievitch se tapó la cabeza con las mantas.

El silencio reinó como en una tumba.

Al día siguiente Andrés Nicolaievitch se enteró de la causa de la disputa que perturbó la boda de Natacha. Sergio Kozula, completamente borracho, dijo que Natacha había tenido un amante, que tal amante no era otro que Andrés Nicolaievitch, y que éste, después de haber obtenido de ella lo que deseaba, la había dejado. Al decir esto, Gusarenko se arrojó sobre Kozula y los que querían defenderle; pero que llevó las de perder, y había pasado, en efecto, la noche en la prevención.

Al saberlo, Andrés Nicolaievitch se alegró con la idea de que se había pronunciado su nombre, sin que le importara en qué ocasión. Ahora sabría Natacha lo que significaba abandonar á un hombre como él, por pura perfidia femenina. Se olvidaba de que no fué Natacha, sino él, sobre todo, quien deseó la ruptura.

Andrés Nicolaievitch daba vueltas en su cama, pensando: Qué mal organizado está todo; el hombre no es libre de pensar en lo que quiera; se le ocurren ideas inútiles, tontas y verdaderamente enojosas. Cuatro años han pasado desde que estuve junto al río con Natacha, y pienso en aquella noche,



cosa que me desagrada; me desagrada, sobre todo, porque veo perfectamente la luna roja. ¿Qué viene á hacer aquí esa luna? Si me pusiera á calcular cuánto gana al año, al día, al minuto, el «señor de enfrente», me sentiría mejor y me dormiría; pero no lo consigo.

Sin embargo, sus párpados no tardaron en hacerse pesados, y la luna escarlata se trasformó de repente en una faz rubicunda, la del portero Jegor. «¿Cuál de mis oídos zumba?», pregunta Jegor abriendo de par en par sus ojos saltones y cuya expresión es tan impertinente. Andrés Nicolaievitch quiere darle dos copeks, pero no puede encontrar el dinero, y esto complace visiblemente á Gusarenko, que está allí sentado, con las piernas cruzadas y tocando el acordeón. «Espera, Jegor, vamos á abrir en canal á Andrés Nicolaievitch como á un lechoncillo», dice, y saca del bolsillo un cuchillo enorme, tan brillante y afilado como una navaja de afeitar. Andrés Nicolaievitch se da á la fuga. Hay que atravesar todas las oficinas de la Administración: son innumerables. Están vacías, porque todos los funcionarios se han marchado, llevándose las mesas. Aunque Andrés Nicolaievitch corre fácilmente y sus pies se deslizan por el piso, empieza á jadear. Tras él, á pocas habitaciones detrás, Gusarenko le persigue sin tregua; sus pasos, iguales y pesados, repercuten sordamente bajo las bóvedas. De repente el piso comienza á hundirse bajo Andrés Nicolaievitch, que se lanza y se acerca cada vez más á su cama, en donde, por fin, se despierta. Su corazón palpitaba violentamente, con latidos desiguales.

La oscuridad reinaba en el cuarto; solamente el marco de la ventana dejaba penetrar la amarilla luz del farol colocado ante la casa rica. En la habitación del patrón había también luz, porque por una grieta del tabique se filtraba una banda luminosa que caía sobre la punta de una zapatilla. Después de haberse repuesto de su terrible pesadilla, Andrés Nicolaievitch oyó un débil murmullo, y reconoció la voz de su patrona. Expresaba compasión y temor, como si aquel de quien hablaba



pudiera oirla, aunque estuviese separada de ella por la anchura de la calle y espesas paredes.

—¡Ah! ¡qué hombre tan malo! ¡qué infame! Deberías abandonarle por completo.

Natacha le respondió, y su voz de contralto repercutió, clara y mesurada; pero el débil temblor con que vibraba no fué observado ni por la patrona ni por el huésped tumbado al otro lado del tabique.

—¿A dónde voy á ir?

—¡Ah! Donde las dan las toman—pensó Andrés Nicolaievitch acordándose de su sueño:—él no te perdona como yo te he perdonado.

—Sí, cierto es, ¿á dónde ir?—replicó la patrona.—Con el mío sucede lo mismo. No se puede hacer nada contra ese aguardiente. ¡Malditos sean los que lo inventaron!

La patrona se interrumpió, y en el cuarto, que llenaba un silencio angustioso, pareció que entre las dos mujeres se había deslizado una cosa informe, monstruosa y terrible que evocaba la locura y la muerte. Era el aguardiente, que reina sobre los pobres y cuyo siniestro poder no tiene límites.

—¡Le envenenaré!—dijo Natacha.

—¿Qué estás diciendo?—murmuró la panadera.—No solamente tienes que sufrir esas cosas por ti, sino por el niño. ¿Qué harías de él? Quédate aquí esta noche: te haré una cama en la cocina, porque mi hombre haría tal vez alguna tontería. Y voy á ponerte una moneda en la sien... ¡Cómo te ha puesto ese bandido!... Espera... me parece que se ha despertado el huésped...

—¡Ah! ¡esa especie de fantasma!—dijo Natacha, sin bajar la voz, como si hubiera querido que la oyesen tras el tabique.

—Sí, es un verdadero fantasma—replicó en voz baja la panadera.—Voy á preparar el samovar y hacerte té. ¡Qué bribón! Acabará por estropearte.

—Unas veces soy el señor «Si», y otras veces el «fantasma»; ¡valientes simplezas!—pensó Andrés Nicolaievitch, fu-



rioso.—Ya verás: me quejaré á Fedor Ivanovitch, y él te enseñará cuál de nosotros dos es el fantasma. ¡Estúpida criatura!

Se acercó á la ventana y la abrió. Un viento cálido, que olía á humedad y á hojas podridas, penetró en el cuarto y agitó los papeles sobre la mesa. Se oyó el murmullo del follaje húmedo. Uno tras otro, desfilaron los coches ante la opulenta morada; salían de ella hombres con sombreros de copa alta y mujeres envueltas en amplios abrigos de pieles, con toquillas de encaje en la cabeza. Recogiéndose las faldas cruzaban el vestíbulo. La maciza puerta se abría de par en par y dejaba caer en la calle una columna de luz blanca, que arrancaba chispas de los arneses de los caballos. Erguía la casa sombría y silenciosa; pero parecía percibirse, al través de las tupidas persianas que cubrían los ventanales, el resplandor de los espejos, y las flores eternamente vivientes lucir entre el movimiento y la vida. Los cocheros, importantes y bien cuidados, miraban con desprecio, desde sus pescantes, las negras casucas destartaladas.

Después de haber tomado té y copiado con su hermosa letra un informe administrativo, Andrés Nicolaievitch se dispuso á echar otro sueño; arregló la cama y sacudió las almohadas. Tras el tabique, el panadero murmuraba con voz quebrada y pensativa:

—El caso es que no he encontrado los dos copeks.

—¡Dios mío!—suspiraba la mujer.

Andrés Nicolaievitch, comprendiendo que ya no podría dormir, salió á la calle. Aún había allí carruajes con los cocheros dormidos en los pescantes. En la casa se oían los acordes rítmicos é intermitentes de un piano, dispersados por el viento. Y aquel mismo viento aportaba otros sonos en sus alas; se oían claramente cuando se acallaban los árboles: tenían aquellos sonos algo triste y extrañamente melodioso, pero no eran producidos por manos humanas. Ligeros como el mismo soplo del viento, unas veces lloraban dulcemente como



una súplica que se apaga en un gemido lastimero; otras veces vibraban con violencia, subiendo hacia el cielo, amenazadores é irritados. Parecía que fuese un alma sufriente que imploraba la salud y la vida, para murmurar en seguida con cólera.

—¡Qué broma tan repugnante!—pensó Andrés Nicolaievitch, siempre furioso. En aquel punto solamente no compartía el gusto del propietario de la suntuosa morada. Cuando el último hizo poner sobre el tejado un arpa eólica, y el viento empezó á entonar sus melancólicas canciones, no pudo comprender qué necesidad tenía de aquella música el hombre de los blancos dientes y sonrisa luminosa.

—¡Es una broma horriblemente de mal gusto!—repitió Andrés Nicolaievitch; después, bajando la voz, añadió:—¡Cómo tolera esto la policía!

Volvió á la casa y entró en la cocina, cerrando ruidosamente la puerta tras sí, con el sentimiento del hombre que ha escapado de una persecución: vió á Natacha sentada, inmóvil, en un banco, junto á su pequeñuelo, que estaba envuelto hasta el cuello en una pelliza agujereada; el niño, con sus ojos grandes y negros como los de Natacha, y llenos de inquietud, miraba á su madre, cuya cabeza estaba inclinada. Al través de su blusa roja y desgarrada se veía su blanco seno robusto; pero la joven parecía no tener ya pudor, porque no trató de ocultar su desnudez cuando se fijó en el que entraba.

—Mucho tiempo hace que no nos hemos visto—dijo Andrés Nicolaievitch evitando su mirada.—¿Cómo se encuentra usted?

Natacha no contestó nada y continuó mirándole.

—Yo estoy bien, á Dios gracias—añadió él.

Natacha seguía callada. Andrés Nicolaievitch quiso rogarla que saludara de su parte á su marido; la cortesía le obligaba á ello, pero el momento no era oportuno. Natacha, por lo que se veía, necesitaba consuelos; por esto le dijo:

—¡Qué niño tan bonito tiene usted! Se llama Vania, ¿ver-



dad? Ivan Ivanovitch, por consiguiente. Tenemos en la oficina un empleado que se llama así. Y, en suma, ya sabe usted que «quien bien te quiere te hará llorar», y á fuerza de ir mal las cosas, acabarán por ponerse bien.

Continuaba sin obtener respuesta. El niño, que examinaba con desconfianza la embarazosa actitud del funcionario, se puso de repente á llorar.

—Ma...má... tengo miedo.

—Váyase usted — dijo Natacha á Andrés Nicolaievitch; y, al pasar éste rápidamente por su lado, añadió:

—¿Por qué se mete este fantasma en lo que no le importa?

—¿Pero por qué me llama «fantasma»?— pensaba Andrés Nicolaievitch preparándose á acostar.—Un término tan estúpido no significa nada. ¡Qué inconstantes son las mujeres! Un día le llaman á uno «querido», y al día siguiente «fantasma». Sí, es una mujer rehacia; no la corrige sin motivo Gusarenko. ¡Buenas noches, princesa!

De esta suerte se animaba á sí mismo, mientras que sus labios exangües se crispaban. Pero en cuanto apagó la luz y se encontró el cuarto en densas tinieblas, una fuerza irresistible quitó las paredes y el techo y puso á Andrés Nicolaievitch en pleno campo. Círculos de fuego que lanzaban chispas atravesaban la oscuridad; vivas llamaradas se movían danzando, y el pálido rostro de Gusarenko, cortado por una línea de sangre roja, aparecía con el disco terrible de la luna y la imagen de Natacha, la querida imagen de otros tiempos. Un sentimiento de piedad para consigo mismo llenó el alma de Andrés Nicolaievitch: sentíase ofendido.

—¡Qué mal arreglado está todo!—gemía.—No tengo necesidad de Natacha; que se vaya al diablo esa mujer. ¡Sí, ciertamente, al diablo! Con ademán enérgico Andrés Nicolaievitch se tapó la cabeza con una almohada y se calmó casi inmediatamente. Las formas y los sonidos desaparecieron, y el silencio reinó como en una tumba.

De la calle subía el débil resplandor del farol. Los coches



estaban todavía allí, y los cocheros, soñolientos, miraban con desprecio, desde lo alto de sus pescantes, las casucas negras y destartaladas; bostezaban perezosamente, lo que hacía que se movieran sus barbazas. La persiana suelta continuaba golpeando el muro, y cuando se acallaba el rumor de los árboles se oía la quejumbrosa voz del arpa eólica, que murmuraba y lloraba implorando la vida.

LEONIDAS ANDREIEF



## CRÓNICA LITERARIA

---

*La maja desnuda*, novela por D. Vicente Blasco Ibáñez.

La psicología del artista ha despertado curiosidad é interés en todas las épocas, y por lo mismo ha sido un tema literario que ha tentado á muchos. En obras dramáticas, en poesías líricas, en novelas, se ve aparecer frecuentemente la silueta atractiva y enigmática del hombre cuya misión ó cuyo oficio es producir belleza, y á quien están acostumbradas las gentes á considerar como un sér excepcional. Es constante, en efecto, la representación del artista como un anormal, ya como un inspirado por el soplo divino, en antiguos tiempos, ya como un neurótico y un degenerado superior en los actuales, ó cuando menos como un original ó un *extravagante*, como un hombre suelto que se distingue profundamente en ideas y procedimientos de la masa común de sus contemporáneos. Verdad es que el realismo moderno ha roto también ó ha quebrantado el molde de este tipo tradicional, poniendo alguna vez de relieve, no ya lo que hay de excepcional en el artista, sino sus pequñeces, la suma de humanidad vulgar y corriente que se contiene en él como en cualquier otro hombre.

Como aquí no voy á disertar sobre las representaciones del artista en la literatura ó en algún género ó época de ella, sino á hablar sencillamente de una obra en que es personaje principal un artista, no me detendré en cavilar sobre las razones que explican esa persistencia de la noción del artista como un sér de excepción. ¿Lo es siempre el artista? Creo que no. Para admitir la afirmativa hay que conceder que se trate



de verdaderos genios ó artistas geniales. Por otra parte, las condiciones de la producción artística (sobre todo en ciertos ramos del arte como la literatura) eran excepcionales en pasadas épocas y requerían una fuerte é invencible vocación, mientras que ahora el cultivo de las artes constituye profesiones normales, asimiladas á las demás en punto á la probabilidad de resultados económicos y á depender de públicos y no de Mecenas. Las condiciones de vida y de producción del artista tienden, por tanto, á normalizarle, á disminuir su especialidad, á reducir su carácter de sér de excepción.

En este sentido, puede decirse que es un punto de vista muy moderno aquel en que se coloca D. Vicente Blasco Ibáñez en su reciente novela *La maja desnuda*, al presentarnos en ella un artista que tiene poquísimo de anormal, si algo tiene, y que en realidad sólo se diferencia del vulgo filisteo en que pinta buenos cuadros. Llegará día, tal vez, en que el artista llegue á ser un ente completamente normal, parecido á todos los demás, fuera de la habilidad é inspiración particular de su arte; y si ese día llega, será un bien que los artistas no tengan otra particularidad que la de hacer obras de arte y dejen de ser, si es posible, seres caprichosos, extravagantes, llenos de rarezas y vanidad, como son algunos, todo lo cual no añade nada al caudal del arte ni al decoro del genio. Pero aunque no llegue ese día, cosa que por hoy debe tenernos descuidados, puede concebirse, porque los hay en la realidad, un artista que se permita el lujo de la vulgaridad en la vida corriente; que cuando no pinte, esculpa ó escriba sea un hombre sin neurosis ni complicaciones, sin siquiera la pretensión de tener una moral para su uso particular y exclusivo á título de genio; un hombre, en fin, sin síntomas de degeneración ó locura y que no esté constantemente en la *pose* de sér excepcional. Un artista así ha representado Blasco Ibáñez en su hermosa novela.

¿Hay más ó menos verdad en ésta que en otras en que el tipo del artista está presentado de una manera muy diferente,



como *La Quimera*, de la Sra. Pardo Bazán, por ejemplo? Eso no es cuestión, ni puede discutirse siquiera. No se trata de mayor ó menor realidad, de que el artista sea el de Blasco Ibáñez ó el de la Sra. Pardo Bazán. El artista, en general, en abstracto, no es el uno ni el otro; es ambos y otros muchos, y ninguno en particular, porque hay y puede haber tipos variadísimos de artistas. Hago esta advertencia para que no se interprete mal algo de lo que diré acerca de *La maja desnuda*.

\*  
\* \*

El artista que nos presenta Blasco Ibáñez es un pintor llamado Renovales. Viene del pueblo; es hijo de un herrero; es fuerte, grande de cuerpo, de robusta salud física y mental, con un algo de vulgaridad que es como la herencia de su plebeyo origen. Es de buen natural, de voluntad débil, dominada fácilmente por las pasiones; sensible, algo voluble, capaz de transigir con las exigencias desagradables de la realidad y de doblarse ante ellas para no naufragar en la vida. Desde chico manifiesta su vocación y dotes para la pintura. Reproducir la Naturaleza es su anhelo, y aunque su primer maestro es un pintor ñoño y amanerado, el realismo del discípulo no se menoscaba con esta enseñanza.

Toda la parte relativa á la infancia y á la primera juventud de Renovales, con su iniciación en el arte, está tratada en la novela con expresiva sobriedad, diciendo y describiendo lo suficiente para que se defina por sí mismo el carácter del personaje. Salvo algún episodio de brocha gorda, que es de los pocos lunares que se advierten en la última obra de Blasco Ibáñez, es excelente en punto á proporciones y á ejecución este preámbulo de la acción novelesca.

Renovales se hace un gran pintor, adquiere nombradía y gana dinero. Entonces se casa con una señorita distinguida, pero pobre. Blasco Ibáñez, que en esta novela es mucho más psicólogo que en otras, ha visto y ha expresado bien la parte de vanidad que hay en el amor que inspira al artista aquella

E. M.—Julio 1906.



mujer, criada en una esfera superior á la de él, más delicada, más fina, que le pule y le introduce en su círculo social. Esta vanidad no es el factor principal, pero es un factor positivo, bien observado. Las páginas de la novela relativas al noviazgo de Renovales con Josefina y á la luna de miel son bellas, poéticas, expresivas.

El conflicto novelesco surge de esta manera. Renovales, como queda dicho, es un pintor realista, adorador del natural, idólatra del desnudo. *La maja desnuda* de Goya le enamora; eso es para él el arte. Su mujer tiene precisamente el cuerpo de la divina manola, ó él se figura que lo tiene. Un día, en las intimidades y abandonos de la pareja joven, enamorada y feliz, empieza á pintarla sin velos. El cuadro termina; es su obra maestra; pero Josefina profesa acerca del desnudo ideas muy diferentes de las de su marido. Su pudor se subleva ante aquella reproducción de sus gracias ocultas, y destruye el cuadro. Es de advertir que Blasco Ibáñez ha tenido el acierto de no hacer de Josefina un tipo insignificante ó antipático de burguesa de estrechas miras y alma vulgar. No; aquella pobre mujer, que no nació para esposa de artista, tiene un alma reconcentrada en que anidan hondos sentimientos silenciosos, alma de enamorada, que tornan sutil é inquieta los celos y que se va consumiendo poco á poco en la llama de su celoso amor.

La lucha empieza: esa lucha sorda que hace infelices á tantos matrimonios, sin escándalo ni tragedia, sin salir en los sucesos de los periódicos, sin dar ocasión á que se fijen en ella los ojos de los indiferentes. Es la falta de adaptación de dos seres á la vida en común, que torna en cadena el florido lazo que prometía la ilusión. Ella odia el desnudo, aborrece á las modelos, y llega á sentir aversión y desprecio por aquel arte que exige y autoriza las exhibiciones de la belleza femenina que á ella le repugnan. Cada vez más celosa de su marido, amarga la vida de él y la suya propia.

A Renovales, por su parte, se le hace muy pesado el yugo



matrimonial. La ilusión de que Josefina iba á ser la musa de su inspiración pictórica, divino modelo de hermosura femenina que trasladar á sus lienzos, como lo fueron tantas mujeres y amantes de pintores célebres, se ha disipado.

Aquella mujer enamorada y buena, pero insufrible, no le deja vivir. Hay en él ese tardío reverdecimiento de pasiones que á veces se observa en los hombres que han llevado una vida contenida y casta en la juventud, que no *la han corrido*, como dice el vulgo. Renovales hizo poco caso de las mujeres en su mocedad. Embebido en la lucha artística, en el deseo de llegar, ha tenido sólo vulgares desahogos de los sentidos, que no dejan rastro en el alma. De casado ha sido fiel á su mujer, hasta que se empieza á abrir entre ellos el abismo que los separa sin desligarlos por completo. La conciencia de la sujeción que le imponen su propio decoro y el afecto y estimación que conserva á su esposa, se torna para él en un terrible corrosivo moral, origen de culpables pensamientos. Ante *La maja desnuda* de Goya, piensa Renovales (que nunca ha sido calavera y que carece tal vez de condiciones para serlo) en la vida desenvuelta y alegre del pintor libertino que tuvo tan hechiceras hembras por modelos, y fué cortejo de duquesas, comediantas y manolas. ¡Ah, si Josefina no existiera! Entonces él pintaría libremente el desnudo; gozaría del amor, que es gozar de la vida; se entregaría á la pasión que le inspira la condesa de Alberca, una hermosa y liviana dama, en la que ve el pintor el modelo ideal para un cuadro de asunto clásico, donde surgirá sin velos la desnudez impecable de la rubia cortesana Friné, orgullo de la Grecia. Así va germinando en su alma el criminal pensamiento, el monstruoso deseo, de que se arrepiente y se avergüenza cada vez que le asalta como una tentación. ¡Si Josefina muriese!

Y como si aquel pensamiento fuera un maleficio, la pobre Josefina se muere. Entonces toma la novela un rumbo inesperado. Renovales es ya libre; pero no encuentra en aquella libertad ansiada con delectación culpable, ni las satisfaccio-



nes del deleite, ni tampoco las que se prometía de la aplicación de sus facultades artísticas. Le invade un aplanamiento que parece una forma difusa del tedio; apenas pinta; su amor por la condesa de Alberca se desvanece, y un súbito renacimiento del amor que profesó á la muerta se apodera de él. Es un amor extraño y macabro, en que se mezcla lo sensual con lo sentimental y con la pasión artística de hallar en otra mujer semejante aquel modelo de la maja desnuda que halló en Josefina en los días rientes y tranquilos de la luna de miel. Este amor de ultratumba encierra tal vez algo de remordimiento. En estas páginas finales de la novela es cuando Renovales deja de ser vulgar y hasta normal, si bien su anomalía ni es estrictamente propia del artista, ni tan señalada que no inspire dudas. Al cabo, el anhelo por el bien perdido no es raro entre los hombres de alguna espiritualidad; ¿quién no ha experimentado la transformación de las cosas que fueron, cuando al pasar y difuminarse en el recuerdo se nos representan no como ellas fueron en realidad, sino mucho mejores, tales como las soñamos y como hubiéramos querido que fuesen? La Josefina que ama Renovales después de muerta su esposa, no es la mujer enferma, agria y celosa que le hizo ingrata la vida conyugal, sino su musa, el modelo de la maja desnuda.

En resumen: más que la psicología del artista, ó siquiera de un artista, lo que nos presenta esta novela es el contraste eterno, tan verdadero y tan humano, entre la ilusión y el desengaño, entre el sér de las cosas y nuestro anhelar, ó aquel otro sér que al anhelarlas las prestamos. Nos pasamos la vida deseando cosas, sintiéndonos infelices por no poseerlas; y cuando por ventura nos es dada su posesión se nos tornan otras, dejan de ser amables y busca nuevos cebos el deseo. La realidad no cumple nunca las promesas del deseo. Puede decirse que la fórmula de la dicha es el deseo en vías de realización, antes que, realizado, se desvanezca su atractivo. Ese constante engaño de nuestros deseos es mayor y más notorio en las satisfacciones materiales, pues al cabo las del espíritu, no entre-



gándose nunca por completo, conservan por más tiempo el aliciente de lo no poseído. El caso de Renovales es el eterno pleito de la felicidad humana.

Como artista, no ofrece rasgos extraordinarios la personalidad del protagonista de *La maja desnuda*, como no sea el de no ser extraordinario en nada, el de ser un hombre como todos los demás. No padece la fiebre de la creación artística, como el Claudio de *L'Œuvre*: es un creador robusto y sereno, algo plebeyo, sin luchas intelectuales, que alumbra sin dolor, ó con poco dolor, sus obras. Tampoco tiene ese culto romántico y quijotesco á un ideal que impulsa á los artistas á menospreciar aquellas obras que no se ajustan á su manera de entender el arte. Renovales sabe hacer arte industrial cuando le conviene ó se lo imponen las necesidades domésticas. Es un temperamento acomodaticio, un espíritu sencillo é impresionable. Su calidad de artista tiene, á mi parecer, poca importancia en la novela, hasta el punto de que podemos figurárnosla, *mutatis mutandis*, pero subsistiendo todo lo esencial en ella, con un Renovales que en vez de pintor fuese abogado ó médico. Quitemos la obsesión artística de los pasajes donde labora con el despertar tardío de las pasiones del hombre que no la ha corrido en la juventud, y quedará en esta última causa un móvil suficiente para la mecánica novelesca.

Sería demasiado largo comentar el carácter de los demás personajes. Apreciada en conjunto, *La maja desnuda* es una de las mejores novelas de Blasco Ibáñez, más que por el pensamiento por la excelente ejecución, que es, en último término, lo decisivo para calificar estas obras. Su forma se mantiene en un término medio entre lo narrativo y lo dramático, sin pecar de exceso de descripciones ni entregarse por entero al diálogo. La acción interesa por la sucesión y enlace en que los hechos se van produciendo, y por lo que ellos dicen del alma de sus actores. En este punto *La maja desnuda* aventaja á la mayoría de las novelas de Blasco Ibáñez, que no se distinguen en general por el penetrante análisis psicológico, de que en



ésta hay ejemplos. El lenguaje, aparte algunos, no muchos, galicismos, es bello y animado. En esta obra, sin dejar de reflejar sus opiniones, abandona Blasco Ibañez el trascendentalismo tendencioso que ha contribuido á echar á perder algunas de sus anteriores novelas, y se aproxima más al arte puro. No terminaré estas notas sin añadir que, en la parte que puede llamarse de documentación artística, hay algunos juicios—los relativos á Velázquez—harto discutibles.

\*  
\* \*

NECROLOGÍA.—Las letras españolas han tenido que lamentar recientemente la muerte del celebrado poeta D. Manuel del Palacio. Contemporáneo de Núñez de Arce y Campoamor, compartió con ellos, sin llegar á igualarles, los lauros de la celebridad y el aplauso del público. Había nacido en Lérida, el 24 de Diciembre de 1832. Estudió en Granada, figuró en la bohemia decorosa y distinguida de la Cuerda Granadina, y fué en su juventud activo colaborador de los periódicos democráticos que más nombre alcanzaban por entonces, como *La Discusión*, *El Pueblo* y el *Gil Blas*. En esta palestra se templaron y afilaron sus armas de satírico, que no llegaron á embotarse cuando, por una evolución natural, frecuente en todas partes y mucho más en España, perdió Palacio la significación revolucionaria de su mocedad.

Fué Palacio poeta muy fecundo y de varia inspiración. Sobresalió como satírico, y también como poeta tierno, sentimental y subjetivo, si bien rayó á mayor altura en aquel otro género, en el cual conservóse ágil y fresco su ingenio hasta los últimos años de su vida. Era excelente versificador, y dominó como pocos el soneto.

Formaba parte, desde 1892, de la Academia Española. La lista de sus obras es muy dilatada, y sin llegar á la altura que alcanzó como poeta, era también prosista estimable. Como poeta, sus dotes principales fueron el ingenio y el dominio de la versificación. Su manera poética no era refinada y erudita, sino natural y espontánea.



MEMORÁNDUM LITERARIO. — Entre los libros recientemente publicados, merecen citarse: *Alma América*, poemas indoespañoles de José Santos Chocano; *Constelaciones*, poesías de Enrique López Alarcón; *El libro de la crueldad. — Del cuartel y de la guerra*, por M. Ciges Aparicio. (Pertenece á una serie cuyos anteriores volúmenes, *El libro de la vida trágica. — Del cautiverio* y *El libro de la vida doliente. — Del hospital*, han sido justamente celebrados desde el punto de vista artístico.) *Morbo nacional: vida defensiva*, por Ricardo Burguete, y *La conferencia de Algeciras: diario de un testigo*, por Javier Betegón.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—CIENCIAS MÉDICAS: Remedios de antaño sacados de los animales.—PEDAGOGÍA: Los repetidores.—BIOGRAFÍA: Autobiografía de Tolstoi.—LITERATURA: Un *Don Juan* japonés.—Clara Viebig.—SUPERSTICIONES: Dioses, dragones é ídolos chinos.—FEMINISMO: Cómo hacer leer á nuestras hijas.—IMPRESIONES Y NOTAS: Gabriel d'Annunzio, biógrafo clásico.—Las fortunas territoriales.

## CIENCIAS MÉDICAS

REMEDIOS DE ANTAÑO SACADOS DE LOS ANIMALES.—Si el hombre suministraba á la antigua farmacopea (1) tantos y tan variados elementos curativos, no hay que decir el partido que la superstición, junta con la pseudociencia de los alquimistas y drogueros, sabría sacar de los distintos animales.

El PERRO, como fiel amigo del hombre, libraba á los enfermos de sus padecimientos, cargando con ellos generosamente: una señora que tenía violentos dolores de muelas se aplicó á la boca un perrito y á la media hora se encontró bien, y el pobre perro escapó quejándose, con todos sus dientes malos; otra que sufría ataques epilépticos se acostó algunas noches con un perro de aguas, y se libró del mal, pasando al perro la epilepsia. Para la gota y el reumatismo el perro era de uso corriente: hecho dos pedazos y aplicado caliente á las partes inertes, las

---

(1) Véase nuestro artículo del número anterior.



devolvía el vigor perdido; y para los cólicos no había cosa mejor que poner un perro vivo sobre el vientre. Se les domesticaba para lamer las llagas y los miembros heridos, y se explicaba cómo debían descuartizarse y mezclarse los pedazos de perro con lombrices y plantas aromáticas para unguentos y colirios. Los perritos de leche se empleaban para mantener la secreción á falta de niño, haciéndoles mamar de las nodrizas. Nada se desperdiciaba del perro: el cráneo, pulverizado, secaba las úlceras, y bebido con vino curaba la ictericia y las convulsiones; los sesos, si el perro era de un solo color, curaban las manías; los ojos servían contra las oftalmías; los dientes, calcinados, curaban el dolor de muelas; la grasa servía para todo; los huesos cerraban las úlceras; la orina se usaba contra la caries de los dientes y las verrugas, y el estiércol curaba la hidropesía, la enteritis y la disentería; en el fondo esto último tenía su parte racional, pues recetar *album græcum* equivalía á dar fosfato de cal, según dice el Dr. Cabanes en sus *Remedios de antaño*. Hoy mismo se emplea corrientemente una cuerda de piel curtida de perro atada á la pierna para curar los calambres.

El GATO compartía con el perro las curas de simpatía. Un gato vivo ó una piel de gato aplicada á una parte dolorida del cuerpo hacía el oficio de una cataplasma emoliente; la grasa del gato capado era excelente remedio contra la atrofia y los cólicos uterinos; tres gotas de sangre de su cola en una infusión de tila curaban la epilepsia; la cabeza de un gato negro convertida en cenizas era remedio inmejorable para las enfermedades de la vista; y para las úlceras de la garganta no había nada mejor que los sesos de gato para el hombre y de gata para la mujer.

Del CABALLO salían multitud de medicamentos: las crines curaban la disentería; los vapores de sus cascos, quemados, curaban el histerismo; los polvos de sus dientes eran excelente dentífrico, y sus excrementos, crudos ó pulverizados, se empleaban para contener las hemorragias, sacándose de ellos un



licor, «jarabe de San Lutero», excelente para los cólicos y las pleuritis.

La VÍBORA hizo gran papel en la antigua terapéutica, pues además de formar parte de la famosa panacea *teriaca* se le atribuía el poder de rejuvenecer al hombre; su cabeza, secada y colgada del cuello de un niño, le preservaba de convulsiones; y para hacer apuntar los dientes á los niños bastaba ponerles al cuello una sesada de víbora; su piel, atada al muslo derecho de una embarazada, favorecía el parto; las cenizas de la piel curaban la alopecia, y las cenizas de la víbora entera, quemada viva y mezcladas con dos onzas de licor de hinojo y un grano de incienso, eran óptimo remedio contra las cataratas y las «moscas volantes». Se hacían también esencia y caldo de víbora; la *esencia* se empleaba contra la sífilis, el escorbuto y el reblandecimiento cerebral, y el *caldo*, más que como medicina, se tomaba como alimento vigorizador.

La ARAÑA era el medicamento específico de las fiebres intermitentes: encerrada en una nuez pendiente del cuello curaba las cuartanas; había polvos, aceites, unguentos y emplastos de araña para multitud de casos patológicos. La tela de araña servía, y sirve, para contener las hemorragias y la inflamación de las llagas superficiales; cocida en vinagre se aplicaba al abdomen en los casos de flatuosidad y de hemorragias uterinas, y cocida en aceite rosado era remedio seguro contra los dolores de oídos.

Muchos otros animales suministraban remedios más ó menos populares: la medula espinal del cerdo se estimaba como afrodisiaca mezclada con miel; el estiércol de buey en linimento con vinagre curaba las escrófulas; el del toro, aplicado al vientre de una parturienta, volvía á su sitio la matriz; el de las cabras que pastaban en el monte curaba la ictericia; el de jabalí, desecado al sol, triturado y bebido en vino ó en vinagre, contenía los esputos de sangre y aliviaba los dolores antiguos de costado. Las cabezas de lagarto aplicadas á la parte dolorida hacían salir las espinas, púas, pinchos ó cualquier



otra cosa que hubiera penetrado en las carnes; el hígado del lagarto, puesto en la cavidad de las muelas, quitaba el dolor. Las cigarras, comidas asadas entre los demás alimentos, curaban los dolores de la vejiga.

## PEDAGOGÍA

LOS REPETIDORES.—Hoy que en España nos preocupamos de la manera de organizar el personal auxiliar y de crear los *repetidores* ó *pasantes*, conviene saber lo que en las naciones donde hace tiempo funciona este personal se piensa de su organización y de sus servicios. Gustavo Lanson trata de este servicio en la *Revue Bleue*, oponiéndose á las soluciones de cuantos quieren dar á los repetidores derechos para obtener por ascenso plazas de catedráticos, encargándoles de la parte menos agradable de su actual papel, por estimar que si esto se hiciera volvería á reconstituirse el proletariado universitario.

El criterio soberano—dice Lanson—es el interés de los alumnos, que consiste: 1.º En estar bajo la dirección del menor número posible de maestros y en no pasar de mano en mano, de modo que ni el maestro conozca á los alumnos ni los alumnos al maestro. 2.º En estar agrupados en pequeño número bajo la autoridad de cada maestro, trátese de vigilancia ó de enseñanza.

No hay tarea baja ni vil tratándose de educación; toda vigilancia, intelectual ó material, tiene carácter moral, y tan necesario es el servicio de la enseñanza como el de la vigilancia para la educación y la instrucción.

La educación racional y liberal no consiste sólo en saber una ciencia, sino en conocer también la naturaleza y el hombre; no basta, pues, que los profesores sean sabios, sino que tengan el espíritu de la ciencia. No debe admitirse ningún reglamento que haga bajar el nivel científico de la Universidad; importa por eso que todo profesor tenga siempre interés en ser agregado (en ser catedrático por oposición).



La instrucción se comprueba y se demuestra por los grados académicos: á iguales grados igual paga, eso es lo justo. Los servicios podrán ser distintos, pero deben tener la misma remuneración; entre los funcionarios del mismo grado no debe haber más desigualdad que la resultante del desigual adelanto en la carrera. A todo alumno, de París ó del último villorrio, hay que instruirle y educarle de distinto modo; á todo profesor hay que ponerle en condiciones de vivir con decoro. El interés de la Administración, del profesor y del alumno están en que el personal docente sea lo más estable posible.

El mal que hoy lamentan todos está en la distinción absoluta del servicio de enseñanza y el de vigilancia; el remedio consiste en fundir ambos servicios: que todo profesor tenga á su cargo algo de vigilancia, y todo repetidor algo de enseñanza. Actualmente, cada profesor tiene de doce á diez y seis horas de servicio por semana, y cada repetidor tiene normalmente treinta y seis. Una hora de enseñanza equivale, según los casos, á dos, dos y media y tres horas de vigilancia; dando á cada repetidor dos horas de clase por semana, se le rebajarían cuatro, cinco ó seis horas de las treinta y seis de vigilancia; y dando á cada profesor cuatro, cinco ó seis horas de vigilancia, se le descontarían dos horas semanales de enseñanza. Con esto se lograría hacer de los repetidores verdaderos profesores adjuntos interesándoles en la enseñanza, y se interesaría á los profesores en el servicio de vigilancia.

Para evitar el fraccionamiento de servicios y el trasiego de los alumnos de un profesor á otro, se daría á cada profesor la vigilancia de sus discípulos y á cada repetidor la enseñanza de sus vigilados, agrupando en el mismo día las horas de clase y de vigilancia para evitar idas y venidas; también podría compensarse la multiplicidad de los profesores con su afectación duradera á un grupo fijo de alumnos durante todo un ciclo. Se dice que los alumnos á quienes les tocara un mal profesor tendrían que sufrirle muchos años; pero eso no es argumento, porque no debe admitirse que haya profesores malos, y si los



hay, la Administración debe eliminarlos; en todo caso, la acción de los buenos se vería de este modo reforzada y sería una compensación.

Ningún bachiller podría ser nombrado profesor de colegio ó de liceo sin contar, por lo menos, cinco años de repetidor; ningún licenciado sin contar tres, y ningún agregado sin contar uno. Las categorías para los sueldos serían tres: bachiller, licenciado y agregado. Se abolirían las diferencias artificiales entre colegios y liceos. A los ocho años de repetidor todo licenciado podría ascender á profesor, no pudiendo, sin embargo, nombrarse á ningún bachiller habiendo licenciados sin colocación.

El número normal de alumnos es de 20 para las clases y de 25 para los estudios; en cuanto una clase pase de 30 alumnos ó un estudio de 35, deben dividirse. En los recreos de paseo cada grupo de ocho ó diez alumnos estará á cargo de un vigilante.

Tales son, con otras muchas de menor interés, las medidas que Gustavo Lanson propone para la reorganización del repetitorado en Francia.

## BIOGRAFÍA

AUTOBIOGRAFÍA DE TOLSTOI: LA INFANCIA. — *La Revue* de París publica una autobiografía de Tolstoi, precedida de una especie de preámbulo, en el que Tolstoi, al recorrer su pasado para enviar á Birukoff algunas notas biográficas que le había pedido para la edición francesa de sus Obras completas, se asustaba de los lados malos de su vida, no pareciéndole bien poner sólo la parte buena, y vacilando en mostrar á los hombres lo que él llama «toda la cobardía de su vida hasta su despertar».

«Examinando mi vida, dice, he observado que podía dividirse en cuatro períodos: el de la infancia, inocente, alegre y poético; luego un período de veinte años de depravación gro-



sera, de servicio, de ambición de honores y principalmente de lucro; después un período de diez y ocho años, desde mi matrimonio hasta mi resurrección espiritual, período honesto, moral, de vida de familia, pero dedicado egoístamente al aumento de mi fortuna, á los éxitos literarios y á los placeres de todas clases; y, por último, el cuarto, que dura hace más de veinte años, en el que vivo ahora y en el que espero morir.»

De los recuerdos relacionados con su abuela, la princesa Pelagia Nicolaijevna, cita tres: la impresión que le hacían las burbujas que al lavarse las manos hacía el jabón que usaba la princesa, la recogida de avellanas y la costumbre de dormirse oyendo el recitado de los cuentos de las *Mil y una noches* que le hacía un ciego, sentado en el reborde de la ventana del dormitorio.

No recuerda nada de su madre, porque murió al año y medio de nacer él; como no quedó de ella ni un retrato, apenas puede imaginársela como un sér de carne y hueso, sino como algo puramente espiritual, siendo todo lo que de ella sabe bueno y bello. Eran cinco hermanos: Nicolás, Sergio, Demetrio, León y Machenka, cuyo nacimiento costó la vida á la noble María, cuya corta vida conyugal, de nueve años, estuvo embellecida por el amor que todos la tenían y por el cariño que ella tenía á todos.

«Mi padre, dice Tolstoi, á los diez y seis años perdió la inocencia; sus padres, por su salud, como entonces se pensaba, le unieron con una sierva, de la que tuvo un hijo, Michenko, que vivió bien hasta la muerte de mi padre, pero que luego anduvo mal, teniendo que acudir á nosotros con frecuencia; recuerdo el asombro que me causaba aquel hermano, parecidísimo á mi padre, cuando venía á pedirnos limosna y se marchaba tan contento con los diez ó quince rublos que le dábamos. A los diez y siete años, en 1812, mi padre partió para el ejército; hizo la campaña de 1813-1815, y quedó prisionero de los franceses; terminada la guerra, regresó á Rusia, se retiró del servicio y se instaló en Kazan, al lado de mi abuelo, que murió



poco después, dejando á mi padre enfrente de sus deudas y con mi abuela acostumbrada al lujo; entonces se casó con mi madre, instalándose en Yasnaya-Poliana.»

Cazador infatigable, era el padre de Tolstoi bastante instruído, habiéndose hecho con una biblioteca regular en que figuraban los clásicos franceses. Tolstoi recuerda que una vez le hizo recitar versos de Putkkine, que sabía de memoria, y que pareció muy complacido del recitado, cambiando una mirada con Yazikof, el padrino de León. De su primera infancia sólo conserva un vago recuerdo de cuando estuvo en mantillas y cuando le metieron en un baño. A los cuatro años se acuerda del miedo que le daban con el coco (*cremeyevna*). Ni de sus padres, ni de sus criados, ni de su cuarto, ni de sus juguetes, conserva recuerdo alguno anterior á los cinco años, cosa que nada tiene de particular, ni probablemente tendría nada de interesante si el recuerdo existiera, aunque Tolstoi lo sienta mucho. Cuando bajó por primera vez, á los cinco años, á las habitaciones en que estaban Teodoro Ivanovich y sus hermanos mayores, los recuerdos empiezan á precisarse, y entonces sintió lo que constituye la cruz que cada cual debe llevar en la vida: el sentimiento del deber. Entonces también observó por primera vez la presencia de la persona que mayor influjo ha tenido en su vida: su tía Taciana Alexandrovna.

Tanichka, como la llamaban en casa, había nacido en 1795: era parienta lejana de los Tolstoi, y el padre la había querido; pero como era pobre, no quiso aceptar sus ofrecimientos y prefirió que se casara con una rica; cuando quedó viudo la ofreció de nuevo su mano, pero tampoco entonces aceptó el matrimonio para conservar la pureza de relaciones existente entre ellos; entre sus papeles, Tolstoi ha encontrado en una carterita de perlas el billete siguiente, escrito seis años después de la viudez del padre: «18 Agosto 1836. Nicolás me ha hecho hoy una proposición extraña: la de casarse conmigo, servir de madre á sus hijos y no abandonarlos nunca; he rehusado la primera proposición, y he prometido cumplir la otra mientras viva».



Era Taciana todo un carácter: leyendo una vez la historia de Mucio Scévola discutían los niños, sosteniendo que ninguno sería capaz de hacer otro tanto.—Yo lo haría—dijo ella.—No lo harías—dijo Yazikof, el padrino de Tolstoi; para demostrarlo cogió una regla, la encendió en una bujía y la dijo:—Toma, ponte eso en el brazo. Taciana tendió su brazo blanco y desnudo (las muchachas estaban siempre escotadas y con los brazos desnudos) y Yazikof puso en él la regla; Taciana frunció el ceño, pero no retiró el brazo, y quedó con una ancha quemadura cerca de la muñeca.

Resuelta é instruída, escribiendo el francés mejor que el ruso, tocando admirablemente el piano, Taciana velaba por la educación de sus sobrinos con el celo de una madre solícita. Buena y cariñosa con todos, su influencia se hizo sentir sobre León Tolstoi, á quien quería entrañablemente y que la correspondía del mismo modo, haciéndole comprender el placer moral del amor y el encanto de la vida tranquila.

## LITERATURA

UN «DON JUAN» JAPONÉS.—Hacia el siglo x de nuestra era, la literatura japonesa tuvo una figura en la que nuestro popular Tenorio hubiera podido reconocer un precursor, según dice en *La Grande Revue* León Charpentier. Se llamaba Genji, y su *Gesta* se encuentra en la colección de cuentos antiguos del Japón. Por su estilo es la obra maestra del imperio del Sol; y su autor fué una princesa de la familia Fujiwara, conocida por su pseudónimo de Murasaki-Shikibu. Era doncella de honor de la emperatriz, y ésta le pidió un día que escribiese una historia para una joven que acababa de ser nombrada gran sacerdotisa de la diosa Amaterasu, una niña que había leído todas las novelas conocidas en su país, y que se aburría por no tener cosa nueva que leer. Murasaki se retiró al monasterio budista de Ishiya-madera, y allí escribió la historia de Genji,



personaje real, hijo del emperador Seiwa, que reinó por los años 859 á 877 de nuestra era.

El *Genji monogatari* se compone de 54 libros, y resulta un poco largo hasta para los mismos japoneses: es una serie de tentativas de seducción, casi siempre coronadas por el éxito. La primera empresa galante de Genji se refiere á una mujer casada, que le rechazó de tal modo que le quitó la gana de insistir. Entonces, en un arrabal de Rokujo entabló relaciones accidentadas con una dama que poseía una quinta magnífica. Genji descubrió que por allí vivía su antigua nodriza con su hijo Koremitsu, y un día se le ocurrió ir á verla; mientras la esperaba, pues no estaba en casa, vió desde su coche un delicioso jardín con un lindo grupo de jóvenes que le miraban; les preguntó, supo que la más hermosa se llamaba «Gloria de la mañana», recibió de ellas un ramo de flores y un abanico, encontró en el ramo un billetito con unos versos y se sintió inflamado. Por Koremitsu, su hermano de leche, supo que en aquella casa vivía una dama joven, visitada por el ayo de Genji, su hija «Gloria de la mañana» y una criada: Genji se disfrazó, y á la caída de la noche fué recibido y aceptado; aquella facilidad le desagradó, y para dar á la conquista aires de aventura resolvió robar á la joven y llevársela á otra parte; el viaje fué triste, y en la nueva casa, donde no les esperaban, pasaron muy mal la noche; á poco de dormirse sintió Genji un estrépito terrible, y despertando sobresaltado, corrió al cuarto de su amante, y la ve desvanecida, pasando ante sus ojos el alma vengadora de la otra querida, la de Rokujo; aquel alma en forma de llama flota sobre el lecho de «Gloria de la mañana», y el cuerpo de la joven desvanecida se pone rígido... ¡Estaba muerta!

Genji manda buscar á Koremitsu con el encargo de venir á escape con su hermano, un bonzo habilísimo en exorcismos; pero se pasa la noche y nadie parece; ya de día llega Koremitsu, pero sin el bonzo, que nadie sabe dónde anda. Convienen todos en que debe tenerse callada la aventura, y acuerdan que Kore-



mitsu y Ukon, la criada de la difunta, lleven el cadáver á un convento que se halla en otro valle, del otro lado de la colina. Así lo hacen, y sin que nada se descubriera el cadáver fué sepultado en Toribeno.

El príncipe se lamentó mucho, fué al convento y regresó á la corte. Allí vió una joven encantadora, Tayu, pobre, pero muy ilustrada, que tenía un novio pobre también; Genji la prometió que daría á su novio honores y riquezas, y la pobre Tayu cayó en brazos del seductor, cuyas aventuras amorosas prosiguen indefinidamente. La última fué la decisiva: paseándose un día por el campo en Suma, vió, por una puerta entreabierta, á una anciana que enseñaba poesía á la joven más deliciosa que pudiera imaginarse. Genji entró en la casa, se hizo conocer, y declaró que él se encargaba de la educación y del porvenir de aquella niña: así lo hizo, en efecto; pero la joven supo sujetar el corazón de Genji, que se casó con ella.

Y ese es el «Don Juan» japonés, que, como se ve, tiene bien pocos puntos de contacto con nuestro Tenorio, y que no es, en definitiva, más que un vulgar conquistador de beldades japonesas.

\*  
\* \*

CLARA VIEBIG. — Es la escritora de moda en Alemania, hasta el punto de que, preguntado en un concurso el público alemán por sus preferencias literarias, ha votado á Clara Viebig entre sus autores predilectos.

Clara Viebig nació en 1857 en Tréveris, siendo hija de un alto funcionario, que más tarde fué trasladado á Dusseldorff, y á cuya muerte su viuda y su hija se establecieron en Berlín. Clara publicó en 1894 su primera novela, *Los hijos del Eifel*, recuerdo viviente del país en que había pasado su primera infancia, y desde entonces no ha dejado de producir obras interesantes.

En *Hijas del Rhin*, según De Coussanges, nos ha dado par-



te de su autobiografía moral, y en el *Dilettante de la vida* ha profundizado en sus revelaciones de sí misma con verdadero arte. Clara Viebig tiene el dón de la observación exacta, y no se asusta ante las brutalidades mismas de la vida, como puede verse en *El pan de cada día*, *La aldea de las mujeres*, *El centinela del Rhin* y *El ejército que duerme*.

Casada y madre, ha sabido sacar partido del sentimiento maternal, que ha inspirado *Bárbara Holzer*, la novela que empezó á darla celebridad, y *Madre é hijo*, la última de sus obras, consagrada á la pintura del amor maternal.

Käte Schlieben es una criatura simpática, que forma con su marido un matrimonio ejemplar: se quieren, y la fortuna les sonríe; no les falta para ser completamente felices más que un hijo. Käte llora por su esterilidad, y su marido, para distraerla, la lleva de viaje. Un día, en Suiza, ven dos niños encantadores, y Käte intenta hacer su retrato, teniendo su vida pendiente de aquel cuadro: ¿vendrán los niños? ¿permitirá el tiempo su *pose*? El lienzo se anima poco á poco; pero, á pesar de la habilidad de la artista, aquellos niños no son niños, y por más esfuerzos que hace no logra expresar su gracia y sus actitudes. «La mujer sin hijos no puede pintar niños», se dijo, irritada, abandonando aquel país.

Poco después, en los alrededores de Spa, en el fondo de un bosque, oyeron un quejido: acudieron y vieron un niño abandonado; su madre, una miserable criatura medio salvaje, apareció por fin, y los Schlieben se indignaron al ver la indiferencia con que recogió aquel niño. Pensando en adoptarle, lo pidieron á la madre, y ésta se negó á dárselo; tuvo que intervenir el alcalde para hacerla comprender que con el dinero que la daban podría comprar una vaca y atender mejor á sus otros tres hijos. Con esto se decidió á desprenderse del niño, y lo hizo con pasiva indiferencia, aunque dando un grito salvaje cuando perdió á su hijo de vista.

La educación de Wolfgang, que es el nombre del niño, es la parte más interesante de la novela. El niño crece, y sus pa-



dres adoptivos están pendientes de él, sin omitir cuidado ni gasto alguno para hacer de él un verdadero hijo, digno de ellos. Pero Wolfgang quiere más á los criados que á su madre, sin que la ternura de ésta sea capaz de cambiar aquella inclinación natural. Andando el tiempo, averigua algo de su origen, creyendo que es hijo de Pablo Schlieben, pero no de Käte, hasta que al fin se le revela toda la verdad; y en lugar de sentirse encadenado con esta revelación á sus bienhechores, parece como si se hubiera roto un lazo más.

La vida desordenada de Wolfgang es el tormento de su madre adoptiva, que pasa las noches espiando su vuelta, y que una vez que tardó varios días en volver á casa, anduvo buscándolo por todas partes hasta dar con él, como una loba con sus cachorros. Gastada la naturaleza del joven por el alcoholismo y los vicios, muere en una estación invernal del Mediodía, pronunciando la palabra «madre» y buscando con los ojos á la que le abandonó, mientras la que se sacrificó por él se deshacía en lágrimas, exclamando: «¿Por qué no haberle dejado donde había nacido?»

## SUPERSTICIONES

DIOSES, DRAGONES É ÍDOLOS CHINOS. — Es curioso ver cómo las religiones se deforman y desfiguran vistas con ojos profanos ú hostiles. El P. Juvencio Hospital, que es un espíritu observador, pero cuyo sentido crítico está lejos de ser tan fino como su percepción material, dedica en la revista *España y América* varios artículos al estudio *Las religiones chinas*, haciéndolo como si la crítica histórica no hubiera dado un paso, y como si estuviéramos en los tiempos de Herodoto, sin ver más que el aspecto puramente externo de las cosas. Hacemos esta indicación para que se entienda que al recoger algunas de sus observaciones no las damos otro valor que el de consignación de hechos curiosos percibidos á través de un medio que



los deforma, ó que, por lo menos, los deja reducidos á su mera apariencia exterior.

El origen de los dioses que actualmente se adoran en China — dice el P. Juvencio — es muy moderno. Desde *Pan-ku*, el primer chino, hasta el presente, todo chino está en potencia, remota ó propincua, de ser dios, pues basta para ello que el emperador le otorgue esa merced. La serie de divinidades de este género son los tres emperadores más antiguos de China, coetáneos de Noé: Fun-si, Sen-lung y Yuang-ti, dioses de la música, de la caza y de la pesca; luego vienen varios ministros y generales y ocho bonzos inmortales. Además de estos dioses oficiales, por nombramiento del emperador, hay una caterva de diosecillos por aclamación popular.

Todo este Olimpo es relativamente moderno: antiguamente los chinos sólo adoraban al sol, á la tierra y á ciertos espíritus. Los chinos son politeístas y panteístas. Las manifestaciones, fenómenos y seres por ellos más festejados son el sol y la luna; las estrellas son las almas de los grandes mandarines, que brillan con luz opaca cuando están en la tierra, y reavivan su luz al salir de este mundo. Los árboles añosos les inspiran cierto temor supersticioso; las ostras, las tortugas, las ranas, las culebras, los monos, los raposos y otros animales son seres extraordinarios que pueden convertirse en Tsing-kuai, diablillos malignos de ambos sexos, íncubos y súcubos, que hacen morir por consunción á las personas que hayan tenido con ellos comercio carnal.

De lo más notable que hay en la teogonía china es el dragón. El dragón es el genio de las aguas; son muchísimos, y su tamaño, por término medio, es el de tres kilómetros de largo con grueso á proporción; los hay tan grandes, que cuando se empinan sobre la cola llegan con la cabeza al cielo; los de esta especie gigantesca son cuatro, uno para cada mar, teniendo cada cual á su servicio un rebaño de tritones que les hacen la corte y cuidan de los ríos y los lagos. Los dragones en sus casas, dentro de sus palacios submarinos, tienen figura humana;



viven con sus dragonas y dragoncillos, que son mujeres y chicos como los demás; pero en cuanto unos ú otros ponen el pie en el agua ó tienen que salir por sus dominios marítimos, se convierten en dragones de terrible y espantable catadura.

Los dragones suelen casarse con dragonas; pero también pueden hacerlo con mujeres que viven en tierra; y aunque estos casorios son rarísimos, se conocen algunos, como, por ejemplo, el de una dragoncita hija de Lung-uan, rey de los dragones, con el joven Ching, natural de un pueblecito del lago Tung-tin-fu. Cierta día la princesa pidió permiso á su padre para ir á tierra á comprarse unos perifollos de moda; en el camino encontró á un mozalbete que iba con una cesta de guisantes, que á la primera le parecieron perlas: se enamoró del mozo; y como los dragones casaderos andaban muy escasos, Lung-uan aceptó, se zambulló en el agua, hizo una visita al padre del mozo y el casamiento se llevó á cabo. Pero el nuevo marido, sobre no tener un cuarto, tenía muy mal genio, y obligaba á la infeliz dragona á trabajar todo el día en las faenas más pesadas y molestas, no la daba de comer más que unos granos de morisqueta, la tenía vestida de harapos y por la noche la amarraba á un poste, azotándola despiadadamente: la dragona lo soportaba todo con resignación; pero un día perdió la paciencia, y avisó lo que ocurría á su padre por medio de un artificio que le sugirió el literato Liou, y entonces su padre, irritado, armó un tremendo remolino y sepultó en las aguas el pueblo en que vivía su hija, dejando anegada toda aquella comarca, que forma hoy el lago Tung-tin-fu.

El origen de los dragones es curioso: en la luna está el árbol sopusú, cuya fruta apetecen mucho los faisanes; suele madurar por Diciembre, y entonces se desprende y cae hasta nuestro planeta; en cuanto la comen los faisanes se quedan inmóviles, y á los pocos días empiezan á hundirse hasta una profundidad de cien brazas, quedando así sepultados varios siglos practicando el Sion-Tao; entonces se cambian en dragones, suben á flor de tierra, salen un día de gran lluvia, se des-



lizan poquito á poco en el río más próximo, sin mover la cola al andar, pues si la movieran volverían á hundirse, y, una vez en el río, ya tienen su casa y sus dominios. Según otra creencia, los dragones salen de huevos de faisanes fecundados por culebras; estos huevos se hunden en tierra en días de tronadas, bajando una vara á cada trueno hasta una profundidad en que los truenos no se oyen, y allí sale del cascarón y se hace escarbando su agujero; éste se va alargando en círculo según va creciendo el bicho, y cuando se junta la cabeza con la cola queda sumido en profundo sopor, período álgido del Sion-Tao; al cabo de siglos el dragoncito, hecho un dragonazo, sólo está separado de la superficie de la tierra por una capa de escaso espesor; el dragón la da una dentellada, y la bóveda de su madriguera se derrumba con estruendo y el dragón aparece envuelto en un torbellino de agua que brota del fondo de la tierra y se dirige al mar, arrollando á su paso cuanto encuentra.

Cuando los dragones son en número excesivo, hay inundación; por eso el año pasado el gobernador de Yunan, Chao-tareu, publicó un edicto mandando buscar y desenterrar los huevos de faisanes con gérmenes de dragón, dando minuciosas instrucciones sobre los sitios en que se habían de buscar, que son los claros que no estén cubiertos por la nieve, pues ésta se derrite donde hay huevos como si cayera en un brasero encendido. No hay que asombrarse de tales edictos, pues en Septiembre de 1901 se pregonó en la ciudad casi europea de Shangai un bando al son de trompetas y tambores, en el que Tao-Tai, el gobernador, mandaba que se disparasen bombas y cohetes y se armase el mayor estrépito (con motivo de un eclipse lunar) para espantar al perro celeste que intentaba zamparse la luna de un bocado.

Los ídolos chinos son también cosa curiosa: no son, como pudiera creerse, trozos de piedra ó de madera más ó menos bien esculpidos, sino seres vivientes con alma y cuerpo. Para ello, en cuanto han dado el último golpe de azuela al ídolo lo



primero que hacen es abrirle los sentidos; se pone una mesita con dos velas y un par de tazas de vino ó de té, se mata una gallina ó, si el ídolo es herbívoro, se pone un manojo de legumbres ó frutas; se rocía la mesita, y se untan los hocicos del ídolo con la sangre de la gallina, y entonces el escultor enciende un rollo de papel moneda y empieza á trazar círculos mágicos en torno de los ojos del ídolo, diciendo: «¡Abranse tus ojos! ¡ya se abrieron!», haciendo lo mismo con la nariz, la boca y las orejas; listo de sentidos el ídolo, le hace un agujero en la espalda, y por allí le meten en el pecho cinco hilos de seda de distintos colores, que se convierten en las cinco vísceras, corazón, pulmón, hígado, riñones y bazo; añaden luego un tallo de hierba, que son los intestinos; dos granos de fréjoles, que sirven al ídolo de telescopios para ver á cien leguas; una corteza de árbol, que le sirve de escalera para sus visitas al cielo; dos bayas para oír los ruidos más tenues; el esqueleto de un caballito de mar para recorrer los mares sin mojarse, y unos granos de arroz y unas hojas de té para su alimentación; hecho esto, viene un Tsin-kuai ó espíritu maligno á infundirse en el ídolo, y ya está todo completo, cuerpo y alma.

### FEMINISMO

CÓMO HACER LEER Á NUESTRAS HIJAS.—Tal es el título de una interesante conferencia publicada en *L'Action sociale de la femme* por Jaime Duval. Al abordar la cuestión de la lectura por la mujer—dice—se tiene la impresión de penetrar en un callejón sin salida. Entrad en un baile: allí veréis ciento ó ciento cincuenta jóvenes; preguntad á las madres que las acompañan si su hija ha leído... un libro cualquiera, *La laguna del diablo*, por ejemplo; en unos sitios se os reirán, tachándoos de ridículos; en otros os mirarán severamente como revolucionarios; y cualquiera que sea la opinión que emitáis, os encontraréis con respuestas que os harán vacilar, y en un asunto que parecía claro os veréis sumido en la mayor perplejidad.



La literatura, en efecto, ha tomado por dominio preferente la pintura de los sentimientos humanos, especialmente del amor; encarnadas en tipos de todo género, las pasiones humanas se dan en espectáculo, llevadas á sus crisis más agudas, descritas en sus manifestaciones más brutales; de estas exposiciones novelescas se desprenden sistemas ó retazos de filosofía que constituyen en su conjunto el monumento de la anarquía intelectual. Por otro lado, la definición de doncella implica la ignorancia de las pasiones violentas y las crudezas de la vida, así como el apartamiento de teorías abstractas para las que su espíritu no está maduro.

¿Qué solución dar al problema? La primera que se ocurre es la de suprimir la lectura, método que desde la señora de Maintenon no ha dejado de ser aplicado; pero esto es privar á las jóvenes de un placer noble y delicado, de un medio de cultura excelente, del aprendizaje de la vida en la forma pedagógica más adecuada.

Sería preciso afirmar que todos los libros son malos para legitimar solución tan radical como la supresión de toda lectura. Fuerza es convenir en que los hay buenos, ó por lo menos neutros, ni buenos ni malos; si por casualidad un día cae algún libro bueno en manos de nuestra hija, ¿no pensará, con la facilidad de generalizar que tiene la juventud, que todos los libros son buenos, y en todo caso no quedará quebrantada nuestra autoridad? Y no digamos «mi hija no leerá nada», pues eso no es posible, á menos de que no se la enseñe á leer. Convengamos en que las jóvenes no sólo pueden leer, sino que deben leer.

Pero ¿qué han de leer? Esta es la cuestión. Hay libros buenos y libros malos. Todos reconocen que obras como *Nana* ó *La Tierra*, de Zola, no deben ponerse en manos de doncellas, y que en cambio pueden leer sin peligro *Lealtad* ó *Mandarina*, de Fleuriot. Entre estos extremos hay toda una escala de opiniones, según el punto de vista de cada cual: la moral, la religión, la belleza. Para salir del apuro se forman listas, programas de lectura para uso de las jóvenes; nada más útil que



las colecciones de libros de clase, donde se leen y releen trozos de los grandes maestros clásicos para formar el gusto.

La dificultad empieza cuando la joven entra en sociedad y se mezcla en la vida contemporánea. Hay cientos de catálogos de libros recomendables. La señora de Genlis, por ejemplo, hace en su tiempo una lista en la que supone que Adela, á los once años, ha leído la *Imitación de Cristo*, á los trece *La Princesa de Cléveris*, á los catorce Marivaux y á los quince Nivelles; á los diez y ocho, que es cuando el problema se plantea en toda su fuerza, la señora de Genlis casa á su Adela y nos deja en suspenso.

Entre los catálogos contemporáneos los hay que marcan lo que no debe leerse y lo que puede leerse. El más consultado de los primeros es el *Indice*. Consultémosle en el artículo Flaubert: prohíbe *Bovary* y *Salammbó*; pero no contiene *Herodías*, y la joven que lea *Herodías* bien puede leer todo Flaubert. En Jorge Sand y Balzac prohíbe leer las historias de amor; pero eso es muy vago, y entre *Eugenia Grandet* y *La Prima Bette* hay diferencias capitales. De modo que el *Indice* no nos saca realmente del apuro.

El catálogo más en boga es el del abate Bethleem: «Novelas legibles y Novelas prohibidas». Entre las últimas, entran en bloque todas las del *Indice*; pero *Ursula Mironnet*, *Eugenia Grandet* y *El primo Pons* son, según el autor, obras relativamente castas; luego incluye á los autores que deben proscribirse en nombre de la moral natural, y entre ellos figura About; pero el abate advierte que en ciertas obras de About sólo hay algunas palabras de más, como en *La nariz de un notario*, *El rey de las montañas* y *El hombre de la oreja rota*. De clase en clase se llega á las novelas para jóvenes, y en medio de multitud de nombres desconocidos se ven los nombres de Fleuriot, Greville y Boussenard, y al verlos decís: «No pido yo consejo sobre esos libros; bien sé que á mi hija le parecen insípidos, y no puedo reconvenirla por ello». Y tenéis razón, como la tiene el abate.



En cuanto se sale de lo incoloro y lo insípido es muy difícil resolver. *Eugenia Grandet*, de Balzac, es un buen libro para una joven tranquila, fría, poco romántica y muy atareada; en cambio, es un libro nocivo para una muchacha nerviosa ó romántica, de sensibilidad sobreexcitada y enfermiza. Bourget ha tratado este problema en *El discípulo*, y allí se ve la acción de las lecturas en la dirección de un alma juvenil. No hay catálogo posible que regule todos los casos particulares que puedan presentarse. El problema no debe plantearse preguntando «¿qué pueden leer nuestras hijas?», sino «¿cómo hacer leer á nuestras hijas?»

¿Qué armadura moral debemos dar á las jóvenes para que sepan defenderse del mal? Todas tendrían buen sentido si nos hubiéramos preocupado de formárselo con una educación sólida y principios firmes; entonces van derechas, mejor que el hombre, á las soluciones justas, sin extravíos ni equivocaciones. No se enseña á los niños á andar teniéndolos inmóviles; claro es que los libros indecentes deben proscribirse; pero en cuanto á los demás, si la joven tiene sólidos el corazón y la cabeza, no importa que los lea: bien sabe ella distinguir lo teatral de lo normal y corriente. Hoy es corriente leer á Ibsen, Annunzio y Tolstoi, y con estas lecturas la joven se preocupa de deberes lejanos y trascendentales, sin pensar en los próximos y comunes.

Enseñad á vuestras hijas á leer: para eso empezad por estudiarlas y conocerlas; otorgadlas vuestra confianza y obtened la suya; ocupaos siempre de ellas: la instrucción se hace en una hora de cada día; la educación es obra de todos los momentos. Antes de poner un libro en manos de vuestra hija, leedlo vos mismo y obrad en consecuencia. Todo libro que dé á la joven el conocimiento de la vida y de sus deberes será útil; todo el que la aparte de su función de mujer y de madre será nocivo. Que ame el bien, pero que conozca el mal para librarse de él.



## IMPRESIONES Y NOTAS

GABRIEL D'ANNUNZIO, BIÓGRAFO CLÁSICO.—A pesar de sus numerosos éxitos en la novela y en el drama, parece que Gabriel d'Annunzio está resuelto á renunciar al teatro y á la novela. Pero como tratándose de espíritus eminentemente activos y creadores, como el suyo, no hay medio de permanecer ocioso, Annunzio se ha lanzado por nuevos derroteros y pretende «resucitar» el arte latino de la biografía; es decir, escoger entre las innumerables filiaciones de los seres humanos las que expresan el carácter é indican la parte más delicada y profunda de los sentimientos, actos y costumbres; en fin, las que parecen ser las únicas necesarias para acuñar una efigie que no se asemeja á ninguna otra.

Desde luego que esto no es ninguna resurrección ni es privativo de los romanos ni del clasicismo tal manera de biografiar; pero esto importa poco. Lo interesante es que Annunzio, con motivo de esta nueva dirección impresa á su actividad literaria, va á escribir una serie de «vidas de hombres ilustres y hombres oscuros», que dará comienzo por Crispi, Leonardo de Vinci y Cavour.

\*  
\* \*

LAS FORTUNAS TERRITORIALES.—El vizconde Jorge de Aveuel, en la *Revue des Deux Mondes*, afirma que hoy no existen en Francia más de cuatro propietarios que tengan en tierras 500.000 francos de renta, cosa verdaderamente extraña en un país tan rico como la república vecina.

La famosa «Grande Mademoiselle», tan citada en la no menos famosa carta de la señora de Sevigné al señor de Coulanges, poseía 1.700.000 francos de renta; el cardenal de Richelieu 940.000, y el duque de la Tremoille 1.200.000; teniendo en cuenta que lo que entonces se llamaban rentas, sobre todo cuando se trataba de feudos, eran más que otra cosa verdade-



ros impuestos establecidos sobre la propiedad y percibidos por el señor, se ve lo muchísimo que han disminuído los grandes propietarios territoriales y lo mucho que ha bajado también la renta de las tierras.

En cambio la propiedad urbana se ha desarrollado de un modo extraordinario, pues ascendiendo en 1853 á diez y ocho mil millones de francos, ha subido en menos de medio siglo, en 1900, á cincuenta y siete mil millones, más que el triple de su valor anterior. Lo mismo ha pasado, aunque en escala todavía mucho mayor, con el numerario circulante; en la Edad Media la moneda andaba tan escasa, que el rey Felipe el Largo tuvo que empeñar parte de su batería de cocina por 1.833 francos y doscientos manteles por 3.000 francos; y un sobrino del rey, el conde de Vertus, que perdió en el juego de pelota 32 francos, tuvo que dejar su capa en prenda en casa del raquetero. Las cantidades que de ordinario lleva hoy en la cartera una persona bien acomodada hubieran parecido en aquellos tiempos sumas enormes.

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Manuale di antropologia criminale ad uso dei medici e degli studenti di medicina e giurisprudenza. Seconda edizione riveduta ed aumentata. Milano, Casa editrice Dottor Francesco Vallardi, 1906. Un vol. de 388 págs., 6 liras.*

La primera edición de este libro se ha agotado en un período de tiempo relativamente breve, tres ó cuatro años. Es un indicio de su utilidad. Después de leerlo, se convence uno de que efectivamente la tiene. No hay en él cosas nuevas, ni el autor lo ha escrito con semejantes propósitos. Su intento ha sido el que se infiere de la misma portada: presentar en resumen las doctrinas y enseñanzas de la nueva disciplina denominada antropología criminal, para que los médicos y los juristas que no se dediquen de un modo especial á estos estudios tengan á mano un buen guía que les oriente y les ofrezca las suficientes noticias y explicaciones.

En este respecto, el libro del profesor Angiolella, que es un médico alienista, director de un manicomio, llena cumplidamente su cometido. Es breve, ordenado, claro. En veintiún capítulos recoge las teorías más sonadas é importantes que se han formulado en los últimos años acerca de los problemas capitales de la criminalidad y la antropología criminal, y las más notables conclusiones de tal ciencia, empezando por la noción é historia de ésta, siguiendo por el examen de los caracteres (morfológicos, funcionales, psicológicos y sociológicos) de los delincuentes, por el estudio de las distintas causas de la delincuencia y por el de algunas clases especiales de crimina-



les (la mujer delincuente, los delincuentes políticos, los delitos y los delincuentes sexuales, los delincuentes locos, las asociaciones de delincuentes y los delincuentes jóvenes), para concluir con tres capítulos sobre la clasificación más conocida de los delincuentes (la de Ferri) y el tipo criminal, sobre las teorías varias que pretenden explicar la génesis y naturaleza de la delincuencia, y sobre las exigencias más fundamentales, según el autor, de la sociología criminal.

Es una obra bien hecha, por persona competente, aunque quizás con alguna menor amplitud de la que debiera. Da Angiolella demasiado predominio á la obra de los italianos, y en cambio descuida más de lo debido la de los escritores ó investigadores que no pertenecen á este país.

P. DORADO



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>El secreto de la vida</i> , por Miguel de Unamuno.....	5
<i>Una excursión á las ruinas de Medina Az-Zahrá</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos .....	19
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	49
<i>Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	63
<i>Estudios artísticos.—Cancioneros de amor</i> , por Ángel Guerra.....	76
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> , por Carlos Justi.....	97
<i>Estado social que refleja el «Quijote»</i> , por Augusto Martínez Olmedilla .....	123
<i>En la ventana</i> , por Leonidas Andreief.....	147
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero .....	175
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	184
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	206